

MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION
CENTRO DE DIFUSION DEL LIBRO

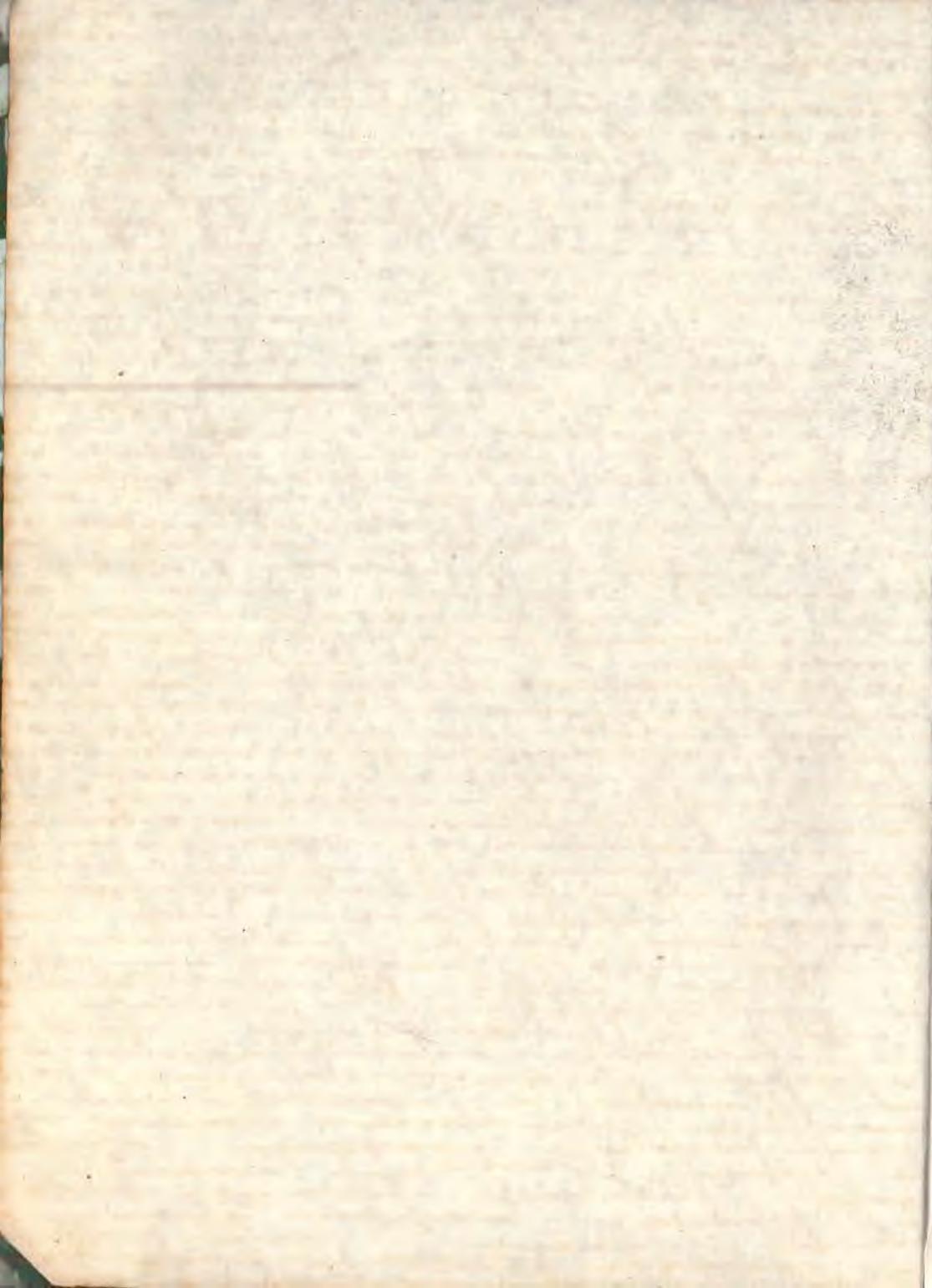


MARIO ARREGUI

"y al principio fue el cuento..."



268



-4610-4957-

MARIO ARREGUI
"y al principio fue el cuento..."



El Ministerio de Educación y Cultura y la
Intendencia Municipal de Flores desean
dejar constancia que esta edición se ha
hecho posible gracias a la colaboración
del Banco Hipotecario del Uruguay



Ministerio de Educación y Cultura
Archivo General de la Nación
Centro de Difusión del Libro

MARIO ARREGUI

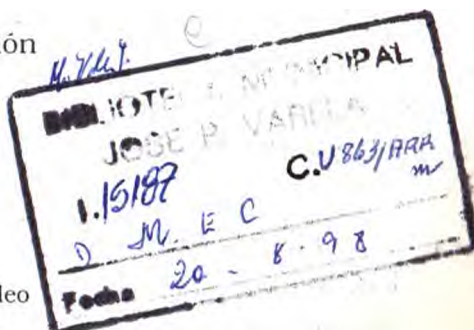
"y al principio fue el cuento..."

Edición Homenaje
Ministerio de Educación y Cultura
Intendencia Municipal de Flores

Selección de Textos y Prólogo
Prof. Margarita Romero



2ª Edición



Montevideo
1998

ISBN: 9974-36-042-0

Portada: "Ranchos del barranco" del óleo de José Cúneo (Museo Nacional de Artes Visuales).

Diseño de portada: Héctor Embeita

© **Selección de cuentos de Mario Arregui**

© de esta edición: **Archivo General de la Nación
Centro de Difusión del Libro**

25 de mayo 520

C. P. 11.000

ASESOR: KIMAL AMIL

Composición: Zully Cabrera

Diagramación: Rosario Pérez

Corrección y cuidado de la edición: Prof. Margarita Romero

IMPRESO EN URUGUAY

PRINTED IN URUGUAY

Mario Arregui "y al principio fue el cuento"

Selección de Textos y Prólogo: Prof. Margarita Romero

--1ª. ed.--

Montevideo: Centro de Difusión del Libro

1998

Edición amparada al Art. 79 de la Ley 13.349

Impreso en el mes de abril de 1998 en la imprenta **INK**

Depósito Legal: 305514



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Julio María Sanguinetti

MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

Samuel Lichtensztejn

Secretario de Estado

Antonio Guerra

Sub-Secretario

Baltasar Brum

Director General

INTENDENCIA MUNICIPAL DE FLORES

Carlos Mazzulo

Intendente

Jorge A. Grezzi

Secretario General

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

Abelardo M. García Viera

Director

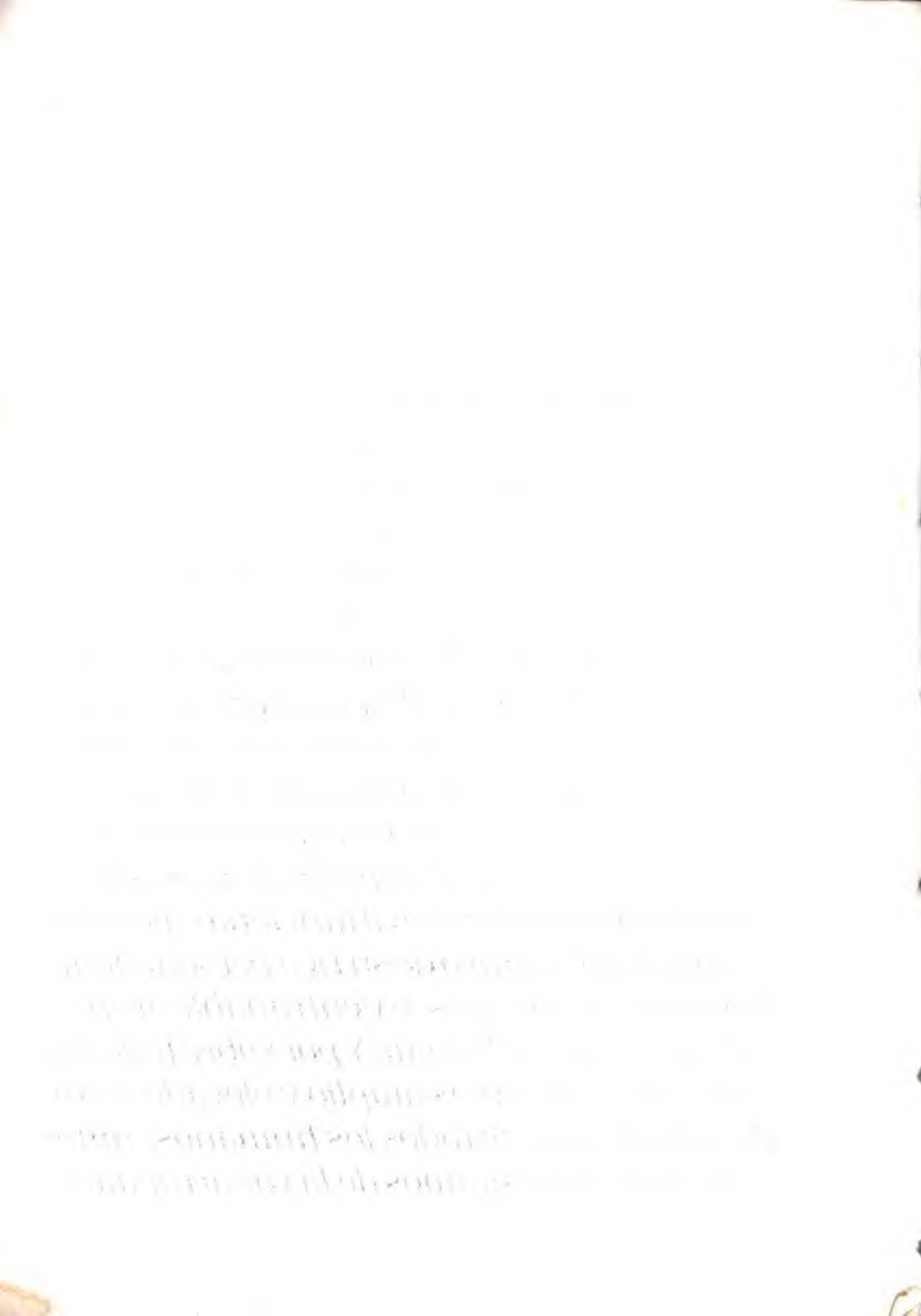
Colección "BRAZO CORTO"

Esta colección, destinada a las personas con dificultades de visión (y también a aquéllos que disfrutan con el objeto-libro), se origina en el Decreto del Poder Ejecutivo N° 174/992, del 5 de mayo de 1992.

El Archivo General de la Nación agradece a los autores y editores privados que, al ceder sus derechos, hacen posible la aparición de obras contemporáneas de jerarquía de la literatura uruguaya en esta Colección.

INDICE

Presentación.....	11
Prólogo	15
El Narrador	51
Noche de San Juan	57
Diego Alonso	73
Los caballos.....	97
Unos versos que no dijo.....	129
Tres hombres	141
Los contrabandistas	161
Los ladrones	187
Un cuento con un pozo	209
Contaba don Claudio	233
El cuento de un tordillo	259
El regreso de Odiseo González	271
La escoba de la bruja.....	295
Un cuento con insectos	313
Los ojos de la higuera	343
Abejas	359



PRESENTACIÓN

Por iniciativa de Kimal Amir, un trinitario que lleva en sus venas el amor a su tierra y sus coterráneos, y gusta hacer gala de ello, y lucha por poner en alto todas las manifestaciones culturales de sus pagos, el Ministerio de Educación y Cultura, y de la Sección Publicaciones del Archivo General de la Nación, ha resuelto la publicación de una selección de cuentos de seguramente, uno de los mejores contadores de historias de nuestro país: el Vasco Mario Arregui. Ese patronímico que lleva adosado al nombre de la pila bautismal o del Registro Civil funciona casi como un epíteto distintivo de su rica personalidad. Huraño y tierno, hosco y entrañable, irónico y tímido, así era Arregui. Y por sobre todo, un «cuentero» en el más amplio y elevado sentido del término. Si todos los humanos -niños y adultos- necesitamos de la voz arropadora

que nos descubre el mundo a través de una historia, también es imprescindible la existencia de esos seres mágicos, dotados del don misterioso de la palabra «contadora», esa que teje los hilos secretos de una red, cuya urdimbre permanecerá alojada para siempre en un recodo de nuestra memoria. Esos son algunos de los cuentos de Mario Arregui que ya integra, por derecho propio, el acervo cultural de Uruguay.

Con este libro, el Ministerio de Educación y Cultura se propone un homenaje a los escritores nacionales que han hecho más rica la literatura de este país.

Por último, es necesario destacar la labor de otra coterránea de Arregui: la Profesora Margarita Romero, quien con dedicación entusiasta y profesional ha estudiado su obra y seleccionado estas páginas.

Así, el Ministerio de Educación y Cultura desea unificar todas nuestras proyecciones culturales, borrando las fronteras entre el mal llamado interior y la capital, para configurar

una unidad única plena de energía y creatividad.

Asimismo, nos satisface señalar el amplio eco que esta iniciativa ha tenido en el seno de la Intendencia Municipal de Flores: a través de esta fecunda cooperación al inicial proyecto logró concretarse y la punta del ovillo de un sueño pudo desenvolverse hasta arribar a este objeto único: un libro.

*Ac. Prof. Jorge Arbeleche
Director del Dpto. de Letras*



THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
100 St. George Street
Toronto, Ontario
M5S 1A5
Canada
Tel: (416) 978-2811
Fax: (416) 978-2812
E-mail: library@utoronto.ca
Web: www.library.utoronto.ca



PROLOGO

CONTABA DON MARIO

Sobre un hombre, sobre un escritor, son muchas las palabras que podemos decir como lectores, como buceadores de ese su mundo estético traductor de una cosmovisión propia de la vida y del universo. Emulando a Ángel Rama en su ensayo «Mario Arregui: interrogación ética del hombre», dispondremos en el presente prólogo, algunos «naipes» sobre su figura.

Mario Arregui fue un creador floresino, y no afirmamos esto sólo porque haya nacido en este departamento ni porque buscara reflejar este terruño en sus narraciones (cosa que no hizo, ya que justamente lo que vuelve imperecedera su obra es la

universalidad de sus personajes, de sus espacios y tiempos), sino porque necesitaba este su lugar en el mundo para crear; necesitaba la soledad del campo, sus silencios, o la calma igualmente mansa de su casa del pueblo, situada frente a una plaza quieta. Así se lo confiesa a su amigo Sergio Faraco en la correspondencia que mantuvieron durante años (recopilada y editada en 1990), diciéndole:

«... Sucedió que en este último mes he estado sólo a medias en Flores y que en Montevideo, no sé por qué, me resulta como un hecho ajeno sentarme a escribir.»

(carta sin fecha, del año 1983)

Ese mismo año le afirmaba:

«He demorado en sentarme a contestar tu carta por la razón de que he estado mucho en Montevideo y allí soy incapaz de escribir siquiera una tarjeta.»

Y refiriéndose a su tarea de escritor:

«... No pienso intentar nada hasta no estar de nuevo tranquilo en mi pueblo.»

Era un hombre que se había criado en la grandeza de los espacios abiertos, de ellos alimentó su esencia y a ellos debía volver para trasmitirla en sus obras. Los otros ámbitos los sentía como ajenos para el ejercicio de la magia de la creación.

Pero ya antes, en un otoño lluvioso de 1972, rememorando a Liber Falco, pensaba que le había robado un sueño al amigo: el de vivir en un pueblo chico, donde todo el mundo se conoce y se saluda con afabilidad. En los años de su juventud, a Arregui esto le pareció algo sin sentido y ante el sueño de Falco había exclamado: «*-Dejate de tanto saludo, hacé el favor.*» Años más tarde siente que se ha apropiado del anhelo del querido amigo, ya que vive en un pueblo pequeño, en ese «*apretadito convivir de un pueblo chico*» y goza de la «*saludadora caminata matinal que él ambicionó tener y no pudo*». Y así refleja a su barrio y con él a Trinidad, con imágenes precisas de esa intimidad compartida a veces resignada y otras veces agradecida,

con que nos saludamos y conocemos en los pueblos del interior.

«El Mario Arregui de ahora vive en un pueblo, en un barrio de un pueblo. Mi casa está dõnde termina el hormigón, casi enfrente a la última plaza. Me levanto de mañana, bebo mi tazón de café despacio, mirando qué cara presenta el día. Llego a la esquina y saludo a una mujer que barre la vereda: Buen día, doña... Echo a cruzar en diagonal la plaza. El viejo petizo que tal plaza cuida se llama don Pedro. Levanto sin energía el brazo derecho y lo saludo: Buen día, don Pedro. En la otra esquina vive un hombre que se llama don Juan y que siempre está, termo en mano, en la puerta de su casa. Saludo: Adiós, don Juan. Compro vino y cigarrillos en un boliche y vuelvo sobre mis pasos. Me cruzo con una mujer que no se llama Doña María pero que bien podría llamarse así. Digo: Buen día, vecina... ¿cómo pasó la noche? Antes de llegar a mi zaguán veo venir a un hombre viejo que renguea y que anda siempre acompañado por un pe-

rrito. Levanto otra vez el brazo derecho y lo saludo: Adiós, don José. Entro a mi casa, me siento a la mesa de mi escritorio (del cuartito lateral que llamo mi escritorio), enciando un cigarrillo y pienso en Falco.»

*

Pero no era Arregui un hombre absolutamente solitario, ni alguien en quien la literatura hubiera suplantado la vida, también necesitaba el clima de Montevideo, las noches de tertulia bohemia del Café Metro, de amigos entrañables, de humo y copas, para encontrar esa otra esencialidad de la vida de los hombres que es la amistad. Amigo de hombres que evidentemente significaron mucho en su vida, a quienes admiró y con quienes compartió el valor de la confraternidad, como Líber Falco, Luisito Cuesta, Pedro Picatto, el Tola Invernizzi, Denis Molina, Luis A. Larriera, Maneco Flores Mora, Ángel Rama, José Pedro Díaz, Amanda Berenguer, Carlos Maggi, Ida Vitale, y muchos otros. Esta

ternura mesurada, sobria, como toda demostración de afectos en Arregui, aparece en la obra testimonial sobre Liber Falco, esa «autobiografía y biografía del poeta amigo», como la llamó Ángel Rama. Allí deja desgranar sus recuerdos acongojados por la ausencia del amigo, así como la importancia de estar reunidos, el comentar obras literarias, películas, la situación política nacional e internacional, o simples partidos de fútbol. Era Arregui un hombre de absoluta llaneza espiritual. Su hija Vanina recuerda con ternura cómo le gustaba conversar con todo el mundo pues para él todas las personas tenían la misma importancia, las que pensaban como él y las que no; adultos, jóvenes y niños, recibían de él hondo respeto. «Se movió en la infinita gama de lo humano con total comodidad», nos expresó Vanina. En Trinidad sus amigos eran muchos y variados, desde Luisito Verdier, a quien refleja en el cuento «Unos versos que no dijo», los vecinos del barrio, hasta los acompañantes que lo escuchaban embebidos en su apasionada conver-

sación en las ruedas del «Café Beyruti», frente a la plaza principal de su pueblo. Porque por sobre todo era Arregui un hombre observador de almas. Todo artista lo es y él lo manifiesta expresamente en las crónicas de su viaje a Europa (incluido en «Ramos Generales»), bajo el título de «20.000 leguas de viaje».

«Indiscutiblemente el aeropuerto de Orly es formidable como obra de arquitectura o ingeniería; pero a mí esas cosas no me mueven demasiado el pelo, como tampoco me lo mueven las montañas, las cataratas... Lo que me hizo abrir grandes los ojos en Orly fue lo mismo que años atrás me llevaba noche a noche a caminar un rato por la Rua Direita de San Pablo: el espectáculo de la fauna humana. Es increíble la variedad de ejemplares que hay en aquel aeropuerto; allí sí que hay de todo, como pa qu'el mundo sea mundo, al decir de nuestros paisanos.»

Hombre que no escribió mayormente sobre sí mismo, pero sí lo hizo ampliamente sobre su obra. En este sentido ha dejado un material importante en los prólogos de sus libros. Allí da su visión sobre cada uno de sus relatos, nos dice cuándo los escribió, cómo nacieron, las transformaciones que les fue haciendo, sus sinceras opiniones de estos sus hijos de la mente. Por momentos los enjuicia negativamente, los justifica o los defiende. Baste como ejemplo lo que le escribe a Faraco sobre «Regreso de Odiseo González»: *«...el cuento no es gran cosa y las digresiones, casi como adorno, tendían a darle valores «literarios», en el sentido casi de mala palabra de la palabra...»* De «El diablo no duerme» dirá: *«Estoy muy contento con este breve cuento; como ejecución, la suya es, creo, perfecta, ¿no?»*

Incluso clasificó sus mejores cuentos. Como el propósito de estas líneas es realizar una antología que puede o no coincidir con la selección realizada por el autor, ya

que luego que un escritor libera su obra dándola a luz, somos los lectores los que nos adueñamos de ella, dándole múltiples interpretaciones (justamente allí radica su poder multiplicador de emociones en cada alma a la que tocan las palabras originalmente paridas por un ser humano creador), nos ha parecido pertinente transcribir su criterio. Según trasmite a Faraco, sus mejores cuentos -siguiendo un orden cronológico- serían: «Noche de San Juan», «Diego Alonso», «Tres hombres», «Los contrabandistas», «El Narrador», «La mujer dormida», «Los ladrones», «El regreso de Odiseo González», «Un cuento con un pozo», «Un cuento con insectos», «Un cuento de coraje» y «La escoba de la bruja». A su vez los mejores entre los mejores son: «Los contrabandistas», «Un cuento con un pozo», «Un cuento con insectos» y «La escoba de la bruja».

En 1984, Alfredo Giuria y Jorge Vidart le hicieron una extensa entrevista y en ella Arregui habla sobre sus relatos jerarqui-

zándolos en aquellos que son «buenos» y «los que arriman». Él se consideraba a sí mismo como un escritor de tres cuentos: *«A mí me parece que yo he escrito tres cuentos que sirven, del verbo servir bien, y otros cuantos que arriman. En este momento soy el autor de unos cuarenta y pico de cuentos, tal vez cerca de cincuenta. Entre ellos hay muchos que me gustan, otros que me gustan menos y otros que me gustan poco. Ahora, yo pienso que con «Tres hombres» empecé a tocar ciertas cosas sin tocarlas de verdad. Ese cuento, en el momento en que se publicó, fue un cuento muy bien recibido, pero le faltaba algo, le faltaba otra dimensión. Esa dimensión aparece casi enseguida, un año o dos después, en «Los contrabandistas». Después sube a tocar algo más con «Un cuento con un pozo», y después toca ya más cosas en «Un cuento con insectos». Esos serían los cuatro cuentos importantes. Pero podemos eliminar «Tres hombres» y dejar esos tres nada más.»*

Finalmente compara su producción con la estrategia que se emplea en el fútbol: *«Lo que pasa es que un conjunto de cuentos es casi como un equipo de fútbol. En un equipo vos tenés tres o cuatro cracks y después otros para rellenar. Incluso esas cosas que uno supone livianas, cuando mira una obra en conjunto piensa: bue, éste no sirve mucho pero ayuda.»*

Su sincero juicio, (característico de toda su existencia como hombre y creador), nos recuerdan las palabras oídas en clase a Carlos Bousoño a propósito de la creación poética, él afirmaba que un poeta no llegaba a crear más de treinta versos perfectos en su vida.

*

Sobre su persona ha dejado escapar muy escuetamente algunos datos, pudorosamente velados por un fino humor, como los que incluye a modo de autopresentación

en una carta al brasileño Faraco, y que transcribimos por considerarlas jugosas para captar la personalidad de este hombre singular.

«Tengo 23 años más que vos. No creo ser muy simpático, salvo para mis amigos (tengo muchos amigos; algunos ¡ay! ya están muertos). Creo que mi mujer, como la tuya, opina bien de mí. Llevo dos matrimonios; creo que la bigamia, y aún la trigamia, es el estado ideal; razones de edad me constriñen ahora a la monogamia. Tengo 3 hijos, 7 nietos, una hijastra. Arrastro la pena de un hijo muerto en un accidente. Como vos, poseo tierras, lo que no me ha impedido militar siempre en la izquierda. Esa militación me costó en 1977 casi 8 meses de cárcel. Vos sos abogado; yo fui estudiante de abogacía, pero, con más suerte que vos, largué a tiempo esas porquerías codificadas. En mis tiempos fui muy buen jinete. Como jugador de fútbol siempre fui muy malo.»

Escritor de alma profundamente sensible y reservado en el decir, como meditados y dotados de una tensión armónica son la mayoría de sus personajes literarios. Esta simbiosis de vida y obra ha sido registrada diversamente. De Arregui hombre dirá su hijo Martín: «... aquel vaso austero, despojado, que vivió la mayor parte de su vida en Flores y que fue el más sobrio y menos snob de los hombres.» (En el prólogo de «Correspondencia»). De la obra dirá Ángel Rama en el citado ensayo: «... una obra escueta, regida por la concisión, la medida, y por una cosmovisión grave, severa. (...) En él la literatura tiene algo de cauto ministerio por lo cual podríamos definirlo como moralista. Hay en cualquier escrito suyo una subyacente nota grave que corresponde a quien acomete una tarea de dimensión ética mayor pero a la vez tal instrumento jerarquizado se aplica a una temática profunda de la misma índole, o sea una investigación de valores humanos superiores. Si la fórmula fuera aceptable, di-

ríamos estar en presencia de una antropología religiosa.»

Respecto al estilo de sus relatos, impresionan en ellos la búsqueda de la justeza en el decir, evitando los desbordes emocionales, la solemnidad; sus personajes son tan reservados en los actos como en las palabras, a veces parecen casi brutales, como escondiendo una timidez que se resuelve en hosquedad. Es claro su deseo de precisión, de desprendimiento de cualquier artificiosidad, característica que predominó en su propia vida. Juan Fló en el artículo titulado «La obra como prosecución natural del hombre», (publicado en el semanario Jaque del 26 de abril de 1985), afirma que le es imposible leer los textos literarios de Arregui sin relacionarlo con el hombre que fue. Para él «la personalidad de Mario y su literatura se alimentaron recíprocamente.» Y luego dice «... en un momento en que todavía algunos afirman que la única consideración válida de la literatura es exclusivamente intratextual, creo

saludable empeñarme en una reflexión que infrinja ese postulado.» Creemos con Fló, que la vida y la obra de un escritor están íntimamente vinculadas, y que nadie puede desprenderse de su existencia en el momento de la creación; la cosmovisión que cada uno tiene proviene de la vida, y toda obra es reflejo de ella. No es que propon-gamos el análisis de los textos literarios como una empatía entre autor y lector, donde se considere el mensaje sólo como el pretexto para conocer los sentimientos del emisor, lo que pensamos es que en sus textos los autores exponen como emergentes, sus posturas frente al mundo, garantizando la comunicación entre él y nosotros a través de sus construcciones lingüísticas.

Entre los discursos de la vida cotidiana y los literarios de Arregui, como dijimos, hubo un tránsito permanente. «Aludo a las formas de decir que reconocemos como propias de Mario y que tanto pueden haber sido extraídas de los hallazgos de la

conversación y llevadas a sus textos como pueden haber hecho el camino inverso. Porque de alguna manera su conversación se esforzaba también por ser precisa, y formulaciones que en otros labios habrían sonado como literarias eran utilizadas -y yo diría como ensayadas- en ella». Esas expresiones están presentes en ambos discursos y en ninguno impresionan como fuera de lugar o pedantes. Lo que plantea Fló sobre Arregui, es que la literatura está indisolublemente ligada al conocimiento del hombre. Esto no es algo original, pero sí la manera en que la vivió Arregui. Un hombre que parecía simplificar los juicios sobre las demás personas y sus circunstancias, que aparentemente no atendía las menudencias de la vida pero que demostró en su obra que fue un fino observador de ellas, capaz de transmitir la complejidad del alma humana. «Creo que Mario disimulaba su atención al espectáculo del mundo por algo así, conjeturo, como el sentimiento de que es hedonismo frívolo ser mero espectador; algo así como el pu-



dor de ser un mero ojo atento, un cazador de materiales para la propia literatura.»

«¿Cómo podía él, que parecía tan poco capaz de acceder a los mecanismos más contradictorios de su propia personalidad, entregarnos en sus escritos análisis introspectivos tan profundos y tan agudos?»- se pregunta Fló pensando que Arregui era un hombre que se negaba a indagar en su propia personalidad, esto «lo comprobé tempranamente: jamás me reconoció su timidez, él que era uno de los seres más tímidos y pudorosos que he conocido, embozado detrás de su máscara rústica de hombre natural (no el buen salvaje sino más bien ese carácter viril, modelado sobre la épica y el «western», que frecuente también sus narraciones).»

Pero en su producción literaria aparece como un creador que no oculta ni disimula su interés por las minuciosidades y profundidades de la vida; como lo hacía con el mundo que lo rodeaba. Como dice este autor, en sus obras demuestra una verda-

1102
047897



dera ingenuidad psicológica a través de dos tipos de análisis introspectivos: «Uno, cuando traduce sentimientos o impresiones ante el infinito universo, la soledad, el amor, la muerte, la ruptura de la propia identidad; el otro, cuando pesquisa y registra sutilmente las asociaciones subjetivas que enriquecen la percepción de un hecho o un objeto, esas asociaciones que adensan y vuelven significativa la realidad y que son metáforas en estado naciente.» Y esto ocurre en sus relatos más épicos, más objetivos, como en aquellos en los que se propone un ahondamiento en la subjetividad de sus personajes.

Dos notas podríamos decir que distinguen la narrativa de Arregui, el esteticismo, propio del autor que aborda la realidad a partir de una exigencia de estilo y un manejo consciente y deliberado de sus recursos; y el eclecticismo del narrador culto que se nutre de fuentes tan diversas como Borges, Hemingway, Mann y el mundo mítico del western.

Mario Arregui fue un cuentista. En su vida dio variadas explicaciones de por qué escribía cuentos, desde que lo hacía porque el cuento *«es la pedrada en el ojo»*, o porque *«es una pieza corta, escrita en prosa, cerrada en sí misma, armada sin materiales sobrantes, construida casi siempre con cierta sorpresa final y a veces con alguna trampa...»* hasta porque en él y a lo largo de su historia encuentra que *«...en sus ladrillos básicos hay algo que proviene, más que de la vida semidiscreta de la literatura, del espíritu humano en sí.»* Pero por sobre todo había elegido la narración breve para averiguarse a sí mismo y para comunicarse con los demás. En este sentido, la presente antología se abre con el relato «El Narrador», donde Arregui expone a manera de manifiesto estético *«una suerte de declaración de ciertas vagas posiciones estéticas que yo soy incapaz de formular de otra manera.»*

Sus relatos constituyen básicamente seis volúmenes. El primero de ellos es «No-

che de San Juan y otros cuentos», de 1956, «Hombres y Caballos» de 1960, «La sed y el agua» de 1964. Estos tres libros fueron reeditados en 1969, con el agregado de «Un cuento con un pozo» bajo el título de «Tres libros de cuentos». En 1972 se publica «El Narrador» y póstumamente, en 1985, «Ramos Generales». Completan su producción el ensayo sobre «Liber Falco» de 1964 y en 1990 se recoge la correspondencia que mantuvo con Sergio Faraco por espacio de casi cuatro años.

Su producción ha sido traducida a varios idiomas como bien expone su autor a Faraco en 1981: *«Sabía de traducciones al ruso, checo, alemán, italiano (traducciones no de libros sino de cuentos incluidos en antologías y revistas); no imaginaba que «El gato» y «La casa de piedras» hubieran andado por el mundo en portugués»*. (Carta del 18 de julio de 1981). Justamente será Faraco quien se encargue de traducir gran parte de su obra a esta lengua.

Escritor perteneciente a la generación del 45, caracterizado por imponer una innovación técnica en el mundo rural, según Arbeleche y Mántaras («Panorama de la Literatura Uruguaya entre 1915 y 1945»); incluido por Ángel Rama en la primera promoción de las dos que constituyeron lo que denominó «La generación crítica», promociones que distribuye en alas separadas por la iniciación de la crisis económica nacional, que puede situarse en 1955 y es el punto de partida de un proceso de deterioro económico que irá acentuándose progresivamente y que afectará todos los aspectos de la vida nacional.

Más allá de ubicarlo en un período literario y cultural general de nuestro país, interesa insistir en la voluntad expresa de Mario Arregui de separar su literatura del criollismo. En su ensayo titulado «Literatura y bota de potro» e historiando el devenir de la literatura rioplatense, dice que luego de la poesía gauchesca, le siguió el nativismo, *«que viene a ser como la bota de*

potro con relumbrones de zapatos charolados. Hoy por hoy esa poesía está muerta. Pero puede dormir en paz el sueño eterno: en su hora más alta produjo nada menos que el Martín Fierro.

Lo que no ha muerto es la narrativa criollista, que también posee su continuación nativista. Hay un puñado de narradores que insisten en apresar lo nuestro, eso que no se sabe bien qué es pero que siempre se imbrica, a juzgar por los frutos, con lo rural y con lo pueblerino, con los cachivaches y los espantapájaros de la tradición, con un español semidialectal...». Afirma asimismo que estos textos «...poco o nada modifican las relaciones del hombre consigo mismo y que, por tanto, no alcanzan a participar como debieran en «el proceso de construcción de la naturaleza humana» (citando a Juan Fló). Para Arregui existía una sola literatura, la que él llamaba «literatura a secas», la que no puede aplicarse a un ser individual, «...sino que persigue e interroga al hombre también a secas, y sola-

mente se ve limitada por las limitaciones de su creador.»

En el prólogo a «La escoba de la bruja», aclara firmemente su posición dentro de la narrativa uruguaya diciendo: « *Me crié en una estancia y viví después muchos años en ella; soy un buen jinete y muchas tardes estivales de mis vacaciones de estudiante las pasé ejercitándome en el manejo del lazo y, alguna vez, las boleadoras; puedo hablar el más dialectal de los gauchescos, he tropeado por tierra y por ferrocarril, sé picar tabaco, sé rascar sarna, sé empezar el mate sin quemar la yerba... Pero no soy ni quiero ser -mejor: quiero no ser- un escritor criollista. La materia prima de mis cuentos puede ser criolla pero el producto elaborado no es literatura criollista, tal lo creo, sino literatura a secas, buena o regular o mala literatura sin apellido.»*

Recuperando la tradición oral, Arregui rescata la autenticidad de la literatura de

fogón pues: «El fogón es el lugar en donde los hombres del campo se reúnen a la espera de la hora de salir a trabajar, o de que esté a punto el puchero o el guiso para el almuerzo, o de que termine de dorarse el asado para la cena. Hay fuego, mate, proseo... Hay calor humano. Todos agradecen al fuego aunque no lo sepan.(...) El calor de las llamas y el calor humano, tan diferentes, poseen más de un punto en donde sutilmente se tocan y de algún modo se asocian. Hay una complicidad viril, siempre.

En esa comunión de los individuos entre sí, provocada por la convocatoria casi mágica del fogón, se reúnen esos hombres acostumbrados al silencio de sus tareas, al silencio reconcentrado y hasta hosco con sus familiares; pero el fogón los transforma, les anima. Uno de sus efectos es la necesidad de contar cuentos, de crear dando rienda suelta a su imaginación, esa que parecen alimentar en sus silencios cotidianos. «Y el cuento, entonces, entra naturalmente en escena -viejo como la voz, hermano de los

primeros fuegos que hombres primigenios domesticaron.

Entra como en puntas de pies y como si, con toda la paciencia del mundo, hubiera estado a la orden desde siempre; y se desenrosca como sabiendo que ocupa un tiempo de espera, casi puro, y sin abjurar sus fraternidades con los cabrilleos de las llamas y los desperezos del humo. Y su narrador, su ocasional narrador, cumple la función análoga -pero más espontánea y sin duda más civil, más atenciosa- a la del escritor que, como es común decir, cultiva la literatura.»

Cuentos de fogón son «Un cuento de fogón», «El Narrador», «Contaba Don Claudio», «El cuento de un tordillo» y «El caballo piadoso».

«Contaba Don Claudio» y «El cuento de un tordillo», sobre los que volveremos más adelante, son dos narraciones cuya figura medular es un personaje que reúne en sí la esencia de esos «mentirosos» o narrado-

res de fogón que lamentablemente se han perdido, como así también la enriquecedora costumbre de conversar por la conversación en sí, inmersos en un mundo donde parecemos necesitar llenar cada vez más el vacío con imágenes.

*

En general todos los relatos de Mario Arregui ocurren en espacios que varían desde el entorno rural o las orillas de los pueblos, hasta el ciudadano, con sus calles, casas y boliches. Esta distinción va más allá de las diferencias geográficas, más bien lo que le interesa al escritor es cómo el medio puede influir en las conductas de los personajes. En los cuentos de ambiente campesino, existe una estrecha relación entre el individuo y el hábitat que lo determina, modelando su carácter. El campo le permite dar un marco de autenticidad y primitivismo donde situar al hombre en contacto con la soledad de esa inmensidad espacial. En cambio la ciudad tiene un peso menor en el relato, no llegando a

condicionar esencialmente a los personajes.

Los cuentos elegidos para esta antología ocurren mayoritariamente en el campo o en esos pequeños pueblos de vida monótona.

Respecto al tiempo, es la noche la que se enseñorea en sus cuentos. Su sugestión, su misterio, sus silencios y sus miedos, su poder de lanzar al ser humano hacia lo infinito, hacia el todo y la nada, esa su concentrada energía, parece ayudar a los personajes arreguianos a lograr lo que el propio creador buscó: «llegar a un entendimiento tranquilamente hostil con los demonios personales.»

*

Toda antología supone una elección, y toda elección supone una valoración y descarte en función de estos valores adoptados. Ma. Elena Walsh habla de «antojolías». En ellas el antólogo puede seguir criterios de representatividad, de muestreo, de ca-

lidad, pero sobre todo selecciona textos desde su perspectiva de lector de la obra de un escritor. La presente, como todas, es el producto de ese trabajo y tiene como hilo medular el agrupamiento de los relatos siguiendo ciertos criterios: el temático, el de la perspectiva del narrador que aborda lo épico, el ahondamiento en la interioridad de los personajes, la veta fantástica y el humor, además de buscar la representatividad de todos sus libros. Esta es la puerta de entrada, el sesgo de abordaje con el que pretendemos acercar la literatura de Arregui a los lectores que sigan sus relatos en esta selección.

Como creador fue un incansable buscador de esencialidades a través de temas ancestrales como el amor, la soledad, la muerte, a los que agrega su particular visión de la noche, el campo y el humor con que enfoca muchas de sus narraciones, sobre todo en las últimas obras «producto de su madurez que le permite mirar con dulce y manso regocijo a su prójimo». (A.

Rama en Op. Cit.) Él mismo en el 84 decía en el reportaje de Giulia y Vidart: *«...últimamente, y eso debe ser una cosa que viene con la adultez, o la casi vejez que en este momento exhibo, está la aparición de un elemento nuevo, un poco juguetón. Es decir, después de haber hecho tres cuentos que se supone que sirven, uno se gana el derecho de joder un poco, y a recordar que una de las funciones clásicas de la literatura, es divertir; dejar un poco la solemnidad de la cual ha estado bastante enferma la literatura nuestra, y la americana en general, y pasar a una literatura un poquito más juguetona, sin caer en lo que se llama el «divertissement» (incluso cuando caés en él conscientemente no me parece nada malo tampoco)».*

La soledad, el sentimiento amoroso en sus tres dominios: amor, sexo y erotismo, y la búsqueda interior, se amalgaman repetidas veces en sus relatos, como ocurre en «Noche de San Juan» o en «Los ladrones» (La sed y el agua).

«Unos versos que no dijo» (Hombres y caballos) es un relato que presenta como protagonista a un hombre muy conocido por todos los habitantes de Trinidad, del que se desprendía cierta atmósfera de desamparo y una profundidad propia de las almas sencillas. Singular personaje por el que el autor pareció guardar entrañable afecto. El cuento pertenece a una época de la creación arreguiana donde emergió en su narrativa una preocupación por personajes diferentes, a los que seguía en su accionar sin plantear en ellos la reflexión, el conflicto o la asunción de valores. Más bien esto corre por cuenta del narrador y de los lectores.

De coraje, de pruebas a sí mismos, de hombres valientes y viriles que se manejan con códigos de valor propios frente a situaciones límites, son los cuentos elegidos para ahondar en otro aspecto de la narrativa de Arregui: «Diego Alonso» (Noche de San Juan), «Tres hombres» (Hombres y Caballos) y «Los ojos de la higuera»

(Ramos Generales). Los personajes protagonistas de estos cuentos de universos esencialmente masculinos, son, en general, seres integrados a su medio, lacónicos, austeros, que aceptan su destino pero que se enfrentan a él tenazmente cuando está en su mano la posibilidad de cambiarlo. En esa lucha se revela su temple y se pone a prueba su valor. A través de ellos el escritor transmite algunos valores que le son muy caros: la justicia, el respeto, la dignidad, la solidaridad humana, así como el planteo de que la vida en su brevedad e intensidad, se hermana con la muerte en instantes donde se diluyen tiempo y espacio.

Perteneciente a la línea fantástica cultivada por el escritor en algunas de sus narraciones, es el acontecimiento medular de «Los caballos» (Hombres y Caballos), relato al que su autor consideró un homenaje a Horacio Quiroga y cuyo germen anecdótico le fue sugerido cierta vez que observó una extraña conducta en dos caballos.

El humor, uno de los ingredientes esenciales del cuento de fogón, aparece en varios cuentos del escritor floresino y es un hilo conductor en los textos que integran «El Narrador». Así ocurre en «El regreso de Odiseo González», en «Contaba Don Claudio» y en «El cuento de un tordillo». Estos últimos giran en torno a un personaje del departamento de Flores, don Claudio González. Arregui no conoció personalmente a este hombre, sino que sus relatos le fueron transmitidos por su amigo Atanacio Amaro, él sí gran conocedor y «mejor narrador de las fantasías del viejo Claudio González». Aunque vivió y murió en este departamento, fue un habitante de espacios ilimitados, gobernados por la fantasía desbordante en la que reside la clave de su extraordinaria fecundidad de narrador.

En estos dos cuentos el escritor se remonta al origen del relato oral, asimilado a una de sus formas autóctonas, al aludido cuento de fogón. En ellos es posible advertir dos vertientes: una testimonial y otra hiperbólica, ésta última la más impor-

tante según el juicio de Arregui. Don Claudio era un maestro en este género de relatos, donde la fantasía se despliega libre de trabas para inventar universos donde todo es posible.

Esta figura arquetípica del narrador de fogón, encontraba en el duelo con sus pares un acicate para su imaginación y un desafío que ponía a prueba su fama. Su figura crecía con cada victoria, ganada a fuerza de ingenio y de una gran destreza para romper los estrechos confines de lo que llamamos «verdad».

Arregui recoge en estos dos cuentos mencionados, sólo algunos de los múltiples relatos de este fabulador campesino. Es evidente que el escritor respetó la figura de este narrador singular, pues él mismo era un heredero de esa misión de congregar a los hombres a través de la palabra y lo homenajeo dándole la posibilidad de eternizar sus palabras para las generaciones que no tenemos la suerte de conocer ni escuchar a estos diseminadores del fuego eterno de la creación.

La muerte ha sido un tema siempre presente, recurrente diríamos, en sus relatos. Aparece enfocada desde diversos ángulos: desde una presencia omnipotente y destructora, llegada sorpresivamente en «El diablo no duerme», como compañía en «Abejas», esperada y casi venerada, en «La compañera», hasta la tentación del suicidio en «La casa de piedras» o «Las formas del humo». En los cuentos que hemos elegido para integrar esta selección, la muerte aparecerá en todas sus dimensiones, así en «Los contrabandistas» (Hombres y caballos), «La escoba de la bruja» (relato que da nombre al volumen de cuentos), «Un cuento con insectos» (La escoba de la bruja), «Un cuento con un pozo» (El Narrador) y «Abejas» (Ramos Generales); relatos magistrales donde se conjugan la sencillez y precisión de estilo, con una sobriedad que le impide caer en el desborde emotivo, a pesar de la magnitud y profundidad de las anécdotas.

Por último, cabe acotar que la disposición de los textos seguirá un orden

cronológico (excepto «El Narrador», por razones ya aducidas), dándole así al lector otra perspectiva aportada por el eje diacrónico, ya que podrá observar si hubo evolución en los temas o el tratamiento de los mismos por parte del autor.

De «Noche de San Juan y otros cuentos» (1956): Noche de San Juan, Diego Alonso.

De «Hombres y caballos» (1960): Los caballos, Unos versos que no dijo, Tres hombres, Los contrabandistas.

De «La sed y el agua» (1964): Los ladrones.

De «Tres libros de cuentos» (1969): Un cuento con un pozo (Posteriormente incluido en «El Narrador»).

De «El Narrador» (1972): Contaba don Claudio, El cuento de un tordillo, El regreso de Odiseo González.

De «La escoba de la bruja» (1979): La escoba de la bruja, Un cuento con insectos.

De «Ramos Generales (1985): Los ojos de la higuera, Abejas.

Hagamos ahora nuestros los relatos de Mario Arregui a través de la lectura, de esa experiencia insustituible de infinitas posibilidades, ya que los textos sólo se animan cuando se contactan con el lector. Leer es un acto de amor, de reunión y participación. En este mágico encuentro Arregui permitirá que nos asomemos a la particular manera que tuvo de combinar las palabras para crear sus universos significativos.

Prof. Margarita Romero

EL NARRADOR

Un hombre ya entrado en años pasó una vez varios meses trabajando de alambrador en cierta estancia. No todas las noches pero sí muy frecuentemente, contaba en el fogón episodios de las guerras civiles de 1897 y 1904. Los peones -toda gente joven- y los dos muchachones hijos del patrón lo escuchaban siempre con interés, y a veces le pedían que tratara de recordar algún cuento para ellos nuevo o que repitiera tal o cual.

El alambrador narraba bien. Marcando con una sonrisa las necesarias salvedades, podríamos decir que era un clásico. Nunca se colocaba en posición de héroe o de actor importante; nunca decía «yo» y casi nunca testimoniaba como testigo presencial o, por lo menos, demasiado inmediato. Reconstruía y mostraba los hechos con el ánimo y desde los puntos de mira de un

observador un tanto abstracto, bastante impasible, muy naturalmente ubicuo o semi ubicuo... Contaba como alguien que había visto y sabido todo pero que tenía (o había tenido) la virtud de olvidar y recordar de acuerdo con las leyes universales del olvido y la memoria. Sus relatos eran lineales y límpidos, sin trampas ni *tecniquerías*, conducidos con dominio instintivo del arte de narrar (ese arte que es más común de lo que los escritores, los profesores y los críticos literarios suelen creer). Y no se confinaba en la épica: la guerra era en sus labios las horas de combate y lo que ellas implicaban o podían implicar (el cuerpo ofrecido al peligro como si no fuera del todo propio, la intención de matar hombres asumida de la manera en que se asume una tarea, la muerte rondando a cada uno lo mismo que una multiplicada mosca verde llamada por el olor del coraje, el miedo sacando de pronto sus cabecitas de víbora por imprevistas grietas del alma...); pero era también, y más todavía, la vida libre y casi feral en los campamentos, las matrereadas un

mucho lúdicas, las carreras de piojos en las hojas de los facones o en la caronas, las marchas y contramarchas en caballadas agotadas, las diabluras como actos gratuitos, las dificultades para conseguir un puñado de sal...

Cierta vez acababa de repetir la historia del negro degollado por error (contaba que el pobre moreno había salido de su escondite voceando equivocadamente, de puro asustado o atolondrado, el color de su bandería) cuando uno de los hijos del patrón le preguntó:

-¿Y usted cuántos años tiene?

Hay un modo de responder a esta pregunta que se parece al de *cantar* en las trucadas los envidos o las flores que *matan*; con ese modo de entonación victoriosa (¿oscura victoria sobre los millones de hombres que no alcanzaron a vivir tal número de años?) el alambrador dijo:

-Sesenta y ocho.

-Entonces en el 97 usted recién estaba naciendo y en 1904 tenía seis o siete años,

nomás -sacó la cuenta el muchacho-. ¿No es así?

El alambrador nada contestó y no volvió a hablar de guerras civiles mientras estuvo en la estancia.

Pero podía (y tal vez debía) haber contestado. Podía haber dicho que él no relataba recuerdos personales sino otros -más profundos y menos limitados- que lo habían esperado a su nacimiento como el aire y como la luz, y que, se diría con apenas metáfora, había comenzado a mamar en las redondas tetas aindiadas de su madre. Podía haber dicho que hay, o que ocurre como si la hubiera, una rara intimidad con la historia dormitando siempre detrás de la posesión de un paisaje con pasado. Podía haber hablado de lo que la sangre parece heredar directamente de la sangre, de las dominantes casi obsesivas del mundo en que se había criado, de cómo se coagulan y se graban las imágenes en el alma de un niño... y haber afirmado, sin falsear la verdad, que por su boca contaban sus abuelos, su padre, sus tíos y muchos otros

hombres muertos de su linaje y su raza. Y finalmente podía (y debía) haber puntualizado con algún énfasis que no era él un mentiroso sino algo muy diferente, algo un poco mágico y un poquito sagrado: un narrador.



NOCHE DE SAN JUAN

Después de muchos días consumidos en incesante arreo de tropas por campos y caminos donde el otoño sembraba sus mil muertes, Francisco Reyes volvía al pueblo en un atardecer desnudado y alto como la victoriosa espada de un ángel, mientras cien hogueras dispersas anunciaban el nacimiento de la noche de San Juan. Los cascos de su caballo golpeaban sonora y rítmicamente la blanca carretera, y él abría con avidez los ojos a los cordiales fuegos de los hombres y al balbuceo de las primeras estrellas. Su pecho también se abría, se abría dulcemente y se dilataban ante viejas ternuras y recuerdos aún tibios que lo alcanzaban desde el sitio donde se repliega la infancia. Y su corazón iba liviano y ágil como un niño.

En la última loma, detuvo el caballo y se irguió en los estribos: el pueblo -quietas hileras de faroles y desparramadas luces que se levantaban como párpados al creciente conjuro de las sombras- estaba como preparándose para transportar un puñado de hombres y mujeres por los remansos de la noche, hasta la playa vidriosa y baldía de la madrugada. Pensó en su madre y en sus hermanos: seguras caras sonrientes entre las que encontraría una realidad suya densa y compacta como la de un metal; pensó en Carmen, la prostituta amiga, cuya carne morena -que su cuerpo memorioso deseaba con una certeza muy parecida a la sed- se hundía y se ahondaba frutalmente bajo la mano; pensó en los compañeros de incontables noches de cañas y guitarras... Con una ligera inclinación del torso, puso el caballo al galope.

Horas más tarde caminó -con pasos que ya estaban de alguna manera en su recuerdo- hacia la calle de los prostíbulos. Poco antes de llegar a la esquina de insomne puerta luminosa donde el Bajo comien-

za, encontró una gran fogata crepitante, encabritada al pie de un muro que coronaban -con crueldad vana y torpe- refulgentes vidrios rotos. Sus altas llamas mordían el aire anochecido, y sus llamas bajas se retorcían sobre la leña inmolada. Dispuestos en semicírculo, seis o siete niños la vigilaban y la alimentaban, en silencio, muy serios, casi sacerdotales.

Se acercó sonriendo, armó un cigarrillo y lo encendió en las brasas. Distribuyó tabaco a los niños, que lo miraban con respeto y no sin cierta admiración. Tomó de la cuneta un puñado de hojas muertas y lo arrojó al fuego.

Continuó su camino, dobló a la derecha y avanzó, por el centro de la calle arenosa y hollada, hasta casi la mitad de la cuadra donde ejercen su oficio «las mujeres de la vida». Se detuvo, miró la noche joven establecida en el mundo, escuchó murmullos en un zaguán de honda tiniebla, respiró el aire frío con olor a humo y a casas viejas.

Avanzó un poco más, trepó de un salto la alta vereda de grandes losas y llamó con

el puño en una puerta. La voz esperada preguntó:

-¿Quién?

-Yo. Francisco Reyes.

-Voy.

Aguardó el ruido del pasador, empujó la puerta y entró.

Cuando salió -ya sobre la colmada plenitud de la medianoche- comprobó desde la esquina que la fogata, bastante disminuida pero todavía alta y briosa, seguía mordiendo las sombras y destellando en los agresivos vidrios del muro. Sonrió nuevamente, aunque con cierta lánguida tristeza final, porque algo en su interior estaba hundiéndose en una muerte invasora, en agraz y amarga. Permaneció inmóvil algunos instantes, de pie en medio de dos calles, como encerrado por el cono de luz del farol. Además del aflojamiento y la pesadumbre que suelen suceder a las intensidades de la carne crucificada en el sexo, crecía en él una insatisfacción precisa y punzante, decididamente hostil, como si impulsos no animales que lo habitaran (que vivieran



ocultos en su carne, parasitariamente) estuvieron alzándose -rebeldes, enconados y ciegos- sobre el desmayo del deseo animal agotado. En su alma nacían ansiedades sin destino y despertaban apetencias ya condenadas y frustrarse, y se rompían equilibrios, se iniciaban resquebrajamientos... Sintió que necesitaba el alcohol para defenderse, para emerger de la angustia que ya comenzaba a ceñirle la garganta... Caminó unos metros y entró en un bar y pidió caña.

Hacia el primer canto de los gallos estaba borracho. Casi siempre la saciedad sexual y la embriaguez le otorgaban una especial euforia deslastrada, libre, que superponía a su minucioso *yo* habitual -fatigosamente lúcido, encadenadoramente comprometido y prolijo- otro mucho más liviano y purificado: un neblinoso *yo* comparable en múltiples aspectos al de los entresueños, dibujado en trazos a la vez netos y fugitivos sobre lo más permanente que reconocía poseer. Pero nada semejante había ocurrido: imprevisiblemente, se en-



contraba caído por completo en la tristeza, desunido y lleno de grietas amargas, sobrepasado y aplastado por la angustia. En vez de levitarse en la euforia amiga, había tocado fondo en un subsuelo lóbrego, viscoso y tenaz; y su alma, como perdida de sí misma, se debatía en vano y se buscaba a tientas... Pensó, por un momento, seguir bebiendo hasta la inconsciencia, pero enseguida apartó el vaso. Más de una hora estuvo fumando acodado sobre la mesa, hosca y defendida la cara, sin beber y sin hablar. Luego, desoyendo voces que lo instaban a quedarse, se levantó y salió.

Caminaba muy junto a una pared carcomida por las lluvias y los años -el sombrero sobre los ojos y un cigarrillo colgando en la boca-, cuando una sombra apenas perceptible se movió en la oscuridad del arco ruinoso y sin puerta que servía de entrada a un prostíbulo. Tras un leve aleteo de esperanza en su pecho, se detuvo y echó el sombrero hacia atrás. La sombra dijo con voz de niña:

— Dame fuego.

-No; te doy un fósforo: así te veo la cara.

Lo encendió y adelantó la llama, protegiéndola del débil viento con la mano ahuecada. La oscuridad le entregó un rostro joven, ligeramente salvaje y felino, de altos pómulos, frente baja y huidiza, boca grande y rasgada, ojos pequeños que parpadeaban y se cerraban ante la luz. El pelo -que entrevió negro, profuso y desordenado- permaneció detenido en el límite de la penumbra, cautivo de la noche... El rostro se inclinó hacia la llama en actitud sedienta.

Reyes alargó el brazo y aspiró -con los ojos semicerrados- el olor del perfume barato y del tabaco rubio. Después recogió y bajó un poco la mano y miró de nuevo a la prostituta. Debajo del abrigo de color claro y viejo, adivinó un cuerpo delgado, largo, blanco, tembloroso y erizado de frío. Sostuvo el fósforo hasta que se quemó los dedos, lo arrojó y dijo a la oscuridad multiplicada:

-No te conocía ¿Sos nueva?

-Hace un mes que estoy- contestó la voz de niña desde la brasa del cigarrillo.

-¿Dé dónde sos?

-De aquí, del pueblo; hace un mes que trabajo.

El encendió otro fósforo y volvió a mirarla. Ella sonrió, mostrando dientes pequeños, parejos y aguzados. La sonrisa, aunque fugaz y tan sólo muscular, trazó y dejó en su cara la forma real de un acercamiento ilusorio, le dio algo así como un leve y estático impulso hacia adelante. Y Francisco Reyes se quemó otra vez los dedos.

-No te conocía -repitió- ¿Cómo te llamas?

-Ofelia.

-Sos linda.

-Va en gustos.

-Sos linda -insistió como con rabia.

Se hizo un silencio, un silencio vivo y cargado en el que ambos cayeron, acercándose, como derivando hacia un punto de convergencia creado por el mismo silencio. Reyes fumaba mecánicamente -las piernas un poco abiertas, el torso adelantado, los ojos fijos en la oscuridad y en la tenue sombra gris. La mujer, con frío, cruzaba los

brazos sobre el pecho, y la lumbre de su cigarrillo temblaba a la altura de su seno izquierdo. Y la ya muy declinante noche de San Juan los envolvía como un gran poncho prieto y compartido.

Preguntó ella al fin, no sin apremio, con una voz más vieja:

-¿No entrás?

El demoró un poco en responder:

-Sí; pero para estar un rato con vos, nomás.

Y, luego de una pausa, agregó con voz obligada, forzada, que pronunciaba a pesar suyo:

-Pero igual te voy a pagar...

Encendió otro fósforo y la siguió por un pasillo de desparejo piso enladrillado y paredes con manchas de humedad antigua; y entraron, al fondo, en una pequeña pieza encerrada y honda como un calabozo, apenas alumbrada por una lámpara que humeaba colgada del techo.

Había una fatigada cama de hierro, un ropero con mortecino espejo hostil y sin dueño, una mesa y dos sillas, un domina-

dor crucifijo y grabados indistinguibles en las paredes. A pesar del aire húmedo y frío que la llenaba, del torvo espejo y de los fragmentos de muertes ajenas que parecían poblarla -y en cierto modo entorpecerla-, tenía la penumbrosa pieza -en su pobre desnudez sucia de vida, historiada y gastada- una intimidad agridulce que acogía como acoge un lugar donde se ha conocido la dicha.

Reyes dejó el sombrero sobre la mesa y aplastó muy cuidadosamente la colilla en un cenicero de vidrio adornado por un pueril caballito de metal. La prostituta arrojó el cigarrillo hacia afuera, cerró la puerta y -respondiendo a una pregunta que él no había formulado- dijo mientras ordenaba las ropas de la cama:

-No sé lo que me pasa. Tenía frío y no podía dormir. Estaba sola, pensando cosas, y me levanté. Las demás duermen. Tenía ganas de caminar...

Después se quitó el abrigo, la pollera y los zapatos y se acostó boca arriba -conservando la chaqueta y el viso-, con las piernas

juntas y las rodillas levantadas. Y la horizontalidad pareció restituírle una vieja densidad dulce y terrestre.

El, de pie, la fijaba con una mirada de ojos todavía vidriados por el alcohol pero pesados como manos que oprimen. Su cara de hombre joven -marcada por el sol y el viento, quebrada a la sazón en duros ángulos por la débil claridad vertical de la lámpara -estaba detenida- y como atrapada- en una contracción exasperada, dolorosa, y en una tensa expresión de acecho que no denotaba, pese a su codicia, específico deseo sexual.

-Acostate -llamó ella.

-Sí -respondió sorprendido, como regresando de un país donde no existía la voz humana.

Se quitó el saco y las botas y se tendió junto a la mujer.

La besó en el cuello, en la mejilla, en el pómulo, y hundió la cara en el pelo derramado sobre la almohada... Hubiera querido dormir allí un largo sueño profundo y total: descender a la unión ciega y a la paz

de las profundidades . . . retándose contra aquel cuerpo despierto y ofrecido.

Pero el hambre impar que asiste y sirve a las especies lo atormentaba y lo avasallaba, obligándolo a buscar comunicaciones con el vasto mundo opuesto y secreto encerrado por aquella piel de mujer.

Se apoyó en los codos y miró con sus ojos pesados el rostro un poco salvaje y felino, que se acercaba y se alejaba según las sutiles vacilaciones de una sonrisa indecisa. Alzó su mano derecha y la bajó lenta y plana sobre él y le buscó el contorno de los huesos: rozó con la yema de los dedos la frente baja y oblicua, los arcos superciliares, el filo angular de la mandíbula, las aflorantes durezas de los pómulos. Y luego hundió otra vez la cara en el pelo que olía a humedad y a sueño y que se derramaba sobre la almohada... Sentía que el tumulto de su alma se hacía más simple, más coherente. Era como si las ansiedades y las apetencias se vertieran en un único, ancho y perdido río central. Pero este río, este espeso río sin cauce del que la angustia se

desprendía como un rumor de sílabas caóticas, no se remansaba ni desembocaba - más aún, parecía acrecentar su potencia y su desorientación al mismo tiempo que su carga.

Y Francisco Reyes levantó la cara del pelo que olía a sueño y a noche y rodeó el talle de la prostituta con el brazo izquierdo y la hizo girar un poco hacia su lado. Cerró con fuerza los ojos y se apretó contra el vasto, opuesto mundo vivo y tembloroso. La mujer intentó hablar, pero él le tapó la boca con el hombro, y ella -comprendiendo- giró hasta ponerse por completo de costado y lo abrazó estrechamente, en silencio. Largos minutos permanecieron así, como dos náufragos arrojados por el azar en la concavidad de una misma ola. Pero el hambre impar seguía insaciable y el turbio río continuaba acrecentándose sin remansarse ni desembocar.

Y Reyes se evadió del abrazo y buscó los senos. La mujer lo ayudó, desabrochando en parte su descolorida chaqueta de lana roja, y aquéllos -pequeños más ya cansa-

dos y con peso propio- argieron a medias entre las ropas y parecieron iluminarse mucho más de lo que la escasísima luz de la lámpara hacía prever. El los besó con un furor contenido y los oprimió ávida y morosamente con las manos y con la cara.

196 -Tengo frío -se quejó la prostituta.

200 Le abrochó la chaqueta, se semiarrodilló en la cama y le acarició los muslos, elásticos y erizados. Después remangó el viso y descubrió el vientre; tocó apenas su liviana curva, aplanó la mano sobre la suave depresión del centro. Miró el triángulo oscuro del sexo, que adivinaba hondo, nocturnal, infinito... y tibio y tierno y estremecido como un pájaro. Y puso su mano allí.

204 -Tengo frío -repitió la mujer.

208 La cubrió con su cuerpo. Ella comenzó a separar las piernas, pero él la detuvo:

-No; eso no.

212 Transcurrieron lentos, puros minutos. La unión ciega y la paz permanecían lejanas, inalcanzables; pero el río se remansa-

ba en una calma quizá muy semejante a un deseo de morir, a una madurez para la muerte. Y -acallado el tumulto- su alma estaba recogiendo en sí misma... Esperó.

-Me voy -dijo al fin.

Con gran esfuerzo, se dejó caer a un lado. Se sentó en el borde de la cama y empezó a calzarse las botas. La mujer se vistió rápidamente.

-Volveré otro día -mintió Reyes, ya en el arco ruinoso y sin puerta que servía de entrada al prostíbulo.

-Hasta pronto, entonces.

-Sí; hasta pronto.

Al pasar frente al muro de los vidrios rotos, Francisco Reyes recordó la fogata. Buscó las cenizas y las golpeó con el pie; aparecieron unas cuantas brasas. Con la suela de la bota, las aplastó una a una -rencorosamente- mientras el alba corroía el cielo y cien gallos dispersos anunciaban la muerte de la noche de San Juan.



DIEGO ALONSO

Diego Alonso salió de su casa, saltó la cuneta, cruzó la calle y comenzó a atravesar el baldío de enfrente - la cabeza erguida, los ojos limpios, el rostro afirmado en su dibujo y también abierto y sereno, la boca modulando un silbido bajo y de sosegados ritmos. Era hombre que no llegaba a los treinta años, de estatura mayor que mediana, de piernas largas y torso bien calibrado. Vestía pantalón azul y camisa color ladrillo; pañuelo al cuello y faja puntualizaban al hijo de un barrio de pueblo todavía con zanjones, caballos y yuyos. Llevaba lisa-mente peinado el pelo negro y fuerte; una barba de cinco o seis días le sombreaba la cara...Caminaba con pasos seguros y elásticos: se levantaba sobre los golpes sordos de sus alpargatas en la tierra endurecida por el largo verano.

Hacia la mitad del baldío, se entreparó para encender un cigarrillo, siguió caminando, con pasos que tal vez el fumar tornó más desganados. En las pausas del cigarrillo, retomaba su silbido bajo y monótono, de lacias modulaciones. Caminó a la vera de un cerco de tunas, esquivó el melancólico caos final de un basurero y salió a la calle ancha y terrosa, llena aún de pervivencias del antiguo campo, donde el sol caído repintaba una pared rosácea de la izquierda. Miró sin ver esa alta pared, las casas sumisas, los ciegos ranchos; fumando y silbando, marchó hacia arriba por la calle sin árboles que parecía prepararse para recibir, como un sacramento, la noche próxima.

La sombra ascendente ya había sobrepasado la puerta y estaba borroneando, encima, el letrero de letras torpes, de torcidos palotes: «Peluquería La Liberal». El peluquero detuvo su trabajo para arrimar un fósforo a la lámpara, comprobó en la uña del pulgar el filo de la navaja y continuó

afeitando al hombre de botas que ocupaba el único sillón.

-A l'oscuro no hay más que una cosa que se hace bien -acababa de comentar, riéndose, el herrero gordo que esperaba turno-. ¿Noverdá? -insistía desde una gran sonrisa estática.

El peluquero (cuarentón de pelo canoso y muchos oficios, con algún vago pasado carcelario, con historias de mujeres, conocido y respetado en las timbas) gruñó apenas, aprobatorio pero hosco, y acercó más sus ojos a la mejilla del paisano. Y dijo, mandón:

-No se mueva, don Sánchez.

Vivía el dueño de «La Liberal» un día taciturno y ceñudo; cierto empaque desapacible, cierto aire de inconcreta hostilidad -muy raros en él, por lo menos durante las horas de trabajo-, habían sorprendido aquel sábado a sus parroquianos; en muchos instantes -sobre todo en ocasión de determinados movimientos profesionales- su cara un poco aindiada prohibaba durezas rencorosas, acritudes casi agresivas.

La sonrisa del herrero cicatrizó con lentitud, como a regañadientes. El peluquero cambió la navaja por la brocha y luego la brocha por la navaja, y el paisano aprovechó las treguas para estirar los brazos y mirarse furtivamente al espejo. Ni el leve ruido áspero de la barba rasada, ni el zumbar de esas moscas húmedas, pertinaces y como sonámbulas que crían los pueblos y los días últimos del verano, alcanzaban a rayar el silencio; antes bien, parecían inscribirse o instalarse en él, señalándolo con señales vivas y dándole así una presencia completa, actuante.

-Buenas tardes -dijo Diego Alonso, al entrar.

Dirigió un corto gesto de saludo hacia el lado del sillón -sin advertir, en el espejo, los ojos bruscamente dilatados del peluquero-, interrogó el reloj despertador que colgaba de un clavo de la pared, estrechó la mano del herrero y se sentó en una silla retacona, junto a la percha. La contenida energía que venía subrayando sus movimientos, y que aún recalcó un poco el tono de sus «buenas

tardes», se disimuló en seguida en una suerte de abandono, de acostumbrada paciencia. Apoyó los codos en las rodillas, abatió la cabeza -acallando de ese modo al herrero antes de que empezara a hablarle- y quedó como absorto en la contemplación de sus alpargatas blancas.

Pero el dueño de «La Liberal» había interrumpido su tarea y, vuelto hacia él, lo miraba duramente, manteniendo en alto -como si fuera a arrojársela, o como olvidado de que la empuñaba- la navaja llena de jabón. Alonso sufrió, con algún sentido sin nombre, el largo, sostenido impacto de aquellos ojos, y levantó los suyos. Las miradas se encontraron; en la cara de Alonso se pintó el asombro, en la del peluquero terminó de anudarse el odio. Al cabo de un momento, la voz del último, filosa y mucho más aguda que de ordinario, partió el silencio:

-¡Todavía te animás!...

Alonso, sin desembarazarse del asombro, contrajo su cara en el esfuerzo de

comprender; y, con la boca como tironeada hacia atrás desde las comisuras, preguntó:

-¿Qué?

-¡Todavía te animás a venir aquí! -gritó el peluquero.

Y tiró la navaja sobre la mesa y avanzó hasta el centro del saloncito y allí se plantó en una expectante y desarticulada actitud de pelea. El paisano -una mejilla y un lado del cuello cubiertos de espuma- se volvió, atónito, en el sillón. Diego Alonso continuó quieto en su silla baja, algo pálido, tenso y perplejo al mismo tiempo. La mirada vivaz y un mucho pueril del herrero cuestionaba alternativamente, con urgencia medrosa, a los dos hombres enfrentados. El peluquero movió sus gruesos labios como si fuera a hablar, pero no emitió sonido alguno. La voz de Alonso fue insegura:

-¿Qué te pasa?

-¿No sabés?

-No.

-¿Con quién pensás dormir esta noche, decí, con quién?

Alonso se puso de pie. Había comprendido, y el aplomo habitual regresó a él. La voz, entonces, fue nítida, casi retadora:

-No te importa. ¿Esa mujer es tuya, por si acaso?

-No; pero me importa -declaró el peluquero en un tono muy cambiado, enronquecido.

Y adelantó la mano derecha con el índice rígido y volvió al grito:

-¡Y tené presente!...

-Peor pa vos -interrumpió Alonso, encaminándose hacia la puerta.

Pero el peluquero se interpuso, la boca todavía abierta y las manos en ademán de atajar. Alonso aprestó los puños y avanzó un paso; el otro se replegó apenas y se alzó de inmediato, y al instante relumbró en su mano el puñal corto y fino que cargaba siempre en la cintura.

-¡Te via dar! -profirió junto con el brillo vehemente de la primer puñalada.

Alonso saltó a un lado, esquivándola por centímetros, y retrocedió. A pesar de que sabía bien que no llevaba cuchillo -y de

que hasta lo pensó, lo vio, envainado y como ajeno en el cajón de la remota mesa de luz-, tanteó y retanteó su faja. Muy pálido, retrocedió un paso más, hasta la pared.

-¡Maula! -dijo casi sin separar los dientes-. Me agarrás desarmado.

El paisano, en el sillón, buscaba con los ojos una toalla, un paño, un trapo para quitarse la espuma -buscaba desesperadamente, como si le estuviera vedado intervenir, o ponerse a salvo, mientras le quedara un resto de jabón. El herrero, como por milagro, estaba en el medio de la calle.

-Me agarrás desarmado -repitió Alonso, fijado en la frase.

El peluquero -la cara vibrante, el puñal inmóvil reluciendo a la luz de la lámpara- dominaba el saloncito.

-Yo te via dar -insistió con un furor ya asordinado, teñido de crueldad y cálculo.

Alonso, demudado y acorralado, miraba el puñal. La mano que lo esgrimía era grande, morena, de piel tirante, de articulaciones nudosas, sin vellos en el dorso.

Helada pero viva, inexorable, la corta hoja de acero se le aproximó pausadamente, con la punta inclinada hacia abajo; luego giró y se elevó, rapidísima, y relampagueó buscándole el pecho. Alonso volvió a saltar, eludiéndola otra vez, apenas; como enajenado, vuelto sólo instinto, preciso y vertiginoso, tomó y enarboló y descargó, al tiempo en que otra puñalada lo apremiaba, la silla retacona que había ocupado. El peluquero contuvo a medias el golpe con los antebrazos, pero retrocedió tambaleándose, sin soltar el puñal. Alonso se abalanzó y alcanzó la puerta.

La calle orillera -tumultuosa de niños, perros y exaltada luz de ocaso- estaba ya como desmentida por un libre aire nocturno que sabía a campo y caballadas. Diego Alonso, largo de piernas, corrió por ella en la dirección de su casa. El peluquero lo persiguió, barbotando injurias; a las dos cuabras, muy distanciado, abandonó la persecución. Vio al fugitivo perderse detrás del cerco de tunas y regresó a «La Liberal», con lentitud, volviendo la cabeza cada po-

cos pasos - el puñal en la mano, sin envainarlo.

Todavía restaba una claridad rezagada y tranquila en la ventana de vidrios sucios: un rectángulo de luz diurna que allí moría sin lucha y cuyo gris polvoriento mostraba la pieza en una quietud abandonada, íntima y también vagamente defendida.

Diego Alonso puso dos vueltas de llave a la puerta y quedó de pie y con la espalda apoyada en ella, enfrentado a sus escasos, viejos muebles, rodeado por cosas familiares ordenadas y desordenadas por él. «¡Qué mierda todo!», dijo en voz alta, entre jadeos, y permaneció varios minutos como escuchando a su corazón golpear y golpear la quietud de la pieza. Después cerró y trancó el postigo de la ventana y fue hacia el lado donde estaban la cama y la mesa de luz; sin saber bien lo que hacía, encendió un fósforo; su mano, temblando junto a la vela, lo

sorprendió; esperó que ardiera el pabito, apagó el fósforo, se dejó caer en la cama.

Mientras el ritmo de su corazón disminuía, se sedimentaba en Alonso la sensación humillante de haber sido manoseado, vejado, por hechos sorprendivos y demasiados vivos, por «cosas que no deberían pasar», según se dijo. Al mismo tiempo -y veloz y entreveradamente, y ya con cierta perspectiva de recuerdo- volvía a ver el puñal, la cara del peluquero, la silla levantada, la mano grande y morena y de piel tirante, la silla cayendo y golpeando, las apretadas paredes del saloncito, la estela del puñal en el aire...; con amargura, se veía dando saltos desesperados, manoteando, descargando el sillazo, huyendo... «¡Qué mierda todo!», repitió, subrayando esta vez de rabia consciente las palabras. Era rabia de haber sido sorprendido y, sobre todo, de que los hechos hubieran jugado con él sin que él pudiera poner en acción el coraje de que se sabía capaz. «¡Pero qué cosa!», se dijo. ¿Por qué? ¡Ah, no haber sabido! Y se sintió miserable, aunque con una miseria

no suya sino hija de las cosas: miserable de un modo como no se había sentido desde la adolescencia. ¡Cómo se había visto atrapado por una situación indomitable, absurda, alevosa! «¡Qué cosa para putear!» Pero comprendía que lo esencial, lo suyo no estaba tocado, y que la raíz de donde puede nacer el coraje continuaba también intacta... Miró la vela (cuya luz centraba la intimidad de la pieza ahora cerrada con dos vueltas de llave), se estiró del todo en la cama y, casi sereno, comenzó a pensar el episodio, a buscar sus posibles causas; rápidamente, recordó y relacionó alusiones no entendidas, hechos que no había tenido en cuenta. ¿Es que acaso la mujer hubiera debido advertirlo? ¿Qué había pasado entre ella y el peluquero? ¿Ella era un poco culpable? «No; no tiene la culpa», se afirmó. Y pensó con precisión en aquella mujer de ojos siempre como recién salidos del sueño y caderas anchas y planas -mujer que había sido, durante muchos días, la forma misma del deseo-, y notó en su carne que casi no la deseaba. Cerró los ojos y trató

de pensarla con el cuerpo, de evocarla directa y puramente en su condición de hembra; pero la carne siguió sin responderle... Entre el hombre que mediataba derrumbado en la cama y el hombre que horas antes estaba acercándose -entero, y firme en el tiempo- a la cita y la promesa de la noche, existía como enemigo, no podía dudarlo, una distancia llena de cosas perdidas y fuera de sitio, de cosas a rectificar y, más que nada, a recuperar. Sintió entonces pena, vasta y aguda pena por eso y por todo: por los insensatos minutos vividos, por el peluquero, por la mujer, por su deseo casi muerto, por el corriendo como un niño asustado por la calle orillera... Movi6 las manos en un leve ademán de rechazo y abandon6 la cama y comenz6 a pasearse de un lado a otro de la pieza.

Cuatro pasos hasta la puerta, cuatro pasos hasta la pared del fondo...; las alpargatas blancas, yendo y viniendo una y otra vez, golpeaban sin vigor el piso de tablas flojas. Y cada paso, cada indistinto y liviano golpe, parecía ir alentando en Diego Alonso

la necesidad de recuperar lo perdido, de reconquistar lo que afirmaba en sí mismo y en el tiempo al hombre de esa tarde... Se detuvo frente a la puerta cerrada y pensó en el hombre con su cuerpo que, hacia el amistoso fin del día, repechara fumando y silbando la calle orillera; pensó en él como en otro, como en una persona querida que ya no existiera o que se encontrara lejos, muy lejos. Estuvo un momento más como tratando de mirar a través de la puerta, apretó los puños y los labios, se tanteó la faja, recommenzó a caminar de un lado a otro de la pieza. Sí: tenía que volver a ser el que había sido esa tarde, ese día, ese año -el que había sido siempre desde el día o el minuto ya olvidado en que aprendiera de una vez por todas quién era. Tenía que rehacerse, sí, y debía intentarlo. Y podía, también; podía porque la raíz del coraje estaba intocada... Cuatro pasos hasta la puerta, cuatro pasos hasta la pared del fondo...; sus pies golpeaban ahora con mayor decisión las tablas temblonas del piso. Finalmente, hizo lo que desde largo rato -quizás desde

su arribo a la pieza- sabía de algún modo que iba a hacer; abrió el cajón de la mesa de luz y tomó el cuchillo.

Al entrar esta vez en «La Liberal» -el cuchillo bien oculto en la faja-, Diego Alonso no dejó de advertir en el espejo los ojos que se dilataban del peluquero. Otro hombre vestido de paisano, la cara inaveriguable bajo la espuma y la brocha, ocupaba el único sillón. Un desconocido de aspecto enfermizo y traje negro esperaba turno.

Alonso se sentó en la misma silla retaconada de antes, silla que ahora -comprobó- tenía una pata floja y un palillo roto. El silencio de la peluquería -sin el zumbido de las moscas ya dormidas- era liso y quieto, irrompible. Colgado de un clavo en la pared, el reloj despertador roía el tiempo; su tic-tac laborioso incidía limpia y delicadamente en el silencio y actuaba como perfeccionándolo. Lejanos e irreales -irrealizados

por la noche- llegaban gritos de niños. La lámpara humeaba un poco.

El peluquero dejó la brocha y -serio, circunspecto, profesional- comenzó a asentar la navaja. Una mariposa nocturna golpeó contra el tubo de la lámpara.

-Creiba qu'iba a encontrar la barbería cerrada -resonó sorprendentemente la voz desteñida y nasal del paisano- ¡Pobre mi compadre Atanasio! Pa morirse, mire...

-Los sábados cierro más tarde -lo interrumpió con voz severa el peluquero-. Este se quieto -ordenó levantando la navaja y espiando por el espejo al inmóvil Diego Alonso.

El desconocido de aspecto enfermizo armó un cigarrillo delgadito y fumó con movimientos un poco duros; apretaba bien la boca después de aspirar el humo y lo expelía en su totalidad por las narices, en dos chorros verticales, como la respiración de los caballo en el invierno. Alonso miraba el suelo, sus alpargatas, el indiferente hombre de traje negro, el humo sutil de la lámpara; veía los hombros y la nuca del

paisano, veía -sin mirarlo directamente- al peluquero; oía la marcha del reloj, algún grito suelto y lejano, algunos ladridos, el levisimo ruido de la navaja; sentía el latido de su sangre.

-Está -dijo el peluquero.

El paisano se miró en el espejo y tendió un billete al peluquero.

-Pa mañana estoy barbudo -murmuró sin dirigirse a nadie-. Son apuradoras pa la barba las noches 'e velorio.

Ninguno de los otros tres hombres demostró haber oído.

-Sirvasé - dijo el peluquero.

El paisano recibió el vuelto, saludó con timidez, salió. El desconocido pasó a ocupar el sillón.

-Afeitar -dijo-. Una sola pasada.

-Bien -dijo el peluquero, y comenzó a enjabonarlo.

El reloj avanzaba sobre el tiempo; su tic-tac encarnizado aniquilaba los segundos, demolía y consumía los minutos; era la pequeña máquina un pequeño, insaciable monstruo comiendo el tiempo, trágan-

dolo haciéndolo pasar por dentro de él, lo mismo que esas lombrices que avanzan devorando su camino en la tierra. Alonso miraba el suelo, las alpargatas blancas, la colilla humeante que había dejado caer el hombre de negro; veía moverse y trabajar al peluquero; sentía en las sienes y en las muñecas la pulsación de su sangre. La navaja no producía ruido alguno al segar la barba -sin duda flaca y escasa- del enfermo forastero.

La colilla dejó de humear. Poco a poco aumentaba el número de mariposa nocturnas que golpeaban el tubo de la lámpara. El incesante tic-tac trabajaba hábilmente la superficie lisa del silencio. Alonso sentía ganas de fumar pero no lo hacía.

-Bueno -dijo el peluquero.

El desconocido pagó y se fue.

Solos, Alonso y el peluquero quedaron frente a frente. El peluquero, junto al sillón atareaba las manos en doblar una toalla, y ponía en ello un cuidado desmedido. Sus ojos de vidrio negro -demasiado cercanos entre sí- miraban no a la cara de Alonso

sino más bien al aire donde inscribía la cabeza inmóvil del hombre sentado. Este, en cambio, sostenía rectamente sus ojos en la cara, en los ojos del otro. Quizá medio minuto pasó así sobre ambos... Al fin, el peluquero depositó en la mesa la toalla, que tal vez fue la que con más esmero dobló en su vida. Alonso se puso de pie y -muy pálido, el rostro como nublado y endurecido en el acatamiento a la voluntad de guapear- avanzó y ocupó el sillón.

-Afeitame -pronunció con voz clara y fría.

Y cerró los ojos y apoyó la nuca en el soporte del sillón.

El peluquero lo contempló casi como solía observar el filo de sus navajas para descubrir una melladura, y luego, gravemente, tomó la brocha. Muy seria y compacta la cara un poco aindiada, brillantes y contenidos los ojos demasiado cercanos entre sí, estricto y preciso en sus movimientos, cubrió de espuma la barba del hombre que había intentado apuñalar. Años de oficio, cientos y cientos de barbas enja-

bonadas, parecieron convergir en aquella precisión bastante mecánica, en aquella medida de movimientos que lindaba con la ritualidad...Abandonó la brocha y, con mayor gravedad aún, tomó y levantó la navaja . La filosísima hoja de acero relumbró a la luz de la lámpara, empuñada por una mano grande, morena, de articulaciones nudosas, sin vellos en el dorso. Diego Alonso no abrió los ojos.

La navaja comenzó su camino al lado de la oreja, descendió por la mejilla, llegó hasta el hueso de la mandíbula, se detuvo... El peluquero la limpió y la pasó por el asentador. Relumbró de nuevo y se acercó a la cara de Alonso y continuó afeitando hacia el mentón. Producía un leve ruido seco, áspero. Volvió a detenerse, volvió a relumbrar limpia y, cambiando el ángulo de su filo, bajó hacia la nuez, se desvió, afeitó un lado de la garganta. Los movimientos del peluquero eran todavía más refrenados, profesionales y lindantes con lo ritual que cuando manejaba la brocha. Relumbró la navaja, comenzó su camino al

lado de la otra oreja, descendió la mejilla, repitió toda su acción. Diego Alonso respiraba por la nariz, rítmica y audiblemente, con mucho de quien duerme. El filo para arriba, la navaja fue del mentón al labio inferior, afeitó las comisuras de la boca, saltó, limpió el espacio de bigote - terminando de descubrir un rostro duro en el que los ojos cerrados, apretados, difundían hermetismo.

-Bueno -tuvo que llamar el peluquero. Alonso abrió los ojos, lo miró... y pidió:

-Otra pasada.

-¿En contra?

-Sí.

De nuevo cerró Alonso los ojos, y de nuevo la brocha lo enmascaró de espuma. Y la rápida y reluciente navaja, con breves interrupciones recorrió a contrapelo sus mejillas, costeó el hueso de la mandíbula, afeitó hacia los costados del mentón, saltó al labio superior; casi de punta, buscó y limpió los troncos del cuello, la nuez, la garganta.

-Bueno -volvió a llamar el peluquero.

Alonso abrió los ojos y se enderezó en el sillón. El espejo le entregó su cara: afeitada, pálida, bien afirmada en su dibujo.

El peluquero -un poco retirado- se demoraba secando la brocha y la navaja.

Alonso lo miró un instante; reacomodó el aflojado pañuelo que llevaba al cuello, abandonó el sillón, depositó unas monedas sobre la mesa, salió de la peluquería.

El peluquero se apresuró tras él, pero no fue más allá de la puerta.

La calle orillera estaba llena de noche, de una noche reciente y agreste, sin luna y como acostada boca abajo, de espaldas a un alto y estrellado cielo de verano.

Débiles faroles ascendían en perspectiva rumbo al centro del pueblo; otros faroles de luces indolentes descendían, y se desgranaban hasta perderse, en el rumbo del campo.

Diego Alonso -largo de piernas, dueño de pasos seguros y elásticos- caminó hacia arriba por ella. Caminó con su andar acostumbrado, sin apuro, levantándose sobre

los golpes sordos de sus alpargatas en la tierra endurecida. El primer farol lo denunció al pasar. Muy cerca de la esquina, ya en la luz del segundo farol, retomó su silbido bajo y monótono, de lacias modulaciones. Hubiera debido, quizá, doblar a la derecha, pero siguió sin desviarse por la calle que subía. Otro farol lo mostró, más borrosamente.

Desde la puerta de «La Liberal» -doblado hacia adelante para ver mejor- el peluquero lo miraba alejarse. Ya no lo veía, ya sólo lo adivinaba. Se dobló más, quietos como piedras negras los ojos. Otro farol se lo indicó un instante.

Siguió mirando, obstinadamente. Un farol lejano le dio una sombra que quizá fuera Diego Alonso. Siguió mirando... Cuando era de todo imposible verlo, y cuando lo supo también fuera del alcance de su voz, se volvió y entró en la peluquería y cerró la puerta con un golpe seco, fuerte, excesivo.

LOS CABALLOS

Toda la santa tarde estuvieron los dos caballos parados a la sombra de los eucaliptos, mirando el camino por encima del alambrado del piquete. Uno era tordillo; el otro, renegrado, con dos patas calzadas de blanco y un pequeño triángulo blanco en la frente. Ambos estaban gordos, sanos, bien cuidados. Eran, además de parientes lejanos, muy amigos. No se aburrían, porque los animales no se aburren, y miraban el camino sin esperar que nada extraordinario llegara por él. La tarde, mientras tanto, resbalaba con lentitud, se cumplía lo mismo que una tarea rigurosamente prefijada... Los caballos oían a veces, empujada desde *las casas* por el viento intermitente y tibio, la voz del peón casero, que se llamaba Ramón y cantaba, ese día, al hacer sus quehaceres.

Primero pasó un jeep por el camino.

-Es el menor de los López -dijo el tordillo.

-Sí -asintió el picazo.

-Muy hereje con los caballos -agregó el tordillo después de una pausa, cuando ya el jeep era sólo una nubecita de polvo.

-Ahora anda siempre en jeep -dijo el picazo.

-Menos mal -suspiró el tordillo.

Y quedaron silenciosos.

Más tarde, con un ruido de fierritos temblones, pasó un paisano en bicicleta. Iba congestionado, jadeante. La bicicleta tartamudeaba en el camino desparejo, y el paisano se sacudía de punta a punta, desde las botas negras - bajas, relucientes- hasta el mayúsculo, carnavalesco sombrero de alas planas.

-¡Qué cosa! -comentó el picazo.

-Es un puñado de lástima -dijo el tordillo, colocando una frase que había oído a Ramón y que nunca había entendido del todo.

El esforzado sombrero del ciclista se perdió a lo lejos sin que los caballos añadiesen una palabra más.

Después -el sol ya muy lateral- pasó un emponchado en un zaino testereador.

-¿Lo conocés? -preguntó el tordillo.

-¿A quién?

-Al hombre.

-No; no debe ser de aquí.

El emponchado se hundió de a poco en el bajo y luego reapareció en la otra cuchilla.

-Al caballo creo conocerlo -dijo el pica-zo.

-Hum... -dudó el tordillo-; estos zainos petisones y compadritos son todos iguales.

El emponchado y su zaino desaparecieron para no reaparecer y los dos caballos volvieron a quedar silenciosos.

El sol, según costumbre, siguió bajando, hasta caerse del otro lado de los eucaliptus nuevos. El viento, ahora más fresco y con un ligero sabor a noche, acercó a los amigos el sonido inconfundible de los gol-

pes de un hacha: Ramón picaba, sin duda, leña para el fogón y el asado.

-A mí me parece que no nos ensillan hoy -dijo el picazo.

-A mí también; ya es muy tarde -dijo el tordillo.

Es necesario advertir que el plural *nos ensillan* del picazo debe observarse o corregirse, porque ambos eran los caballos reservados de don Leopoldo -don Leopoldo Lecumberri, el patrón-, y éste, obviamente, sólo ensillaba uno por vez. Pero perdonemos al picazo y agreguemos que don Leopoldo no hacía distinciones entre sus dos caballos: los ensillaba eligiendo como al azar o al capricho, y a menudo respondía «Cualquiera» a la pregunta «¿Cuál l'enfreno?» de Ramón; daba, eso sí, preferencia al picazo cuando había tormenta eléctrica y al tordillo cuando sabía que iba a regresar de noche. Y agreguemos también que en la estancia todos llamaban al patrón por su nombre completo, menos su esposa -doña Margarita-, que le decía Leo, y sus caballos, que la imitaban.

-Ayer tampoco vimos a Leo -dijo al rato el tordillo-; tengo la impresión de que anda medio enfermo.

-Enfermo... no sé; triste no noto, sí -meditó y afirmó el picazo.

-Anda como peleado con su sombra -dejó caer el tordillo, aplicando otra frase oída a Ramón y sólo a medias entendida.

-En una de éstas con la que anda peleado es con doña Marga... -estuvo a punto de terminar el picazo, pero se interrumpió por sí solo, al tiempo en que el tordillo le clavaba los ojos para hacerlo callar-. Perdoná -murmuró, y agachó la cabeza.

-A veces te olvidás -dijo el tordillo suavemente, sin reproche- que somos caballos... y castrados... y que no podemos hablar de esos problemas.

-Si -gruñó el picazo, malhumorado, descontento consigo mismo.

Cruzó veloz, en sentido contrario, el jeep de López Chico. Una muchacha se apeó a abrir la portera; el jeep avanzó y la muchacha cerró la portera y subió a él.

Ya dejaron la portera con la cadena desenganchada - rezongó el picazo, descar-gando su malhumor.

Primero dejó de verse el jeep, y luego se apagó también el zumbido del motor, no sin volver y girar alguna vez, colgado en el trapecio del viento.

-Yo creo -insistió el tordillo- que lo que tiene Leo es enfermedad. Daría una pata por equivocarme...

El picazo optó por permanecer callado.

El anochecer fue borrando cosas, como podando el paisaje. Todavía los caballos miraron un tiempo el camino, después, al tranco lento, se encaminaron a la otra esquina del piquete, donde crecía -junto al sauzal- un pasto tierno y jugoso.

A la mañana siguiente, no muy temprano, Ramón enfrenó al picazo. El tordillo le dijo «Hasta luego» a su amigo en un corto relincho y se fue a comer en las inmediaciones del sauzal... Largo es el desayuno de un caballo; el tordillo comía aún -parado sobre

su sombra cortita- cuando oyó el relincho y el galope del picazo.

Levantó la cabeza y lo esperó con las orejas tiesas.

Tengo que contarte algo espantoso - barbotó el picazo al frenar su carrera.

-¿Qué?

-Vi una sombra. ¡Qué susto!

-¡Bah! ¿No te da vergüenza asustarte de una sombra?

-¡Pero era horrible!

Trotaba el picazo, bailaba alrededor de su compañero.

-Bueno, bueno; deberías calmarte -dijo el tordillo-.

¿Una sombra cómo?

-Espantosa, te digo... Casi lo tiro al agua al pobre Leo. ¡Qué cosa! Me pegó dos rebencazos que todavía me duelen.

Seguía girando el picazo. El tordillo comenzó a impacientarse.

-Vení para acá -ordenó-. Quedate quieto. Y contá; empezá por el principio.

-Está bien -dijo el picazo con mucha obediencia, deteniéndose-. En el principio vino Ramón y me enfrenó.

-Eso ya lo sé.

-Después Leo me ensilló.

-Eso no lo sé pero es como si lo supiera.
¿Cómo está Leo?

-Bastante bien; con cara de cansado, tal vez; parecía un poco más contento... Pero dejame contar.

-Seguí -hizo con la cabeza el tordillo.

-Nos despedimos de la patrona y salimos. Yo salí tirando las riendas, para alegrarlo.

-Lo bien que hiciste.

-Fuimos al potrero del fondo, a ver unas vacas recién paridas.

-¿De pégigree?

-Una, sí; las otras, cruza, nomás.

-¿Son buenos los terneros?

-Hay tres muy lindos... Pero con tanta pregunta no me dejás contar.

-Tenés razón -admitió el tordillo-. Contá.

-Después entramos al potrero del cerro y recorrimos la cañada. A la vuelta, en la laguna de más acá. Leo me aflojó las riendas para que yo tomara agua. El agua estaba clarita y lisa. Yo bajé la cabeza... -castañetearon los dientes del picazo- y vi la sombra reflejada en el agua.

El picazo, temblando, retrocedió un poco.

-Calma, calma -aconsejó el tordillo, acercándose-. ¿Cómo era esa sombra?

Dejó de temblar el picazo.

-Yyy... -vaciló- como una sombra.

-Pero...

-¡No!: era horrible. Y estaba encima de Leo.

-¿Encima?

-Sí; en el aire. Y lo miraba.

-¿Tenía ojos, entonces?

Pensó un instante el picazo.

-No sé -respondió-; pero lo miraba... Salté para atrás. El pobre Leo no se cayó porque Dios es grande. Lo sentí en el pescuezo. Y en cuanto se acomodó me cruzó de un rebencazo... ¡Ay, qué rebencazó!... Y me

insultó también, que es lo que más me duele... Leo me hizo bajar otra vez a la cañada; yo no quería, pero me obligó. Vi de nuevo la sombra y volví a saltar. La sombra esta vez me miraba a mí; me pareció que se reía. Y Leo...

-¿Pero tenía boca?

-No, no tenía nada; pero igual me pareció que se reía... Y Leo me descargó otro rebencazo, más fuerte. ¡Qué vergüenza...! «Ya que estás tan loco, piojoso, aguanta la sed», me dijo. Piojoso: ¡qué humillación! Y ahora tengo una sed...

-En seguida vamos al bebedero. Seguí contando.

-Y... muy poco más. Nos vinimos para las casas, al trotecito. Yo quería galopar pero Leo no me aflojaba las riendas. «Estás bravo hoy; te hace falta más recado», me dijo con malos modos... ¡Ah, si pudiéramos avisarle lo de la sombra! ¡Qué bien sería explicarle todo!

-De verdad, de verdad; pero no podemos. ¡Qué cosas tiene la vida! -cerró el

diálogo el tordillo, moviendo de arriba a abajo su largo pescuezo bien tusado.

Los dos caballos fueron al bebedero - que estaba cerca de *las casas*, al lado del pozo- y después caminaron de vuelta rumbo al sauzal; fueron y volvieron cabizbajos y silenciosos, preocupadísimos. El tordillo se instaló sin dilación bajo los árboles. El picazo -a quien Ramón había interrumpido el apenas comenzado desayuno- se rezagó en la zona del pasto tierno; pero comprobó en seguida que no tenía hambre y siguió a reunirse con su amigo. Y casi emboscados en el fondo umbrío del sauzal pasaron ambos la tarde entera, pese a que allí moraban las moscas más forajidas y golosas de todo el piquete. Muy cerca uno de otro, y sintiéndose muy juntos, ambos sabían que estaban pensando exactamente lo mismo. No hablaron una palabra; muchas veces, eso sí, se miraron, se entendieron con los ojos... Usando como látigos las colas, levantando y golpeando las patas, sacudiendo las cabezas y resoplando y

mordiendo, se espantaban con éxito bastante escaso las escuadrillas de moscas, y quizá también -y quizá con menos éxito todavía- los pensamientos que los rondaban.

Esa tarde tampoco *los ensillaron*, para decirlo con el mismo plural incorrecto que usara ayer el picazo.

-Me parece, hermano, que podríamos arrimarnos un poco a las casas -propuso, hacia el anochecer, el tordillo.

-Eso mismo iba a decirte -aceptó el picazo.

Echaron a andar. De lejos, vieron y oyeron a Ramón, que perseguía e insultaba a gritos al ternero de la lechera rosilla. Nuestros caballos, otro día, se hubieran acercado y detenido para oír mejor, porque sabían que los *dichos* y los epítetos de Ramón eran famosos en el pago; ese día continuaron andando y fueron a apostarse junto al alto alambrado del corral. Vieron desde allí -en la puerta del galpón de esquila, a más o menos una cuadra- el grupo que formaban don Leopoldo, Serapio -el peón

de campo- y el capataz. Don Leopoldo hablaba, Serapio cabeceaba repetidos «Sí» y el capataz se limpiaba las uñas con el cuchillo. Aguzaron la vista los caballos y se alegraron y se miraron entre sí, porque ninguna sombra se alcanzaba a divisar sobre el patrón; pero de inmediato pensaron que una sombra, si la hubiera, difícilmente podría ser vista desde aquel ángulo y a aquella distancia, y menos aún en una hora en que avanzadas de la noche apenas numbraban el aire. Suspiraron al unísono y siguieron mirando; vieron a don Leopoldo dirigirse a las piezas *de adentro*; vieron a Serapio desaparecer detrás del galpón, vieron al capataz ir a la pileta de las gallinas y lavarse los pies. Ya se disponían a emprender el regreso a la esquina del sauzal cuando oyeron, cerca, «Esta noche vas a comer bien, viejito» en la voz un poco arrastrada («Habla chancleteando», decía Ramón) del peón de campo. Giraron las cabezas y miraron: por la portera chica de al lado del bañadero, Serapio introducía otro caballo al piquete.

-¡El overo viejo! -exclamaron los dos a un tiempo.

El overo viejo era un típico caballo criollo y un típico gaucho viejo traducido a caballo. Era feo, de poca alzada, peludo, con aire de pobre; era fuerte, *sufrido*, taciturno, receloso, pueril, supersticioso, lo contrario de efusivo, fatalista, sentencioso, *alunado*, limitadísimo, con corajes y cobardías extrañamente trenzados, con buen número de las quejumbres y alguna de las compadradas de Martín Fierro, con mucho del viejo Vizcacha... Y era también, a su modo, un sabio.

Don Leopoldo lo compró por cinco pesos -cayéndose de flaco y bastereado desde la cruz al riñón- a un tropero de cara cuchillera que venía del norte. No había en la estancia caballo más viejo que él; ni más *caminado*, tampoco. Había sido caballo de inspector de sarna, de milico, de contrabandista, de tropero y hasta de ladrón; había tirado del carro de un turco merca-chifle -cosa que ocultaba-, pretendía haber

ayudado a un matrero y mentía como un niño cuando hablaba de Aparicio Saravia, porque cualquiera podía sacar la cuenta de que no había sido él sino algún antepasado de heredadas memorias quien sirviera, allá por el 97 y por los peleadores comienzos de este siglo, en aquellas patriadas malhumoradas y viajadoras -turísticas, diríamos hoy- que garabateaban de idas y venidas y puntuaban de fogones con asados épicos el mapa del país.

Su experiencia era vastísima, si bien monótona y entorpecida de pormenores; y aunque -o porque- ignoraba la mar de cosas y otras tantas despreciaba o fingía despreciar, sabía muy bien lo que sabía. La vejez (la muerte próxima, quizá) hacía además, de algún modo indefinible, sabiduría de lo que en otros hubiera sido nada más que acumulación de conocimientos o aun meros catálogos de hechos. Infinitos días y noches lo enriquecían, y potreros salvajes, lluvias, tormentas, heladas tremendas, soles bárbaros, interminables caminos, estancias y ranchos, palenques de

pulperías, yerras, carreras, velorios... Y miles de caballos vistos y olfateados. Y por sobre todo, hombres: numerosos, diferentes, hombres -muchos de ellos con seguridad ya difuntos- sobre su lomo y a su lado... y hasta alguna mujer llevada en ancas en una tardecita mansa como un sauce llorón.

Ahora, pese al reumatismo, a la arteriosclerosis y a los consabidos trastornos en las vías urinarias, terminaba dignamente sus días: era el caballo de confianza de Serapio, un hombre campero. Dos o tres veces por mes, cuando Serapio tenía que llevar animales a las ferias o salir muy temprano por otro motivo cualquiera, pernoctaba en el piquete. El tordillo y el picazo cambiaban en esas ocasiones (o sólo intentaban cambiar, solía ocurrir) algunas frases con él. Nuestros caballos, que no dejaban de estimarlo, lo respetaban y, oscuramente, lo envidiaban: caballos de un solo y sedentario amo y de piquete hogareño, envidiaban tanta vida azarosa, tanta experiencia directa y áspera de caballo pobre. Lo que el overo sentía por ellos era más

complicado; les envidiaba, a su vez, los privilegios, y a esa envidia, aún más falsamente nostálgica que la de los otros, se mixturaba desprecio, rencor, cierta benevolencia amargada de viejo y también muñones de imposibles sentimientos paternales.

En seguida de aquella doble exclamación «¡El overo viejo!» que registráramos, Serapio se fue y no cerró la portera y vino Ramón y la cerró y el overo pasó al tranco -sin mirarlos siquiera- al lado de los dos amigos. Estaba el viejo, a la sazón, comiendo con vigor el pasto duro y casi intacto que crecía un poco más allá del pozo. Mientras tanto, el picazo y el tordillo seguían hablando en voz baja.

-Sí, sí; ya sé; no repitas. Sé perfectamente que es un viejo cascarudo y con más vueltas que cuzco chico -decía el tordillo, usando expresiones que había oído a Ramón a propósito de un tío de don Leopoldo-. Vos dejame a mí.

-Bueno te dejo; pero tené cuidado de que no se nos vaya a empacar.

Se acercaron los dos al overo y dijeron a coro:

-Buenas tardes, don overo.

-Güenas noches -rectificó el overo.

Y siguió comiendo.

-Otra vez por aquí... -dijo el tordillo.

-Aháa. No les gusta que les coma el pasto, ¿eh?

-No, no -se atropelló el tordillo-; puede comer todo lo que quiera. Está en su casa.

-Total... a ustedes les sobra.

Y siguió comiendo.

-Mire, don overo -intervino el picazo-: para el lado del sauzal hay un pasto mejor.

-¡Uta que son delicaus!... Este es güeno.

-Sí; pero aquél...

-¿Y se crén que yo no sé? ¿A mí me van a enseñar?... Viá comer también de aquel, pa'sentar éste.

Y les dio la espalda, digamos. Sonaba el pasto duro al ser arrancado por sus dientes bajos y desafilados. Los dos amigos se

miraron un instante. Después el tordillo fue a pararse frente a él y preguntó con la voz más suave y conciliadora que pudo conseguir:

-¿Mañana sale temprano con tropa, don?

-No, con tropa no -contestó el overo, ya más amistoso-. Vamo a dir con Serapio a comprar unas ovejitas pa consumo.

-Ahá... ¿Y las de acá no sirven para comer?

-Asigún el patrón, es una lástima carnearlas, por la güena lana que tienen. Jum...Pa mí que con tanta bobada'e mejorar y refinar, como dicen, deben tener la carne más fiera que pasto'e bañau...

-Es posible, sí... ¿Y van lejos, don overo?

-Rigular; la feria es en el local «Progreso y Trabajo». Ustedes no conocen.

-No -se apresuró el tordillo y repitió un segundo después el picazo.

-Ustedes conocen tan poco... -lamentó con queja fingida el overo-. Y se van a morir de viejos sin conocer gran cosa, colijo. A no

ser que venga una patriada y los yeven. ¡Pero que va'venir! Aura tá todo qu'es un asco de tranquilo. Los gobiernos no se rigulucionan como antes. ¡Pobre país!

-Tiene razón, mucha razón -adularon a coro los dos amigos.

-¡Sí tendré! -dijo el viejo con orgullo.

El tordillo juzgó el momento oportuno.

-Después que coma, don -dijo-, le vamos a contar algo, para que usted nos dé su opinión.

-Jum... ¿De qué se trata?

-De algo muy raro que vio hoy este amigo.

-Jum... Debe ser alguna sonsera. Ustedes han visto tan poco...

-¡No! protesto el picazo-. Fue algo...

Una mirada del tordillo lo obligó a callar.

-A lo mejor... dijo éste-; pero queremos saber la opinión de un caballo conocedor como usted.

-Güeno -dijo el viejo, halagado-. Vayan prosiando.

-No; coma tranquilo. Hay tiempo.

-No anden con güeltas. Hablen nomás, que los escucho comiendo.

Pero fue poco lo que comió, porque muy pronto levantó la cabeza y escuchó atentamente. El relato -escueto, lineal- estuvo a cargo del tordillo, con frecuentes, casi continuas intervenciones del picazo, a quien su condición de actor parecía estorbar para una versión *económica*.

-Umjum... -hizo el viejo al final.

Los tres guardaron silencio, mientras las estrellas brotaban de golpe y quedaban prendidas como abrojos en la noche nueva. Ni un ruido ni una voz les llegaba desde *las casas*. Eran tres caballos en soledad, y como obligados a inaugurar, para ellos solos, una noche tan antigua como las que cayeron sobre sus antepasados de pezuña hendida.. Espontáneamente, sin invitarse, echaron a caminar despacio en la dirección del sauzal. El viejo iba al medio, gacha la cabeza, meditando; los dos amigos lo miraban de reojo y no se atrevían a preguntarle nada. Se les hizo muy ancho el piquete al tordillo y al picazo. Arribaron a los árboles;

había un viento alto y frío que removía el follaje; había vocerío de grillos, también. Se oían lejanos gritos de lechuzas, y de cuando en cuando algún ladrido más lejano, solo en el mundo.

-La luna sale tarde -fue la inocente noticia con que rompió el silencio el tordillo.

-Antiayer jue cuarto menguante -aseveró sentencioso, el overo, que llevaba siempre muy bien las cuentas de la luna.

-¿Y qué piensa usted, don overo? -se animó a preguntar casi en seguida el tordillo.

-¿De qué? -preguntó a su vez el viejo, ociosamente, pues demasiado lo sabía.

-De lo de la sombra, claro.

-Jum... Yyy...

-Diga nomás, don.

-Sí; queremos saber su opinión; diga -pidió con voz miedosa el picazo.

Carraspeó el viejo, los miró, movió la cabeza y -en un tono cuidadosamente bajo -pronunció lo que nuestros caballos habían

estado toda la tarde pensando y queriendo no pensar, lo que más temían oír:

-Pa mí qu'es la muerte.

Y se fue a comer, enfurruñado y huraño.

Los amigos quedaron temblando, con algo de fantasmas sorprendidos por la aurora. Después se cuchichearon varias frases y caminaron muy juntos hasta donde estaba el overo. Este comía con apuro excesivo.

-Así que usted, don... -comenzó el tordillo.

Levantó de golpe la cabeza el viejo.

-Sí; pa mí es eso, nomás -gruñó.

Estaba fastidiado, pero no con los caballos: era enojo de viejo con la muerte.

-Nosotros queremos saber... comenzó el tordillo.

-¿Qué edá tiene el patrón? -lo interrumpió el overo.

-Cuarenta y nueve -dijo el picazo, que había oído decirlo a doña Margarita.

-Pa hombre es nada...

-Nosotros queremos saber si se puede hacer algo -dijo de prisa el tordillo.

-¿Hacer?

-Sí; ¿qué podemos hacer?- dijeron a coro los amigos-. ¿Qué hay que hacer cuando se ve a la muerte? -continuó, solo, el tordillo.

-Jum...Jum...Hacer...

Permaneció reflexionando el overo. Sintió deseos de decir algo profundo y hermoso que asombrara a sus interlocutores, decir (él, criollo viejo y aporreado, eterno habitante de potreros donde las malditas ovejas se comían el mejor pasto, y que hablaba como los gauchos y que salía cada invierno lo mismo que de una enfermedad) palabras cargadas de sentido que dejaran boquiabiertos a aquellos dos mimados caballos de piquete, que hablaban como hombres con escuela y que tenían -él lo sabía bien, y además se les veía- mucha y reciente sangre gringa en las venas. No ignoraba que sobre la muerte es posible decir siempre cosas hondas, porque ella dona la hondura. Sabía que todo es o parece verdad

cuando de la muerte se habla, que no existe lo contradictorio y que hasta los más fáciles lugares comunes pueden sonar como campanas de voz grave. Recordó, con ánimo de aplicarla o glosarla, una frase oída en su juventud a un estanciero viejo: «Se vive tan poco pa lo que hay que estar muerto». La desechó y recordó: «Los vivos somos muertos en vacaciones», oída en el entierro de un pulpero, a un cura español redondo como una mujer preñada y lleno de ginebra. La desechó también y recordó otra, ésta de Ramón: «No te aflijás, hermano, que vos no vas a llorar en tu velorio»... Pensó, pensó un buen rato, buscó y rebuscó; pero -caballo al fin- dijo:

-Juir.

Y se fue a comer más lejos, todavía más agriado que antes.

Los amigos -algo defraudados- regresaron al sauzal y allí pasaron sin dormir y sin hablar la noche entera, así como habían pasado la tarde. Muy cerca uno de otro, y sintiéndose muy juntos, ambos sabían que pensaban exactamente lo mismo; no se

miraron porque no necesitaban hacerlo y porque era negra noche. Las moscas ellas sí, dormían ahora y los caballos pudieron esperar impacientes pero quietos el afloramiento del alba. Por otra parte, los pensamientos lúgubres eran incombustibles después de lo dicho por el overo, eran irrechazables siquiera en la más mínima medida. y estaba, además, la noche... La noche siempre había sido para ellos sólo la falta de luz, simplemente un lapso más o menos largo y más o menos oscuro en que el sol del verano y las moscas de casi todo el año descansaban, en que el frío del invierno tenía cuchillos más filosos y en el que pasto, por lo general, tomaba del rocío humedad y deliciosos sabores; aquélla no fue así, fue cargada y viva y a veces agujereada por ojos invisibles, fue algo muy semejante a lo que suele ser para los hombres. Allá en las horas tempranas cesó el viento, y con su ausencia, mágicamente, se dilató la noche, se ahondó la inmovilidad de la sombra. Tarde, muy tarde, salió la luna, pero lo que hizo fue colgar de los árboles

fantasmas de luz difusa. La rectitud del alba puso -¡por fin!- las cosas en orden.

-Nos olvidamos del overo -dijo el picazo-. ¿Dónde está?

Aguzó la vista el tordillo, en la luz nueva, todavía turbia.

-Debajo de los eucaliptus... me parece. Sí, allá está... Y allá va Serapio a enfrenarlo, ¿ves?

-Sí; ahora sí.

Vieron en Serapio saltar en pelo al overo y a ambos ir hacia la portera del corral. Y, sin abandonar los sauces, siguieron conversando... Conversando con aire de conspiradores -y batallando con las más maneras de las moscas -estaban todavía cuando, sol afuera, llegó Ramón y enfrenó al picazo.

-No te distraigas -dijo éste a modo de despedida.

El tordillo -de acuerdo a lo convenido- fue a esperar junto al alambrado del camino. Al rato los vio salir y acercarse: el picazo en un trote liberal y tirando las riendas; don Leopoldo, serio, firme su bien cimentada



cara de h hijo de vascos, horizontal la mirada, un cigarrillo tal vez apagado en los labios sin curvas.

-¿Ves algo? -preguntó el relincho del picazo.

-No, no se ve nada -contestó el tordillo.

Y echó a trotar, acompañándolos alambrado por medio. Trotó -con los ojos casi dolorosamente abiertos- hasta que los tres alambres de púa de la chacra lo detuvieron. Y desde allí los miró alejarse.

-No se ve nada; andá tranquilo -gritó muy fuerte.

El grito se explayó y se perdió en los campos... También se explayó y se perdió -horas más tarde, cerca del mediodía- el otro grito potente «¡Picazo! ¡Hermano! ¡La sombra!», que lanzó el tordillo paciente y avizor cuando el picazo y el patrón regresaban al galope corto.

El picazo había levantado las orejas.

-¡La sombra! ¡Dale galope! -gritó el tordillo, que se ensangrentaba el pecho en los alambres de púa.

El picazo se abalanzó pero don Leopoldo sostuvo con firmeza las riendas.

-¡Qué animal que está bravo! -exclamó.

-¡Tenés que huir, hermano! -gritó el tordillo.

Otro balance del picazo y otra sofrenada.

-¡Quieto, caramba! -masculló don Leopoldo y le bajó un rebencazo en la tabla del pescuezo.

-¡La sombra! ¡La sombra! -repetía el relincho del tordillo.

Entonces el picazo cometió un delito en el que no había reincidido desde sus tiempos de redomón: torció la boca y mordió una pierna del freno y abrió bien la boca - para que la curva del bocado se le clavara en el paladar - y endureció la mandíbula y bajó la cabeza y emprendió una carrera desesperada.

-¡Parate! ¡Parate, loco! -grito don Leopoldo, tirando en vano de las riendas.

-¡Dale, hermano! -azuzó el tordillo, también a la carrera del otro lado del alambrado-. ¡Dale! ¡Dale!

El camino encallado se interrumpía poco más allá de los eucaliptus, en la portera donde comenzaba el campo de los López, cerrada siempre con anillo y cadena. Pero el picazo se proponía entrar a la estancia, atravesar la plazoleta, cruzar el patio grande, pasar por detrás del galpón y salir al piquete por la portera chica de al lado del bañadero, que Ramón nunca cerraba antes de la noche. Y una vez en el piquete, en su piquete, correría de una esquina a otra, de los eucaliptus a los sauces, o en diagonal, o siguiendo los cuatro alambrados..., correría largamente, infatigablemente, acompañado y ayudado por su amigo el tordillo, hasta cansar y relegar a la sombra.

Ramón estaba barriendo el galpón, oyó el ruido y se asomó a la puerta y vio venir al caballo desbocado.

-¡Ataje! ¡Ataje! -le gritó don Leopoldo.

Ramón sólo atinó a abrazarse a la escoba.

El picazo dobló a toda carrera la esquina del galpón.

Pero Ramón -sin duda temiendo alguna travesura del ternero de la rosilla- había cerrado la portera chica. Ya no tenía el pobre picazo tiempo para detenerse; apenas lo tuvo para cerrar los ojos.

La porterita -de tablas: lapacho amarillo- saltó en pedazos. El caballo cayó y dio una vuelta entera sobre sí mismo. Don Leopoldo salió despedido hacia la derecha, y su cabeza fue a golpear con tremenda violencia contra el borde de cemento del bañadero.

-¡Picazo! ¡Hermano! -llamaba el tordillo, que había orillado los eucaliptus y se acercaba al galope tendido por el lado del pozo.

Llegó corriendo Ramón -siempre abrazado a la escoba- y miró a don Leopoldo y se detuvo como a una voz de mando.

-¡Doña Margarita! -gritó.

Intentó incorporarse el picazo. Cayó de nuevo: tenía una paleta fracturada. Quedó con la cabeza levantada, quejándose. Vio o adivinó la enorme herida del patrón.

-¡Por Dios, picazo! ¿Qué has hecho? -decía con temblores el tordillo, entreparándose a dos o tres metros del alambrado del corral.

-¡Doña Margariiiiiitaaaa! -aulló Ramón.

Y dejó caer la escoba y se quitó el sombrero y se arrodilló al lado de don Leopoldo, que se desangraba de bruces, inmóvil, y cuyas manos, como autónomas, arañaban débilmente la tierra mezclada con estiércol de ovejas.

-Dios mió, Dios mió -gemía el tordillo, aproximándose al paso.

-¿Qué sucede, Ramón? -se oyó acudir la voz de doña Margarita.

El picazo vio la sombra doblar la esquina del galpón.

Trató de cerrar los ojos pero no pudo.

-¡Ay! -se dolió el tordillo- Aay, ay...

Y los dos caballos vieron cómo la sombra alcanzaba a don Leopoldo.

UNOS VERSOS QUE NO DIJO

Tal vez algún día me sea dado escribir un cuento donde jueguen o se asomen aspectos de mi amigo Manuel, uno de los seres más singulares que conozco, una de las almas más simples y profundas que creo adivinar. Mientras tanto, valga el relato de un sucedido del que la otra noche fui testigo.

Manuel parece estar, desde hace años, en el umbral de la vejez, y quizá demore años en pasarlo. No trabaja y nunca trabajó; con casa y comida puede contar, tabaco y yerba consigue y algún peso le dejan caer sus hermanos. Viste muy pobremente y camina y habla sin energía y no ha habido, que se sepa, mujeres en su vida. La gente lo considera un poco *falto* y son muchos los que lo llaman «el loco Manuel»; cierta parte de loco, de loco manso y bueno, es innega-

ble que tiene. Provoca a veces un tipo especial de lástima, un confuso sentimiento que nos hace pronunciar «el pobre Manuel», pero no sé si más de uno no le envidiamos, con envidia que ni a nosotros mismos nos decimos, la paz interior que evidentemente lo asiste... Camina al azar por las calles del pueblo y se detiene cien veces por día a conversar con amigos y conocidos; las enfermedades y la política (entendiendo por política una serie de niñerías a propósito del partido blanco, tal vez su más grande devoción) le proporcionan los temas dominantes. Algunas mañanas se sienta en un banco de la plaza a deletrear el diario (no ser del todo analfabeto es uno de sus pocos, tímidos orgullos) y los domingos y los días lluviosos hace largas visitas a sanos y enfermos. Una jornada entera de su vida puede estar destinada, por ejemplo, a conseguir que alguien le regale un perro, para llevárselo a otro alguien que un perro le encargó. Cierta vez llegó a mi casa con un atado de trapos viejos y me dijo: «Son para tus gurisitos; ahora viene el tiempo de las

cometas y a lo mejor precisan trapos pa las colas».

La otra noche, ya tarde, lo encontré al doblar una esquina. Me saludó con su sempiterno afecto, me ofreció tabaco (inveraderamente ofrece el paquete de tabaco en seguida de dar la mano), me dijo que iba a un velorio y me pidió que lo acompañara.

-¿Quién murió? -pregunté.

Respondió con un nombre para mí desconocido y volvió a pedirme que fuera con el.

-No -dije-. Me voy a dormir.

-Era un hombre bueno -argumentó-. Vivía afuera; vos tal vez lo conociste.

-No; no me acuerdo.

-A lo mejor era medio amigo del finau tu papá -siguió argumentando.

-No sé...

-Acompañame, igual. Ta lindo pa caminar.

-Usted se va a quedar hasta la madrugada, en fija, y yo mañana tengo que levantarme temprano.

-¿Pa qué?

-Tengo que hacer.

-Vos trabajas de más; un poco tá bien, digo yo... Mirá: vamos un ratito, nomás; saludo a los dolientes y nos venimos, te garanto... Al muerto poco lo conocí. El pobre era colorau, me dijeron; pero cada cual es dueño.

-¿Queda lejos?

-Queda retiradito, sí. No es nada: vamos prosiando.

-Pero yo...

-Acompañame. ¿Vamos?

Acepté. Acepté porque la compañía de Manuel me es buena, la noche estaba acostada y quieta, querendona, y el irse a dormir es siempre una claudicación.

Una calle llena de barro seco; al final, casi enfrente a la luz en derrota del último farol, tres ranchos en la sombra y el llamear de un fuego bajo unos árboles.

-Ahí es -dijo Manuel-. El pobre finau murió de repentina, dicen -agregó con una voz que, levemente, ya no era la misma que

aquella con que me había venido hablando por el camino.

Uno de los ranchos estaba cerca de la calle; los otros dos, más atrás y en una misma línea; el fogón, al fondo del predio. Vi negras siluetas de caballos, seguramente maneados. Oímos voces.

-No se demore, don Manuel -creí necesario advertir.

-Un ratito... No es muy tarde.

Habían puesto el cadáver en el primer rancho; vi al pasar el cajón y las velas y alcancé a distinguir dos mujeres sentadas y un hombre de pie. Dos perros nos salieron al cruce y uno de ellos nos ladró.

-Lindo cuzquito -dijo Manuel, que en aquella oscuridad nada podía apreciar del pequeño bulto ladrador.

Un hombre que me pareció viejo emergió de uno de los ranchos de atrás y nos invitó a pasar. Manuel lo siguió y entró tras él. Yo me quedé mirando lo poco que podía verse. El viejo reapareció y me dijo:

-¿No dentra?

-No gracias. Me voy a arrimar al fogón.

-Allí hay mate... y a lo mejor queda caña -dijo el viejo, y volvió a desaparecer por el rectángulo de débil penumbra que marcaba la puerta en la pared muy negra del rancho.

Era noche de estrellas empañadas. Las voces provenían de los hombres que rodeaban el fuego. Caminé unos metros y me detuve cerca de los árboles; allí el barro era pegajoso, resbaladizo. Tal vez campo y sólo campo había más allá del linde del predio. Pensé que velorios así, con barro y noche abierta, campo al lado y como al acecho, perros y caballos, árboles, fuego... se integran a un orden elemental y son, por tanto, infinitamente más de verdad, más ceñidos a la muerte, que los velorios en casas con zaguanes, baldosas, claraboyas... Seguí caminando hacia el fogón pero me detuve de nuevo antes de llegar a él; parado a cierta distancia, fumando, contemplé las llamas con un bienestar que sentí más viejo que yo. Uno de los hombres que las rodeaban me reconoció -no sé cómo- y me llamó por mi nombre. Alguien me pasó un mate y

otro una botella de caña, notoriamente aguada. Hablando con uno que había conocido mucho a mi padre estaba cuando - un rato después- llegó Manuel. Saludó a todos, hizo circular su paquete de tabaco y me dijo con mansedumbre:

-Vamos, si querés... digo yo.

Advertí que su deseo era quedarse; yo tampoco quería irme pero me puse de pie.

-Sí, no hay más remedio -le dije como pidiéndole disculpas.

Nos despedimos y nos dirigimos a la calle. Los perros nos salieron otra vez al cruce pero no nos ladraron. Al pasar junto al rancho del frente, miramos hacia adentro. El muerto -esas cosas alguna vez suceden- se había quedado solo. Manuel se detuvo de golpe y dijo:

-Ta solo. Esperame.

Y entró y se paró muy derecho al lado del ataúd. Yo permanecí en la puerta; no entré porque siempre sentí como una indiscreción malsana y una especie de violación de secreto, y hasta de hurto alevo-

so, escudriñarle la cara de muerto a alguien cuyas caras de vivo no conocí. Mas no pude dejar de ver, a pesar mío, la nariz del yacente, esa invicta, desvelada nariz apuntando al techo de la última noche sobre la tierra y primera en la otra gran noche de la muerte; delante de la nariz, me pareció, un bigote blanco. Para no mirar más, desvié los ojos hacia Manuel, y vi que estaba rezando; toda su cara tenía gravedad y piedad; movía rápida, atareadamente los labios murmurantes. El hecho, que en un primer momento miré como natural, me produjo en seguida cierto estupor y bastante curiosidad. Casi hermosa de tan seria la cara un poco tosca de Manuel. Aquella actitud, aquella imagen o estampa que no encajaba en la idea que yo tenía de él, contradecía mi pretensión -sin duda abusiva, como tales pretensiones lo son- de conocerlo hasta la imposibilidad de ser asombrado por *sus cosas*. «Qué raro», me dije... Seguir observándolo era también una indiscreción: salí a la calle.

Más oscura que antes se me antojó la calle, más acorralado y vencido el farol de enfrente... Uno siempre sale de los velorios socavado de inconsistencia y de soledad; quizá por eso y para defenderme, fue que busqué un lugar donde mirar sin el estorbo de los árboles la fogata que congregaba hombres allá atrás de los ranchos. Al cabo de unos minutos de estar inmóvil, sentí frío. La imagen de Manuel moviendo con unción los labios junto al ataúd no se alejaba de mí. Me dije que él mantendría la guardia mientras no lo relevaran, y temí una larga espera. (Ni siquiera se me ocurrió volverme solo.) *No, no va a demorar* -pensé en seguida-; *esa desidia tan grande no está en el alma de esta gente y sólo puede ser accidental*. Este pensamiento tuvo su confirmación inmediata en la voz de Manuel, a mi lado y sorpresiva:

-Vamos, don Marito.

Echamos a caminar, en silencio ahora. Aquella imagen seguía asediándome con

tenacidad. No suelo ser muy averiguador pero me decidí:

-¿Estuvo rezando, Manuel?

La oscuridad me impedía verle la cara; juraría, sin embargo, que vaciló y cerró los ojos para pensar antes de responder:

-No... La finadita mamá murió cuando yo era muy chico: no sé ni un rezo.

-Me pareció...

Otra vez silencio. Era arduo el barro seco en la tiniebla en cuesta arriba de la calle.

-Pero yo, don Manuel -insistí-, vi talmente como que usted rezaba. No me diga que no.

Como cansada, igual que siempre, fue su voz:

-Anduve un momentito buscando un rezo, sí... por si acaso... porque hay que decir algo... digo yo; pero no encontré nada... ¡Cristiano poca cosa que soy!...

Hizo una pausa; no sé si iba a continuar o no; tal vez innecesariamente, lo apuré:

-¿Y entonces?

Entreparó sus pasos.

-Bueno... Lo que hice, te viá decir... -
comenzó.

Y con toda naturalidad me contó que había repetido varias veces lo único que su memoria supo ofrecerle: unas coplas aprendidas en la escuela, unos versos que no dijo pero cuyo solo nombre alcanza, algo que nombró *«la marchita del gallo pelau»*.



1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900



TRES HOMBRES

Había una vez tres hombres. El primero se llamaba Ramiro Pazos y era hijo de españoles y hablaba con un acento peninsular no del todo involuntario. Desempeñaba desde años y con eficacia (era capaz de actos de lúcido coraje y de violencias más o menos arbitrarias) el cargo de comisario en una vasta sección rural de uno de los departamentos centrales.

La comúnmente denominada *comisaría* de Pazos consistía en varios ranchos de diversos tamaños, que estaban a la vez amontonados y desordenados en una meseta pedregosa y sin árboles.

Cierta mañana de verano llegó a la comisaría un carruaje tirado por caballos lustrosos. De él descendieron un pulpero catalán y dos estancieros fuertes de la zona. Pazos recibió a los visitantes en el

rancho largo -un poco apartado de los otros- que era su vivienda particular. Al rato, salió con ellos y los acompañó hasta el carruaje. Luego volvió sobre sus pasos y llamó al sargento Maciel- nuestro segundo hombre- y le dijo:

-Después de la siesta vamos a salir de recorrida. Mande que me traigan el zaino grande.

-Bien, mi comisario -dijo Maciel, y quedó mirándolo.

-Dicen que Velasco anda en el pago -informó Pazos en respuesta a aquella mirada-. Vamos a salir usted y yo solos, vestidos de civil -agregó. Esta vez no se nos escapará ese maldito -terminó con firmeza.

Y siguió hacia su rancho. Maciel -un hombre más bien chico, de cara y sonrisa que le allanaban amigos- se encaminó hacia la enramada donde los milicos hacían, durante el verano, el fogón del mediodía.

Pazos y Maciel, en tácito acuerdo, se tearon esa tarde menos largamente que de costumbre; todavía estaba muy alto el sol

cuando montaron a caballo y partieron al trote, dejando la comisaría a cargo del enfermizo y taciturno escribiente González.

Tres días después -o sea después de tres días de búsquedas infructuosas- comisario y sargento marchaban casi paralelamente a un arroyo manso pero de cierto caudal. Se proponían vadearlo un poco más adelante, para ir a pernoctar a la estancia de un inglés cuyo apellido todos en el pago pronunciaban de manera diferente. El monte silvestre que marginaba el arroyo era ancho en aquella hondonada: tal vez más de dos cuadras de árboles y arbustos que subían hasta la base misma de la cuchilla. No faltaba mucho para el atardecer, y los dos hombres no esperaban llegar con luz a la casa ruinoso donde el inglés -casi un misántropo- vivía rodeado de perros de raza. La noche anterior habían dormido en un rancherío; Maciel que siempre encontraba alguien dispuesto a coo-

perar con él, había recogido allí el dato -confiado en voz baja y a solas- de que el matrero Velasco andaba en un tordillo tirando a flaco y muy testereador. Comisario y sargento sabían bien, por supuesto, que un hombre a caballo visto de lejos es más el caballo que el hombre; todo a lo largo del día no habían olvidado *un tordillo muy testereador...* Tordillo era, precisamente, el caballo del jinete que había salido del monte y que Pazos fue el primero en avistar.

-¡Mire, sargento! -señaló.

Y se apeó y preparó la carabina. Maciel, sin desmontar, desenfundó la pistola. El tordillo repechaba la cuchilla con un trote suelto y levantaba y bajaba enérgicamente la cabeza.

-Es él -aseguró Maciel.

-Trate de ganarle el lado del monte -ordenó Pazos, ya rodilla en tierra y apuntando al caballo.

Un instante demoró en hacer fuego, porque el sol reverberaba en el caño de la carabina; en ese instante el tordillo caracoleó y se detuvo.

-Nos vio -masculló Pazos.

-¡Tire! -gritó el sargento, y espoleó y partió a la carrera.

La detonación hizo dar un bote al caballo de Pazos. Braulio Velasco -el tercer hombre- vio el humo y oyó, muy cerca, silbar la bala. A través del humo, Pazos divisó cómo el tordillo huía hacia el monte; volvió a hacer fuego. Maciel, a todo galope, disparó su pistola. El tordillo alcanzó los primeros árboles. Por tercera vez, y ya como tentando la suerte, hizo fuego el comisario. El tordillo se perdió en el monte.

Pazos -la cara contraída de rabia- se puso de pie. Pudo todavía ver al sargento, que alcanzaba a su turno los primeros árboles. Su caballo (su caballo de confianza, el incansable y dócil zaino grande) lo esperaba a unas cincuenta varas, con las riendas en el suelo y las orejas tiesas; galopó también él hacia el monte.

Los árboles y los arbustos terminaban por apretarse en una intrincada maraña. Pazos, mientras trataba de hallar huellas o de descubrir una brecha, tuvo la impresión

de que el monte se había tragado literalmente al matrero y al sargento. Encontró un sendero (o algo que le pareció un sendero) y avanzó por él, pero muy pronto ramas espinosas le cerraron el paso. Desmontó y se internó a pie. El techo de hojas desfibra- ba el sol oblicuo: una casi penumbra se tejía a su alrededor. Varias veces se detuvo para escuchar, y nada pudo recoger sino el silencio -ese silencio rumoroso, latiente, agazapado de los montes... No era quién el comisario para ceder ante las dificultades de una empresa, mas razonó el absurdo de continuar buscando a aquella hora en una maraña como aquélla. Y volvió a su caballo y fue hasta la base de la cuchilla, con la idea de aguardar allí a Maciel.

El sol caía como despeñándose, como cae siempre en verano en el campo abierto, después que el largo día definitivamente se quiebra... El sol caía y caía y el monte no entregaba al sargento. Pazos se resistía a proseguir la marcha sin él, pero a la vez se reiteraba que necesitaba luz para localizar

la picada y vadear el arroyo. Se resistió hasta que el sol llegó a rozar las copas de los árboles, y entonces -diciéndose *ya aparecerá*- dio rienda al zaino rumbo a la estancia del inglés.

Mr. David Greenstreet recibió al comisario con una hospitalidad resignada. Un farol de rara industria (que Pazos no supo reconocer como un farol de barco) alumbraba el enorme comedor donde el inglés estaba a solas con sus perros. El recién llegado vio, contra las paredes, grandes jaulas llenas de pájaros dormidos.

-Me es posible ofrecer a usted asado y galletas -dijo el inglés en un español trabajoso-. ¿Un vaso de ron?

-No; gracias.

Mientras comía, Pazos explicó en qué afanes andaba y declaró su propósito de hacer al día siguiente una batida del monte.

-Yo nunca he visto a Velasco -dijo Mr. David como si lo lamentara.

-¿Puedo contar con la ayuda de sus peones?

-Si ellos quieren... -Bebió medio vaso de ron y preguntó sin interés-; ¿No se le irá el hombre esta noche?

Años de experiencia respaldaron la respuesta del comisario:

-A los matreros no les gusta salir del monte.

-Es probable.

-Creo también que éste no tiene caballo para ir muy lejos. ¿Puedo contar con usted?

-No. En mi país cazamos zorros.

Hubo un breve silencio. El inglés vació el vaso y lo llenó y pronunció con gravedad y lentitud:

-Yo cacé hombres hace mucho tiempo, en 1882, en la India, a las órdenes del coronel Richardson.

Y, llevándose el vaso y la botella, se cambió de la silla en que estaba a un sillón lateral. Junto al sillón había una mesa baja y encima de ella un aparato muy extraño

que el inglés manipuló. El aparato emitió una música como muerta de sueños, a la que se adhirió en seguida una voz de mujer cantando un canto que a Pazos le pareció hecho de apacibles alaridos. Mr. David escuchaba con la mirada de un ciego y bebía largos sorbos de ron; era evidente que había dado por terminado el diálogo y que procedía lo mismo que si el comisario no existiera. Este, más desconcertado que ofendido, decidió irse a descansar.

Durmió brevemente y esperó las barras de día tomando mate con un viejo de barbas blancas y pocas palabras que era el capataz de la estancia.

Lo inquietaba la no reaparición de Maciel. Casi una insensatez pensar que hubiera seguido buscando en el monte anochecido. ¿Le habría pasado algo? Difícil que le sucediera un percance grave a un hombre tan «*teru-tero*» como él. ¿Cómo explicar, sin embargo, tanta tardanza? Conjeturó un extravío en el monte, consideró la posibili-

dad de una pelea a muerte con Velasco, pensó en una rodada del caballo, un tembladeral, una víbora venenosa...

Pese a que ninguno ignoraba que Velasco pelearía como un puma, los peones no se negaron a participar en la batida. Casi todos estaban *curados* por cosas peores, como las levas de las partidas en andanzas de guerras civiles que solían alborotar la campaña. Y tal vez más de uno recibió con secreta alegría la idea de algo que prometía interrumpir el tedio de las tareas habituales.

El comisario les dio las instrucciones del caso y los envió por diferentes direcciones y partió por el camino más corto, acompañado del viejo capataz.

El sol venía queriendo asomar.

El camino, a una legua escasa, se enredaba en un cerro. Y allí los dos jinetes se encontraron de pronto con otro jinete que galopaba en sentido contrario y que era el sargento Maciel.

-¿Dónde estaba? -preguntó Pazos.

Maciel dijo informativamente pero con satisfacción manifiesta:

-Prendí a Velasco esta madrugada.

-¿Cómo?

-Que prendí a Velasco, mi comisario.

Pazos acercó su zaino al moro de Maciel.

-¿Vivo?

-Vivito.

-¿Dónde?

-En el monte.

-¿Cómo lo encontró?

-Hizo un fuego medio grande antes de que aclarara bien: alcancé a ver el vislumbre. Le di la voz de preso... y lo tuve que peliar.

Recién aquí advirtió el comisario una herida en el brazo del sargento y una mancha de sangre en su camisa, un poco más abajo de la clavícula.

-¿Y dónde lo dejó?

-En el monte; atado con el maneador.

-¿Está herido?

-No; planchazos, nomás.

-¿Esos tajos suyos son hondos?

-Rajuñones, mi comisario.

-Muy bien, amigo Maciel... Vamos, entonces, a buscar a ese matrero. Y giró Pazos la cabeza hacia el capataz y le dijo:

-Vuélvase, don Eustaquio... y muchas gracias. Avise a los peones que no los necesito y dígame al inglés que aquí no cazamos zorros sino matreros.

En un pequeño calvero del monte se encontraba Braulio Velasco, boca arriba en la tierra y atado de pies y manos con el maneador bien sobado de Maciel. La cara era tranquila y seria, y una barba negrude por lo menos un mes la enmarcaba y la invadía; había huellas de golpes e hilos de sangre ya seca en su frente. Tenía los ojos semicerrados y como desentendidos por completo. A su alrededor, pero como a mil leguas, estallaba en sol nuevo y pájaros toda la alegría de una limpia mañana del monte. No parecían molestarlo en lo más mínimo las moscas felices que lo recorrían,

lo investigaban, lo sobrevolaban... A pocos pasos y maneado con manera de traba, el tordillo se estiraba en vano para comer unos líquenes que crecían en el tronco de un algarrobo seco. Más cerca, se veían las prendas del recado, tendidas en el pasto en la forma en que es usual disponerlas para dormir. Más cerca todavía, la ceniza y hasta alguna brasa del fuego desaprensivo -demasiado grande y demasiado madrugador- que había actuado de delator frente al insomne sargento Maciel. Y a medio camino entre el hombre y el caballo, en el suelo y como de nadie, el puñal que Maciel, con un hábil planazo de su cuchillo, desprendiera de la mano adversaria.

A este escenario llegaron caminando sargento y comisario, que habían dejado los caballos a la entrada del monte. Velasco miró por un momento a los dos hombres altísimos detenidos a su lado, y en seguida desvió la mirada, como si quisiera borrarlos. Pazos se estuvo observándolo; moró también el tordillo, el recado, los restos del

fogón. Maciel fue a buscar el puñal y lo dejó caer junto al sombrero y el poncho, que estaban al lado del recado.

-Velasco -llamó Pazos.

El matrero como si no oyera. Pazos -que era de la raza de los que golpean- le asestó un puntapié en las costillas. Velasco abrió de par en par sus ojos intensos y los clavó en Pazos; sus labios apretados nada dijeron.

-Es bien cierto que no hay matrero que no caiga -pronunció el comisario, exagerando su inveterado, y sin duda altanero, acento español-. Ahí te ves... -agregó con boca despectiva-; se acabaron tus bravuconadas y tus desórdenes.

Los ojos del matrero seguían clavados en los suyos. No vio en ellos temor sino una especie de resistencia primaria, elemental. Aquellos ojos, le pareció leer en la dura mirada, se negaban entre otras cosas a verlo, a ver al señor comisario Ramiro Pazos, a ver en él algo más que un hombre cualquiera que había golpeado y que podía

volver a golpear. Y pensó que aquel matrero derrotado podía ser sometido a todo castigo, y hasta aniquilado, sin que se lograra otro modo de mirar de sus ojos. Y le descargó un nuevo puntapié -esta vez muy violento.

-¡Comisario! -reclamó Maciel.

Tenía Pazos la carabina en la mano; bajó el caño hacia la cabeza del hombre atado y dijo:

-Debería meterte una bala, para ahorrar trabajo y papeleo... Pero mejor será dejar que te pudras en una celda.

Por la cara angulosa y quieta del matrero pasó veloz un gesto que pudo significar *nada me importa*. El comisario, entonces, lo escupió. Maciel intervino decididamente:

-No destrате a ese hombre, comisario.

Pazos midió a su subordinado con una mirada larga.

-No lo destrате, haga el favor... -dijo éste como demorando por desgano las palabras.

-Está bien -aceptó el comisario, después de un momento.- Usted lo prendió...
Desátele los pies.

Maciel cumplió la orden.

-De pie -dijo Pazos al matrero.

Este no se movió. El sargento lo tomó de los hombros y lo sentó.

-¡De pie! -gritó el comisario.

Velasco siguió sentado.

-¡De pie, he dicho! -gritó, más fuerte, Pazos, y golpeó reciamente la espalda del matrero con la culata de la carabina.

-¡Comisario! protestó Maciel-. Mire que se lo largo.

-¡Usted se calla!

-Mire que...

-¡Cállese de una vez!

Maciel se apartó un poco.

-¡De pie! -rugió Pazos.

Y levantó la carabina para volver a golpear; pero Maciel dio un alto y le arrebató el arma y le apuntó y le ordenó:

-¡Atrás!

-¡Maciel!

-¡Atrás, comisario!

Pazos retrocedió. Estaba desarmado: había dejado en el recado la bayoneta corta que era su arma blanca.

-Yo le dije que no destratará a este hombre -explicó Maciel-. Yo lo prendí pe-
liando... Ahora se lo voy a largar...

Pazos quiso avanzar.

-¡Atrás! -repitió el sargento, cambiando de mano la carabina y desenvainando el cuchillo.

El comisario fue rápidamente a recoger el puñal de Velasco; Maciel cortó el maneador; el matrero se puso de pie.

-Tendrá que prenderlo ustedé, comisario -dijo Maciel.

Y, con movimiento casi ceremonioso, arrojó su cuchillo a los pies de Velasco.

Y en seguida salió del calvero a pasos apresurados, apartando con la carabina las ramas de arbustos espinosos.

Con pasos todavía presuroso llegó el sargento Maciel al borde del arroyo y depositó la carabina en la gramilla y se sentó en

una barranca, los pies a pocos centímetros del agua de una laguna grande y tal vez profunda. Y allí permaneció sin moverse, mirando hacia abajo, como hundido en una meditación enredada, como esperando que el fondo secreto de la laguna respondiera de algún modo a las preguntas que se hacía sin formular... Oyó al cabo de largos minutos, pasos sordos que se le acercaban. No volvió la cabeza. Los pasos se detuvieron a su lado: había un hombre -un hombre que jadeaba- parado detrás de él. Siguió mirando el agua, y el agua le mostró en su reflejo que aquel hombre era Velasco. No volvió tampoco ahora la cabeza. Una mano le tendió su cuchillo; lo tomó, lo miró, lo lavó en el agua, lo secó en la caña de la bota, lo restituyó a la vaina que asomaba de su cinto.

-A sus órdenes, sargento -dijo la voz de Velasco.

Maciel siguió inmóvil y callado.

-Me entrego, sargento... Ordene -insistió la voz.

Maciel no miró al matrero ni a su imagen en el agua.

Como para sí mismo, o como para nadie, o como para el mutismo de la laguna, o como para todos los hombres... pronunció:

-El zaino del finau es sin yel pa galoppear.



LOS CONTRABANDISTAS

Cinco hombres a caballo y una treintena de caballos sueltos y una mula vieja y ciega estaban vadeando un río. Era verano, era a mediatarde de un día manso y redondo.

Hombres y caballos cruzaban el río desde los arbustos y los juncuales de la margen izquierda a la boscosa margen derecha; se trataba del fronterizo Yaguarón. La operación tenía mucho de operación bélica y se cumplía a las voces de mando de Rulfo Alves, un hombre corpulento y de gran barba renegrída.

-Repuntalos p'arriba -gritó el jefe con su voz poderosa; montaba un tostado alto y fino y se encontraba hacia la mitad del cauce.

El muchachón a quien iba dirigida la orden espoleó su zaino negro y avanzó casi

al galope, rompiendo y levantando agua que el sol hizo brillar.

El Yaguarón es ancho en aquel lugar solitario; pero precisamente por ancho es asimismo llano, en los veranos, para quienes lo conocen, porque allí las correntadas invernales se remansan y depositan bancos de arena que forman una especie de serie de pequeños puentes sumergidos.

-No apure tanto m'hijo -gritó al muchachón del zaino el viejo de la yegua tordilla que encabezaba la marcha.

Muchos (la mayoría) de los caballos que hemos llamado *suelos* para significar que no llevaban jinetes iban cargados con voluminosas bolsas de cuero sujetas con cinchas y pretales de arpillera; eran animales de todo tipo y pelo, y tenían bozales de tientos retorcidos y muy largas las colas. Los otros -los que no llevaban jinetes ni maletas, los caballos de recambio de los contrabandistas- se mostraban en general pingos jóvenes y de buena estampa; no tenían bozales y sus colas cortadas con

cierta uniformidad apenas rozaban, por momentos, el agua.

Rulfo Alves miró a Juan y Pedro Correa, los dos *tapes* que arreaban la culata.

Los inseparables hermanos Correa parecían mellizos aunque no lo eran y montaban, esa tarde, dos bayos que parecían hermanos y tal vez lo fueran. Pedro llevaba prácticamente a remolque (con una cadena por cabestro) a la mula vieja y ciega, medrosa de ríos y arroyos como toda mula.

-Ganas de degollarla -había dicho con acento fuertemente abasilerado.

-Si vos degollás la mula -acababa de decir Juan, con un acento idéntico- seguro que Rulfo te degüella a vos.

-No dejen que se desgranen -les llegó la voz del jefe; les llegó como rebotando sobre la superficie extendida y mansa y móvil del río.

Pese a que las grandes maletas de cuero crudo, con el pelo para dentro, eran untadas periódicamente por fuera con grasa entibiada de riñonada, Rulfo y sus hom-

bres cuidaban de que no se mojaran demasiado; en este cuidado colaboraban por instinto los propios cargueros, que caminaban como rastreando los lomos de los bancos de arena (es sabido que todo caballo nace con la aptitud de nadar pero también con el deseo de no ejercerla).

-Si esta puta no fuera como si viera de noche... -masculló Pedro Correa-. Pegale unos rebencazos, Juan - pidió.

Dotada de una memoria infalible y conocedora a oscuras de los caminos y senderos de una vasta zona, inveteradamente recelosa y dueña de sentidos misteriosos creados o aguzados por la abolición de sus ojos (que Rulfo le arrancara, años atrás, con una cuchara afilada y caliente), la mula constituía para los contrabandistas -para el jefe, sobre todo- un auxiliar servicialísimo en las noches lóbregas. Era de un color pardo, arratonado, y nunca pelechaba del todo, tal vez por vieja, tal vez por eso de que las mulas guardan como soterrada o disimulada su asombrosa vitalidad. Poco se *daba* con los caballos; la ataban siempre

con cadena porque entre sus muchas mañas se contaba la de masticar las guascas hasta cortarlas. Fue nulo el resultado de los varios rebencazos que le asestó Juan Correa.

El viejo de la yegua tordilla y los caballos que punteaban estaban muy cerca de la margen derecha; el muchachón del zaino negro *hacía costadounos* metros más atrás y más abajo. Alvez gritó al viejo la orden de ir atajando por allí nomás y esperar un poco. Quería el jefe volver a unir los cargueros en la larga teoría acostumbrada (cola anudada a bozal, cola...), antes de emprender las tareas de hacerlos atravesar el monte y arrearlos luego casi dos leguas por pajonales y bañados. Proyectaba llegar al anochecer a una cerrillada donde conocía guaridas seguras, no lejos de cierto ranche-río donde había mujeres y donde, por añadidura, tal vez pudiera vender algo del mucho contrabando que traía. Estaba satisfecho: creía que burlaría una vez más a las patrullas fronterizas, a su enemigo y peligroso perseguidor el comisario Silveira.

Miró la altura del sol, giró su tostado y gritó a los hermanos Correa que trataran de apurarse. Viendo que éstos no podían con el recelo y la terquedad de la mula, se paró en los estribos y emitió con todo su vozerón:

-Ensille uno la mulaaa...

Como un eco de este grito, los matorrales de la margen derecha devolvieron el trueno breve y furioso de carabinas policiales que tiraban a matar.

El viejo y el muchachón cayeron heridos de muerte a la primera descarga; Alves precipitó el caballo en las aguas hondas y lo obligó a nadar oblicuamente a los disparos, con él asido a las crines y oculto detrás de la paletas; los hermanos se arrojaron de sus bayos iguales y corrieron -agachados, como maneados a veces por el agua, perdiendo pie otras veces en la arena y el barro- hacia los juncas de la orilla izquierda. Los caballos se detuvieron y algunos caracolearon con las orejas amusgadas y otros hasta amagaron retroceder; pero casi en seguida la tropilla entera y

solidaria (cuyos integrantes todos o casi todos habían oído en alguna ocasión, es lo más probable, detonaciones de armas de fuego) reinició la marcha lo mismo que si nada estuviera sucediendo. Continuaban - menos unánimes, más espaciados- los estruendos de las invisibles carabinas.

Quizá varias balas hicieron blanco en el tostado de Rulfo, que poco a poco dejó de bracear y quedó flotando, lentamente hundiéndose. El hombre lo abandonó y echó a nadar en procura de una isleta cercana; era buen nadador, se perdía en largas zambullidas...

Casi de bruces en el barro, escondidos entre juncos y espesos camalotes, Juan y Pedro vieron el piqueo del agua por las balas que buscaban a Rulfo y observaron cómo todos los caballos -incluso los cuatro ensillados- desaparecían uno tras otro en el bosque de la orilla opuesta.

Divisaban también -un tanto borrosamente y sin descubrir en ningún momento a ninguno de los policías- el humo de los disparos, las pequeñas nubes blanqueci-

nas que se elevaban indecisas en la tarde sin viento... Las carabinas terminaron por enmudecer, y entonces el silencio fue grande.

-Nos salvamos -dijo Juan con voz innecesariamente baja.

-¿No se vendrán a este lado? -preguntó y se preguntó Pedro.

-Digo yo que no... Aquí no mandan ellos.

-Vamosnós, por un-si-acaso.

-Hay que fijarse bien.

Se incorporaron un poco para mirar mejor. Nada anómalo pudieron advertir en el profundo follaje de enfrente; vieron los bultos semihundidos e inmóviles -sin duda varados en la arena- que eran los cadáveres del viejo y de su hijo, vieron alejarse despaciosamente aguas bajo lo que quedaba a flote del caballo de Rulfo, vieron una bandada de pájaros cruzar el río dando una curva amplia, en gran parte inútil.

Después de la violencia, el paisaje ahora con muertos tenía una calma falsa -como hipócrita y tramposa-, que ellos

detectaron de alguna manera y que les provocó una suerte de temor animal o nocturno.

-Vamosnós -propuso de nuevo Pedro-. Los policianos deben andar agarrando los caballos pero van a volver.

-Vamos, sí -aceptó Juan.

Abandonaron los juncos y se escurrieron por una barranca lateral y se internaron en el monte. (El monte, allí, es más bien ralo.) Caminaron sin rumbo determinado, simplemente alejándose del lugar. Ambos se hacían el reproche íntimo de haber perdido de puro atropellados, tal vez, sus bayos necesarios.

-Digo yo que mataron también a Rulfo -dijo Juan.

-No puede haberse escapado -estuvo de acuerdo Pedro.

Habían olvidado a la mula o no habían pensado en ella, pero la verdad es que sabían que no podía estar muy lejos: poca o ninguna sorpresa les causó encontrarla.

-Ahí tenés a la vieja -dijo Juan, y se detuvo.

-Ahí la tenés -dijo Pedro, y también se detuvo.

La mula -la cabeza ladeada para no pisar la cadena que arrastraba- daba pasitos cortos y comía con tranquilidad de sola sobre la tierra y poseedora de un tiempo ilimitado; comía olfateando una y otra vez la matas de pasto, de paja, de tréboles enfermos de sol... antes de arriesgar el mordisco. Juan y Pedro -sin saber por qué, ya que sólo de estorbo podía servirles- se alegraron de verla.

-Ella siempre se sale con la suya -comentó Juan.

En ese mismo momento, la mula levantó la cabeza y alertó las orejas en la dirección de un matorral situado a la izquierda de los hermanos; éstos miraron y vieron emerger a Rulfo Alves.

-¡Rulfo! -exclamaron.

El corpulento jefe avanzaba tambaleándose. Había sangre en sus ropas empapadas y desgarradas, y había también sangre en su lacia barba negra. Jadeaba roncamente; burbujas sanguinolentas crecían y

estallaban en su boca... Se paró con las piernas abiertas y miró primero a la mula y después a los Correa. Una intensidad arisca y con algo de vítreo dilataba sus ojos. Pareció meditar un instante e hizo en seguida un gesto de mando, señalando la mula. Y habló; la voz fue sorda pero autoritaria, muy autoritaria. Pronunció una sola palabra: las tres sílabas del nombre de un portugués vastamente conocido en el pago, famoso por su habilidad para extraer balas con tenacillas de alambre o *llamándolas* a punta de cuchillo y para curar las heridas con agua fría.

Aquel maestro de la cirugía primitiva y la hidroterapia vivía en un pueblo como caído del cielo en un sitio cualquiera de las soledades que surcan el Yaguarón y sus afluentes, más o menos a unas cinco leguas del punto donde se encontraban hombres y mula. Los Correa pensaron que el viaje sería largo y difícil y que no terminaría, ni aun en el mejor de los casos, antes de la noche cerrada; Juan pensó además que

poco podrían contar con los favores de la luna demasiado nueva.

Rulfo se arrimó a la mula y le puso las manos en la cruz e intentó un salto que sólo a medias realizó; los hermanos presurosos, lo tomaron de los pies y lo ayudaron, y el jefe se enhorquetó en el lomo huesudo y cayó de inmediato sobre las crines, vomitando sangres. La paciente -o indiferente- mula no se movió.

Juan desprendió del bozal la cadena y acollaró con ella, por debajo del pecho de la bestia siempre inmóvil, los tobillos del herido. Luego tomó el fiador del brozal y tiró de él.

-Vamos, vieja -dijo.

El animal dio un paso, uno solo.

El jefe se enderezó.

-Vamos, vieja -repitió Juan, en vano; y pidió: -arreala, Pedro.

Pedro Correa desenvainó su cuchillo y lo hizo chasquear de plano y con fuerza en el anca de la mula; ésta dio un paso, otro, otro... Y de esta manera se inició el viaje- el lento peregrinaje cuya meta explícita era la

casa del portugués, el largo viaje que asimismo era, en instancia inevitable pero también más secreta, un viaje a la noche, el viaje que quizá fuera esencialmente (los hermanos así comenzaron muy pronto a intuirlo) un caminar hacia algún lugar prefijado donde una muerte a su medida esperara, quieta y de pie como uno de los tantos árboles, al hombre borrascoso y temido que más de un hecho de sangre debía a cada lado de la frontera.

Imágenes sucesivas pueden resumir buena parte de ese viaje: la unidad Juan-mula-Pedro -con Rulfo erguido sobre el lomo huesudo y el sol de redondo día estival ya quebrantado pero todavía con cierto recorrido por cumplir- andando entre maciegas, árboles petizos y arbustos con espinas como chuzas; los duros cascos de la mula removiendo el polvo de un trillo polvoriento y aplastado, después, gramillas secas; Juan-mula-Pedro vadeando -el sol bastante más bajo, Rulfo caído encima de las crines- un arroyo de agua avara y lecho

pedregoso que desemboca en otro arroyo que a su vez desemboca en el Yaguarón; los cascos empinados de la mula pisando con adecuación una cuesta también empinada; Rulfo balancéandose y su larguísima sombra balaceándose mucho más, mientras la mula marcha con cautela por un arenal de arena lisa y Pedro le golpea incesantemente el anca con su cuchillo de gran tamaño; Juan -ante un fondo de desparramadas piedras grises, no muy grandes y paradas como hombres, y de árboles altos en cuyas copas remolonean las últimas claridades directas- tirando del bozal y reclamando por milésima vez: «Vamos, vieja»...; y Rulfo Alves (que ha mantenido hasta el momento un mutismo absoluto) diciendo, sorpresivamente, con voz precisa, no firme pero bien modulada, un poco burlona, un tanto victoriosa: «Yo calculaba, don Luis, que usted me andaba buscando».

Juan Correa oyó muy bien esta frase pero se resistió a creerla, aceptarla, a verdaderamente oírla. No se atrevió, sin embargo, a volver la cabeza, y se aplicó a tirar

más empeñosamente del bozal. También se cuidó de caminar en silencio, de no repetir las palabras con que tantas veces había instado a la mula. Adivinaba -sin saber cómo y sin preguntárselo- que Rulfo iba erguido, oscilando, los ojos extraviados y flotantes, los brazos como alones rotos, la cara...

-¡No mienta! -pronunció, ronca, la voz de Rulfo-. Y vayase a la puta que lo parió.

Juan ya no pudo negarse a oír y sufrió en su interior un principio de resquebrajamiento. Conocía la biografía de su jefe y estaba sabiendo a medias, y temía saberlo todo, que aquel don Luis era el viejo Luis Medina, a quien Rulfo matara de dos puñaladas en las inmediaciones del arroyo Yerbalito. Como para obligarlo a reconocer este hecho de pesadilla, la voz ronca dijo en tono conciliador:

-Usted sabe que no lo maté de atrás.

Juan se estremeció y cerró momentáneamente los ojos y hubiera querido cerrar también los oídos. Algo debió contestar el

inaudible -para Juan- don Luis Medina, porque Rulfo pareció reír y condescendió:

-Bueno, sí; está bien...

Otra réplica seguramente hubo, porque Rulfo protestó con energía desfalleciente:

-¡No! Eso sí que no...

Se produjo un silencio que duró muchos metros del lento andar de la mula. El hombre que abría la marcha no volvió la cabeza, y siguió callado y alerta y tirando fuerte y sostenidamente del fiador. Avanzaban entre piedras grises y árboles altos; éstos, distanciados unos de otros, sólo de cuando en cuando conseguían tocarse por sus ramas. La noche estaba próxima, no descendiendo sobre el mundo sino brotando de él, tramándose sin prisa con los elementos del paisaje. Y la mula, que sin duda registraba tal proximidad, se hacía cada vez más lerda y desconfiada, más pesada en el bozal... Gritos de pájaros -esos gritos desconsolados y anónimos que siempre rayan y hasta agrietan los atardeceres montaraces- empezaron a caer en rachas

desde las copas de los árboles. Un deseo ocupaba casi por entero el alma del hombre que abría la marcha: no oír más la voz de Rulfo Alves.

Este deseo no se cumplió, y Juan tuvo que escuchar de nuevo a su jefe. La voz que oyó fue alta y bastante clara al comienzo y luego progresivamente ronca, trabajosa, murmurante. Escuchó que Rulfo proseguía polemizando con el viejo Medina y que hablaba después con su hermano Antonio Alves y su amigo Vicente Suárez, degollado el uno y acribillado a balazos el otro en la penúltima guerra civil. No hubiera podido volver la cabeza; caminaba con un esfuerzo desmedido de todos los músculos y como teniendo que copiar cada movimiento del movimiento anterior. La noche, mientras tanto, apretaba su trama y nadie sino ella era quien enmudecía -de golpe, como si los escamoteara de lo viviente- a los invisibles pájaros gritones. Juan se sentía condenado por su mano asida al fiador sin posibilidad de soltarlo y por la corta distancia a que lo constreñía la longitud de su brazo. La voz

de Rulfo se levantaba en escareos imprevisibles, desfallecía en pausas, recomenzaba irrestañablemente...

Sucedió muy pronto que Juan incurrió sin conciencia de ello en hacer agregados a lo que decía la voz, en inventar o crear por su cuenta a partir de la confusión -de los farfullos y las pausas, sobre todo- del delirante monólogo; oyó así nombres propios tal vez no pronunciados, reconstruyó de cualquier modo palabras rotas o ahogadas, completó arbitrariamente frases truncas. Lo que en realidad escuchó y lo que creyó escuchar se mezclaron en él en mezcla indiscernible, y esta mezcla fue sumando interlocutores de voces sin sonido al entrevero de diálogos que era aquel monólogo, fue poblando con nuevos personajes el cónclave de difuntos convocado por el herido. Advirtió entonces Juan, o creyó advertir o imaginó, que concurría a la tumultuosa, fantasmagórica reunión otro asesinado, Geraldino Moreira, desnucado por Rulfo de un botellazo en la puerta de una

pulpería, y también el padre de los Alves, a quien él no conociera pero cuyo nombre -Miguel- sabía, y una mujer llamada Paula, con la que jefe había convivido algunos años, y un contrabandista, el negro Lorenzo, baleado por los subalternos del comisario Siveria, y otro muerto a manos de Rulfo, un milico brasileiro de apellido Dos Santos...

La noche, aunque más en ciernes que en verdad llegada, era ya una omnipresencia. Como todo hombre, Juan Correa se había sentido alguna vez en peligro de vértigo ante las oquedades de la noche; pero nunca lo nocturno le había significado lo que le estaba significando: un modo de ser de las cosas. Fue como consecuencia de esto, sin duda, que el hecho de ver que una piedra (una de tantas; varios metros más adelante) amenazaba con dejar de ser piedra para trasmutarse en don Luis Medina no lo impresionó como demasiado sobrenatural. Era uno de los muchos peñascos comparables a centinelas olvidados y pasivamente monstruosos, y se convertía sin

convertirse del todo, como ocurre a veces en los avatares de los sueños, en el anciano alto y de cara hosca y sin gestos que Rulfo ultimara, una ventosa noche de primavera, al lado de un fogón mínimo escondido en los montes del Yerbalito. Juan siguió tirando del bozal, casi con furia; la vieja mula ciega avanzaba con su mala voluntad de siempre... avanzaba como en otro mundo muy diferente, por estricto y firme, de aquel que comenzaba a desordenarse a los ojos del hombre que la obligaba. El monólogo del jefe se había hecho un murmullo que quizá Juan no oía, y la piedra era y no era, era y dejaba de ser y volvía a serlo, el alto y ahora desenterrado don Luis Medina, esperando. La mula avanzaba...; la piedra, de cerca, fue simplemente uno de los muchos peñascos erguidos.

La piedra era nada más que piedra pero en las ramas bajas de un árbol parecía emboscarse Geraldino Moreira; sí, con seguridad era él y allí se doblaba a manera de un gran pájaro acechante, espionando con

ojos de vivo por los agujeros de su clavera. Juan registró en el cuerpo los impactos del miedo (su alma ya estaba como cerrada a cualquier nuevo espanto) y siguió tirando del bozal; al cabo de un lapso muy breve, pudo desviar la mirada.

En vano la desvió, porque de pie junto al tronco de otro árbol, y tal vez apoyada en él para no caerse, parecía encontrarse -se encontraba- Paula...

Juan -piernas inseguras, fugas heladas en las vértebras- se rindió a ver lo que sus ojos creían ver.

...Paula como desgastada por varios años de muerta, un rencor ya sin bríos en las pupilas de vidrio empañado, una pequeña alegría maligna y un algo demencial coexistiendo en la cara de rasgos terrosos, semiborrados.

Juan, tropezando a veces, seguía tirando del bozal.

En otro árbol reapareció y se ocultó en seguida el acechante Geraldino Moreira.

Y otra piedra se transmutó por un momento en el viejo don Luis Medina

y pasó rápidamente y volvió a pasar, recortada entre las primeras sombras nocturnas -todavía vagarosas y deshilvanadas-, una sombra más neta, más sombra, que debía ser Vicente Suárez, el único amigo al que Rulfo diera cabida en su biografía

y otra sombra delimitada, muy lenta ésta, fue visiblemente Antonio Alvez, sujetando con ambas manos su inestable cabeza de degollado de oreja a oreja

y otra fue el viejo Miguel, el padre

y otra fue el negro Lorenzo, con su andar cansino blando, de negro cargado de años

y otra que surgió impetuosamente y huyó de un salto fue tal vez el milico Dos Santos...

La noche ceñía el paisaje y del murmullo del Rulfo se levantaban palabras sueltas y como disidentes y despavoridas gritados nombres propios, imprecaciones y pedazos de imprecaciones...

El alucinado seguía tirando del bozal; la mula avanzaba con sus desentendidos pa-

sitos matemáticos y sus sempiternas ganas de detenerse.

De nuevo a los ojos de Juan una alta piedra gris era o quería ser el viejo Medina; y otra piedra más baja también parada como un hombre tuvo encima la cara amulatada y vengativa del milico brasileiro, y un árbol habló, muy confusamente, y reapareció Paula, con su leve máscara de loca y su también leve regocijo de signo satánico, y una piedra balbuceó una invectiva, y una sombra dijo algo, y otra sombra callada y parsimoniosa y severa fue don Miguel Alves en persona, y otra sombra apresurada lanzó voces hostiles...

El murmullo de jefe parecía sin fin posible y la noche cenía de más en más el paisaje -y de más en más se ceñía la turba-multa de muertos en torno al hombre que conducía la mula.

Giraban los muertos, giraban en ronda, giraban y se atropellaban en un verdadero caos...

Y en medio del caos -como soñando y como soñándose: como si fuera a la vez

motor, espejo y carne de un sueño de alta fiebre- caminaba el alucinado Juan Correa.

Pero, súbitamente, todo cesó: se cortó la voz de Rulfo, el mundo vibró un instante y se inmovilizó y silenció de modo extraño.

El cuchillo clavado desde lejos en una tabla se hunde con un golpe seco y vibrante y queda fijo y como puesto allí desde antiguo; algo análogo pasó con el mundo a los ojos y oídos de Juan Correa, del también extrañamente inmovilizado Juan Correa. Una paz terminante y minuciosa- tan urgente que se diría instalada por un relámpago secreto- clavó las cosas en sí mismas, las redujo a la quietud y el mutismo que les son connaturales. Piedras y árboles dejaron de ser o de remedar o de cobijar fantasmas; las sombra fueron sólo aquellas sombra siempre gratas que en los veranos de los montes, los campos muy quebrados, los cerros, inician la noche casi por cuenta propia. Y ésta, la noche, que aún no era tal sino el último minuto del dulce tiempo de

pausa que no es de ella ni del día, retrocedió un poco, dio un liviano paso atrás, y cedió todo el lugar a la pausa bellamente imprecisa, como sin quehacer y sin dueño, como del delicado tiempo puro, que suele tenderse entre el día ya ido y la noche no llegada. El paisaje entero adquirió una serenidad desmedida -o que sobrepasaba las posibilidades humanas de aprehenderla; ese mismo sosiego, esa nobleza fuera de escala, pareció corresponderse misteriosamente a profundos latidos de la tierra y a la recuperada dimensión del cielo, y rozar o tocar asimismo a la mula por fin inmóvil («Ella siempre se sale con la suya», hubiera comentado, en otra ocasión, cualquiera de los hermanos Correa) y al cuerpo y al alma de Juan Correa. El mundo era también más claro; recién ahora vio Juan -nítido; y como más en amistosa cercanía que otras muchas cosas de paisaje- un fragmento de luna de los que se acuestan temprano. Y volvió la cabeza.

Juan se vuelve y ve entonces algo que sabe que va a ver: el jefe está, sin duda

alguna, muerto: derrumbado con la pesantez totalitaria de los muertos sobre el pescuezo de la mula. Pero también alcanza a percibir, en la claridad difusa, algo del todo imprevisto: su hermano Pedro -los ojos tal vez bajos, cierto aire de hombre atareado- está limpiando el cuchillo en el anca siempre sin pelechar de la vieja bestia ahora como definitivamente detenida.

-¡Pedro! -exclama Juan.

Pedro levanta los ojos.

-¿Pero Pedro...? -pregunta y reprocha Juan.

Pedro Correa mira el cuchillo y se dispone a envainarlo y dice:

-Hacete cargo de que si no lo tranquilizo nos enloquece a los dos.

LOS LADRONES

Mariano Gómez y Alejandro Rodríguez -muy amigos, y ladrones o aspirantes a ladrones- decidieron cierta vez robar al italiano Orsi, panadero.

Estaban tomando mate en la humildísima vivienda de Mariano, en el barrio más desarticulado y roto del pueblo. Hablaban con desgano, sin temas concretos, dejando que el tiempo en la tarde orillera (el transcurrir dulzón que ha caído como perdiendo fuerzas desde la plaza principal y que todavía en nada se parece al tiempo sin hombres de los campos circundantes) se les instalara largamente en las pausas... María Rosa -la compañera del dueño de casa- entró de la calle con dos paquetes y un pan sin envolver. Era muy joven y de cuerpo leve; tenía en su cara de mulata una especie de alegría nacida porque sí, de simple y gratuita felicidad. Depositó los

paquetes sobre la pesa y levantó el pan como si fuera una antorcha; y dijo, riendo:

-El gringo Orsi está cada día más roñoso; ahora si una no lleva papel le da el pan así.

Alejandro Rodríguez sonrió y miró a la muchacha.

Como muchas otras veces, pensó que su amigo tenía suerte en dormir con aquella morenita de andar quebradizo y tetitas lo mismo que puñetazos; como otras tantas veces, le retorció el pescuezo a este pensamiento.

-Y pensar que el gringo ése, debe tener pila de plata escondida -agregó María Rosa.

-¿Qué traés ahí? -le preguntó Gómez, con cariño en la voz y en la cara, señalando los paquetes.

-Carne y papas.

-¿Te sobraron algunos reales?

-Vintenes, nomás.

-Andá, igual, a ver si conseguís un litro de vino; Alejandro se puede quedar a cenar con nosotros.

María Rosa buscó una botella vacía y salió. Sus palabras «el gringo ése debe tener pila de plata escondida» quedaron como colgadas en el aire, para comenzar en seguida a caer de un modo penetrante en el ánimo de los dos amigos. A los pocos minutos, y sin que se pudiera saber cuál de ellos había empezado, ambos estaba hablando de la posibilidad de robar al panadero. Se interrumpieron cuando regresó María Rosa («No conviene que la Rosa sepa nada por ahora», había dicho Gómez); pero después de la cena salieron a caminar y retomaron el tema. Pasaron despacio por la panadería de Orsi y deambularon un buen rato por calles de casas y faroles raleados, hablando incesantemente y con voces de conspiradores. Luego subieron hacia las calles céntricas y no entraron a ningún café porque no tenían una sola moneda y, ya tarde, caminaron de regreso al barrio. Antes de separarse, volvieron a pasar por la panadería. Estuvieron considerando el alto del cerco de ladrillos y mirando por encima de él, desde la vereda de enfrente, la pared del

galpón que se alzaba - e un gris turbio en la noche no muy oscura- a unos diez metros de la calle. En esta pared vieron, como si la vieran por primera vez, la parte superior de una ventana alargada y débilmente iluminada. También vieron el humo blancuzco y lento que salía de la chimenea del horno y se alejaba, con un sigilo tan perfecto que parecía voluntario, por el cielo negro-azulado.

Esa noche, ambos durmieron con sueño inquieto.

Giovanni Orsi -nacido en un arrabal de Nápoles- eran un ejemplo de laboriosidad y un tacaño que se mostraba algo así como una obra maestra de la tacañería. Vivía solo, tan solo que ni perro tenía, y hacía sin la ayuda de nadie todo el trabajo de una panadería de buena venta. Y aún encontraba tiempo para cultivar una pequeña huerta al fondo de su terreno y para reducir a astillones la leña grande que adquiría a los monteadores. Fabricaba el pan en la noche y lo vendía en la mañana y después de la

mediatarde, implacablemente al contado. Eran famosos sus regateos con los montadores, con el dueño de la tahona que le suministraba la harina, con el turco Mustafá, el carnicero, a quien de cuando en cuando compraba algún hueso, algún trozo de carne inferior, alguna achura. Se decía que colocaba trampas para cazar gatos vagabundos y comérselos; se decía que dormía poquísimo, hacia la madrugada, en el propio galpón, tirado sobre bolsas vacías, cerca del horno en invierno y junto a la pared opuesta en verano. No se le conocían amigos ni enredos con mujeres; tal vez nadie podía recordar haberlo visto sonreír. Tenía cuarenta y tantos años y hacía mucho que estaba en el pueblo. Como no depositaba -se sabía- el dinero en ningún lado, era posible que María Rosa no hubiera exagerado demasiado al decir la frase llamada a provocar los hechos de este cuento.

Mariano Gómez y Alejandro Rodríguez no se explicaban cómo otros no habían intentado lo que ellos se proponían realizar.

-Mire que los pobres somos bobos -decía Mariano, para quien *pobres y hombres* significaban casi lo mismo.

-Verdá que sí -aprobaba Alejandro, sinceramente asombrado de la bobería humana.

-Si no es por mi mujer -agregaba el otro con orgullo pueril-, a nosotros tampoco se nos hubiera ocurrido.

Alejandro seguía aprobando, y sonreía con sonrisa esperanzada y repasaba mentalmente el plan que se habían trazado.

El plan de nuestros amigos era de lo más sencillo: esperar una noche oscura, preferiblemente con garúas o lloviznas; escalar el cerco; vigilar por la ventana hasta que el italiano se durmiera; introducirse al galpón por esa ventana tal vez mal cerrada o por un tragaluz sin vidrios que había en la otra pared; caer sobre el durmiente y taparle los ojos y vendárselos y amordazarlo y maniatarlo; buscar y encontrar el dinero... Lo tenían analizado hasta en sus menores detalles, y no parecía presentar nin-

guna dificultad capaz de impedirles un resultado feliz. El cerco estaba desprovisto de las crestas de vidrios rotos, o de peines de tijeras esquiladoras, que es dable ver en los paredones suburbanos; deslizarse al galpón por la ventana -o por el tragaluz, en el peor de los casos- debía ser fácil para flacos cuyas edades andaban bastante por debajo de la treintena; un poco menos fácil pero no mucho sería dominar a un durmiente, aunque fuera, como Orsi, un hombre ancho de hombros y de brazos musculosos. Y no dudaban de que encontrarían el dinero: pensaban que estaba en el propio galpón, en un escondite cabado en el piso y tapado de algún modo que no podría disimular la remoción cotidiana, envueltas en trapos o papeles las monedas, puestos los billetes en cajas de la lata para preservarlos de la humedad y los ratones.

Habían acordado enterrar esa misma noche el botín en el rancho de Alejandro -que vivía solo- y seguir viviendo como pobres unos meses más, hasta que la policía olvidara todo. Después se irían a Mon-

tevideo e invertirían la fortuna de manera que los réditos les permitieran subsistir sin trabajar ni robar, y -sobre todo- obteniendo de la vida cosas casi elementales que hasta entonces la pobreza les había prohibido. Recién en Montevideo enterarían del robo a la parlanchina María Rosa, a quien María no imaginaba con una alegría no menor pero sí un poco más *seria*, por así decirlo, que su alegría habitual, y vestida como la hija del doctor Zabala. Alejandro Rodríguez -el más fantasioso de los dos- soñaba también con una casita blanca y limpia, un auto rojo, un traje azul, una mujer que solía cambiar de tipo pero que siempre tenía algún rasgo que la asemejaba a la compañera de su amigo. Gómez no concretaba ambiciones:

-Yo quiero ser rico pa no ser pobre - simplemente decía.

El plan en sí -el solo hecho de tenerlo, conversarlo y repensarlo- fue para los amigos lo mismo que la posesión de un talismán. Varios días vivieron como recostados

en él, contentos y misteriosos. María Rosa registró el cambio y les dijo y les repitió en vano, con pregunta implícita: «Ustedes andan en algo; los noto raros». Por causas a veces parecidas a pretextos, dejaron pasar algunas noches apropiadas; pero debía llegarles la hora de actuar.

Una garúa minuciosa humedeció las calles durante toda la tarde y cesó al anochecer, y la noche se estableció fría, convenientemente oscura, sosegadamente tormentosa. Alejandro y Mariano decidieron no tolerarse más dilaciones y hacer de ella la gran noche, la destinada a dividir sus vidas en un *antes* y un *después*.

Cenaron algo de lo poco que María Rosa pudo darles («La pucha que están sin hambre los nenitos», les dijo ésta, bromista y curiosa), tomaron dos cañas y compraron un paquete de tabaco en el bar de don Leoncio, estuvieron un rato mirando jugar al billar en el café del ruso Mauricio y fueron al rancho de Alejandro y empezaron el mate. Las campanadas del reloj de la iglesia les llegaban con el sonido grave, y

como desgranándose en caída, que toman en las noches bajas y húmedas; esperaron la de las doce y media y se pusieron en camino. Llevaban unos metros de cuerda, dos cajas de fósforos y, cortada por la mitad, una bufanda larga que Mariano había sustraído de un camión estacionado frente al rancho prostibulario de las hermanitas Pereira. Desiertas estaban las calles y como en competencias individuales e inútiles las luces de los faroles; la tormenta, quieta, se diría un complemento natural de la noche.

Mariano estribó un pie en las manos unidas de Alejandro y le puso el otro sobre un hombro y quedó a horcajadas en el cerco; Alejandro se colgó del antebrazo de Mariano y logró izarse también él. Ambos se dejaron caer en seguida en el predio de Orsi.

El plan se iba cumpliendo; nuestros amigos permanecieron agazapados e inmóviles, escuchando poca cosa más que sus corazones. Aunque prevista, la facili-

dad con que habían salvado el cerco no dejó de parecerles un excelente augurio. Durante minutos siguieron sin moverse, hundidas las alpargatas en la tierra blanda, rodeados por altos yuyos invisibles y mojados. Ladridos lejanos hicieron pensar a Alejandro que un cuzco cualquiera los hubiera delatado; por no alimentar un perro, se dijo, el gringo iba a ser despojado de todos sus largos ahorros.

-Lo tiene merecido -murmuró al oído de Mariano... o hacia donde adivinó, en la completa oscuridad, que estaba el oído de Mariano.

-¿Qué decís?

-Nada.

La pared del galpón se confundía con la noche, pero en ella se recortaba, débilmente iluminada, la ventana que querían creer mal cerrada y que tantas veces habían observado desde la vereda de enfrente.

-¿Vamos? -preguntó y propuso Mariano.

-Sí.



Se desplazaron con movimientos cuidadosos, lentísimos; llegaron al fin a la ventana y se aplicaron a mirar por ella, las narices achatadas contra el vidrio.

El galpón del panadero tendría unos diez o doce metros de largo y seis o siete de ancho; estaba alumbrado por un farol a querosene colgado del techo y por los resplandores (y a veces algunas breves pequeñas llamas furiosas) que salían de la hornalla grande del horno.

Vestido nada más que con un pedazo de lona sujeto con una correa alrededor de las caderas, Giovanni Orsi trabajaba en la soledad subrayada del hombre que trabaja solo en la noche. Era de baja estatura, de piernas redondas y cortas, fuerte de torso y brazos; tenía los antebrazos peludos y pelos largos y ralos en los hombros y un gran escudo de vello negro en el pecho.

En el galpón había dos barriles de madera, cuatro bateas, una mesa de amasar, numerosos canastones alineados. Los amigos vieron también, al fondo, una estiba de

bolsas de harina (Alejandro pensó que el escondite del dinero debía estar debajo de ella); a un costado, varias barcas apoyadas contra la pared; cerca del horno, una pila de astillones.

El napolitano iba de un lado a otro - silenciosos los anchos pies descalzos en el piso de adoquines- con una actividad incesante, con un ritmo diligente y preciso del que estaba eliminado todo movimiento superfluo. Su cara se mantenía totalmente inexpresiva, y era una cara genérica y antigua -o de raza antigua-. El cabello, oscuro y lacio y tal vez cerdoso, le caía sobre la frente estrecha cuando se inclinaba a sacar masa de las bateas. Brillaba el sudor en su piel cuando se enfrentaba al horno.

Mariano y Alejandro, impunes en la noche retinta, vigilaban con paciencia de orilleros acostumbrados a dejar resbalar las horas. No hablaban: se cuidaban sostenidamente de no hablar. Ambos habían comprobado (y se habían codeado al comprobarlo) que el cierre de la ventana era un gancho de alambre que cedería sin ruido a

la primera presión. Estaban contentos porque todo les iba saliendo tal como lo habían pensado, y apenas sentían el frío que se enseñaba con ellos, aprovechándoles la inmovilidad.

El panadero fragmentaba, hasta llenar la mesa, grandes montones de masa en montículos con la forma de los panes; luego disponía éstos en una barca que colocaba en la estufa y en seguida iba hacia alguna de las bateas en busca de nuevos montones de masa. De rato en rato, retiraba una barca de la estufa y, con una larga pala, introducía los panes *levantados* en el horno y extraía de allí los que estaban a punto y los dejaba caer en los canastones. Incontables generaciones de panaderos parecían acompañarlo tenuemente y sin amortiguar su soledad, y a la vez desprenderse de él, lo mismo que un eco repitiéndose en retroceso hasta los albores de su oficio... Ya tenían más de la mitad de los canastones repletos de pan caliente.

No es improbable que Alejandro y Mariano hayan muerto; sí así fuera, podemos

asegurar con toda convicción que vivieron y murieron sin conocer el significado de la palabra «alquimia», sin saber lo que fue un atanor, sin haber oído hablar del «león verde» ni del huevo filosófico cerrado con el sello de Hermes, ni del principio macho de la levadura obrando sobre la pasta hembra no leudada, ni del *homunculus* nutrido con sangre humana y mantenido en una temperatura constantemente igual a la del vientre de un caballo... Pero como por encima de estas ignorancias y como a causa de hondos recuerdos no personales, aquel hombre bajo y velludo que se atareaba muy solo en un coto secreto de la noche -que trabajaba desnudo y en colaboración con el fuego creador, que actuaba con una precisión casi sobrenatural y con la cara como clausurada, que transmutaba el caos de la masa en panes definidos y humeantes- llegó a impresionarlos de algún modo como un mago o un taumaturgo, hasta como un demiurgo en plena labor. Y sintieron por él una consideración un poco extraña, un poco reverencial... que en nada les

afectó, por cierto, el proyecto de maniatarlo y robarlo cuando la fatiga lo derribara sobre las consabidas bolsas vacías. La tormenta, ahora, no estaba quieta sino comenzando a moverse, pero ellos no lo advertían.

Giovanni Orsi seguía trabajando. Retiró de la estufa la última de las barcas y puso sus panes en el horno; extrajo de éste panes terminados, llenó con ellos el penúltimo de los canastones. Acto seguido tomó una escoba y comenzó a barrer el galpón.

Aunque se sabían indistinguibles en lo oscuro, Mariano y Alejandro se retiraron de la ventana cuando el italiano pasó barriendo cerca de ella. Vieron entonces que la tormenta se rayaba de furtivos, arteros relámpagos, y la oyeron sermonear a lo lejos.

-Capaz que llueve -murmuró Alejandro, como si la lluvia pudiera significarles un grave inconveniente.

-Vamos a tener plata para comprarnos cualquier cantidad de ropa seca -le mascullo Mariano con leve dureza.

-Y sí... -convino Alejandro.

-Pero además estate seguro -le dijo Mariano al oído, conciliador- de que no va a llover hasta que aclare.

Algunos gallos atropellados reclamaban el alba. Seguían -distantes a veces; más cercanos pero siempre como para nadie, otras veces- los ladridos generalmente roncos que nunca cesan del todo en las noches de los pueblos.

Los amigos habían aprendido que no era muy largo el tiempo que los panes debían estar en el horno: volvieron a la ventana y aplastaron de nuevo las narices contra el vidrio. Se decían que se acercaba el momento en que escaparían de la inseguridad y las privaciones para el resto de sus vidas.

El panadero había terminado de barrer y estaba limpiando las barcas con un trapo sin duda humedecido; cuando las hubo limpiado y ordenado, comenzó a apilar bolsas vacías a unos tres metros del horno. Los aspirantes a ladrones se alegraron aún más, casi con orgullo: cada pormenor del

plan se cumplía como si ellos hubieran prefijado todo a fuerza de pensarlo.

Después de apilar las bolsas, Orsi se paró frente al horno y, por primera vez en la noche, estuvo un tiempo sin hacer un movimiento; los resplandores ya más débiles que salían de la hornalla pincelaban sus músculos en espera, su piel sudorosa; la cara seguía siendo una cara como puesta simplemente para completar. Los inminentes ladrones, recién ahora, se sentían impacientes.

Tomó al fin el panadero la pala y sacó los panes y llenó el último canastón. Los ladrones estaban listos para entrar en acción; sus corazones latían de prisa.

Pero Orsi emprendió idas y vueltas de las bateas a la mesa, y acumuló sobre ésta una gran cantidad de masa que fue extendiendo en un montón alargado. Alejandro Rodríguez y Mariano Gómez se dijeron con alarma que un episodio inesperado concurría a postergar, o a alterar, el desarrollo previsto de los hechos; tuvieron que hacer

grandes esfuerzos para mantenerse en silencio.

En vez de fragmentar la masa, el napolitano la manipulaba a la manera de un escultor que modela arcilla. Mariano y Alejandro sentían crecer en ellos algún desánimo y mucha perplejidad.

El panadero trabajaba con otro estilo que cuando fabricaba su pan: más despaciosamente, con mayor delicadeza, con una precisión menos mecánica y más humana que hasta solía empañarse de ligeras vacilaciones... Algo había cambiado también en su cara.

Poco a poco, el gran montón de masa fue adquiriendo las formas de una mujer tendida boca arriba; poco a poco, los amigos reconocieron piernas de gruesos muslos y rodillas levantadas, un vientre ceñido y cilíndrico, brazos adosados al cuerpo y todavía como en borrador, senos abundosos y redondos y un poco caídos hacia los costados.

-¿Será magia negra? -se atrevió a susurrar Alejandro.

-Shissst.

Orsi agregó una pelota de masa en el lugar de la cabeza y, livianos los dedos, modeló en ella los rasgos básicos de un rostro. Dos pellizcos con los dedos todos dotaron de pezones a los senos; el ombligo nació de un leve puntazo del meñique. Golpes con las manos de canto comenzaron a corregir la conformación de los brazos.

-Si no es magia... -reinició el susurro de Alejandro.

-Callate; dejame mirar -musitó Mariano.

Ambos aplastaban como nunca las narices contra el vidrio. Estaban fascinados; se habían olvidado completamente del robo tan soñado y de sus sueños de riqueza.

El italiano dio por finalizados los brazos y quedó contemplando su estatua; Alejandro creyó percibir que una sonrisa le pugnaba en vano por aparecer en la boca entreabierta. Sin saber todavía por qué, y

lateral y fugazmente, Mariano pensó con disgusto (con un disgusto apenas asible pero sorprendente por nuevo, por jamás sentido) en la circunstancia de la morenita que lo aguardaba, en un duermevela gatuno, en la cama desvencijada y tibia.

Giovanni Orsi pasó de la contemplación a los retoques: modificó la curva de uno de los hombros, oprimió y afinó las rodillas, imprimió mayor relieve al pezón del seno derecho... Del mismo modo inexplicable, lateral y fugaz que su amigo, Alejandro pensó en su rancho: pensó sin el dejo amargo de siempre y hasta con lo contrario que en él sólo lo esperaban un olor frío de sí mismo y los huecos de su soledad.

El panadero tomó dos panes calientes y les arrancó la cáscara y amasó con la miga una bola en la hundió a fondo los dedos para hacerle una hendidura; después la acható un poco y la colocó, presionándola cuidadosamente, en la entrepierna de su mujer de masa.

Mariano Gómez y Alejandro Rodríguez terminaron de comprender... Sufrieron, los dos a la vez, el frío de ese vértigo cómplice que a menudo provoca lo monstruoso; y se vieron- y, lo peor, se vieron vistos, como si la sombra que los rodeaba o la propia noche tuvieran ojos acusadores- en trance de espiar un hecho del orden de los que no admiten testigos. Continuar apostados allí, sintieron, configuraba un ultraje a algo o a alguien. -Con miedo y pudor, con cierto asco y con algún respeto muy especial, con una vergüenza un tanto impersonal o abstracta, con otros sentimientos confusos, se retiraron -fracasados aspirantes a ladrones- definitivamente de la ventana.

UN CUENTO CON UN POZO

El perro salió del rancho y, casi desde la puerta, ladró y aulló a la noche sin luna. Después retrocedió como de mala gana y fue a echarse de nuevo -gruñón- en la ceniza, a los pies del amo.

No alborote, Correntino -dijo Martiniano Ríos, que en las largas madrugadas de fogón (era de los gauchos que acostumbraban a esperar el día *lavando* morosamente un mate grande) solía decirle cosas a su perro.

Los trozos de coronilla ardían en brasas color sangre y las ramas de tala lloraban savia espumosa y levantaban pequeñas llamas de bordes azulados, y el humo se iba por la puerta entreabierta y por los desgarrones de la quinchá. En una especie de hornacina cavada en la gruesa pared de terrón, una pieza de bronce que había sido alguna vez la taza de un carruaje rumboso

era ahora la crátera de un candil que humeaba casi tanto como el fuego.

Todavía faltaba mucho para el amanecer: todavía la nueva luz, para llegar a aquel rancho solitario, debía de vencer leguas de tiniebla, debía rodar un buen rato sobre cuchillas y laderas donde el viento negro peinaba el pasto de otoño, sobre arroyos como a tientas en la noche y vacas de grandes guampas y caballadas tal vez inquietas, sobre montes, cerros, caseríos.

Martiniano estaba sentado en un tronco de ceibo y mateaba y fumaba con lentitud en los movimientos imprescindibles. Vestía todas sus prendas, desde las botas al sombrero de copa redonda: el cinto ancho y adornado con monedas, no olvidaba el facón de acero español y tampoco el trabuco de caño corto, de fabricación francesa. A muy pocos pasos de él, al otro lado del tabique de juncos que dividía en dos el rancho, dormían su mujer y su hijo. Y aunque él no lo sintiera de manera clara, la proximidad de aquellos dos seres dormidos lo acompañaba -precisamente por dormi-

dos, por carne casi propia remansada e indefensa en el sueño -en un plano profundo, de profundidad un tanto misteriosa. El que no dormía o dormitaba como de costumbre era Correntino.

El perrazo de pelo atigrado seguía dando muestras de un desasosiego realmente insólito, y más de una vez su amo tuvo que llamarlo a silencio.

-Bueno, perro e'mierda- y llegó a decirle: deje dormir a la Josefa y al gurí.

La Josefa (bastante más joven que el cuarentón Martiniano) era tristona y aindiada, con uno de esos cuerpos criollos muy de hembra que se tornan a la larga, siempre, un poco pesados; tenía la piel suavísima y lunar, y en ella un olor hondo y un algo montaraz -un olor como a cañada en sombra de sauces que Martiniano buscaba lo mismo que ventea el rumbo de un animal perdido y que, a él le constaba, ningún otro hombre había respirado-. *El gurí* era un muchachito flaco, vivaz, de ocho años recién cumplidos, cuyos rasgos prometían recordar algún día la cara huesuda, tiran-

te, poco expresiva y por momentos *empacada* del padre.

-Quédese tranquilo, haga el bien- dijo después Martiniano, (que nunca tuteaba a su perro) con acento que quiso ser amistoso-. Hasta que aclare -prosiguió más amistosamente- no podemos saber que le pasa a usted.

Pero Correntino siguió todo lo contrario de tranquilo y el hombre fue como contagiándose de nerviosidad. Y terminó por albergar la certidumbre de que un hecho aciago, o por lo menos alarmante, era detectado por los sentidos de brujería del nieto de perros cimarrones. Continuó, no obstante, cebando y tomando sus mates con la parsimonia habitual. Varias cosas pensó; entre ellas, recordó que días atrás, en la pulpería, había oído hablar de la posibilidad de una nueva guerra civil. De cuando en cuando, como siempre, golpeaba los trozos de coronilla con una trenza de alambre y arrimaba brasas a la caldera tiznada y panzona. Lo único desacostumbrado que hizo fue llevarse una vez la mano

al cinto para comprobar lo que no ignoraba: que tenía allí el facón y el trabuco.

Larga era la intimidad de Martiniano con las horas últimas de las noches; sabía esperar el día en un ajuste perfecto de su alma con el tiempo liso de la espera. En este ajuste se sumaban o colaboraban el fuego, el mate y el tabaco, el bienestar del cuerpo descansado y sano y que ha dormido con mujer, la paz dulzona de estar solo y sentirse acompañado. El goce viejo y manso de todo ello se herrumbró en aquella ocasión de una impaciencia desconocida, y el alba pareció retardarse más de la cuenta. Cuando finalmente llegó, cuando Martiniano supo -por cien signos, sin necesidad de asomarse a mirar- que había clareado lo suficiente, se puso de pie y apagó el candil y salió del rancho. Y aseguró bien la puerta, para dejar confinado al perro en cuya discreción no podía confiar.

Ya mucha luz se adueñaba del cielo pero aún quedaban masas de niebla nocturna como resistiéndose a ras de la tierra. El rancho estaba al pie de una cuchilla más

bien alta, casi en la base de la ladera que ascendía suave y largamente. Martiniano -con pasos recelosos, deteniéndose repetidas veces a observar para todos lados- dio una vuelta alta y completa alrededor de él. Nada pudo ver que justificara a Correntino, y siguió caminando y se apostó junto al horno de hacer el pan. El viento de la noche moría de a poco, en rachas cansadas. Hacia arriba, hacia el lomo de la cuchilla, los girones de niebla se alejaban como si unos a otros se fueran arreando. El día nacía en el cielo con el lucero lo mismo que un ojo de caballo asesinado y estrellas que pánicamente huyen o naufragan, y en la tierra, en torno a Martiniano, con la consabida vocinglería de pájaros en los talas y las cinquinas, con los balidos de sus dos vacas lecheras, con gallinas descolgándose de los aleros del galponcito y de las ramas inferiores del ombú. Martiniano esperaba sin saber qué esperaba y oyó iniciarse el coro de los teru-teros.

Una bandada de teros escandalizando al amanecer no es algo para llamar la atención a un gaucho; pero esos sempiternos gritones tienen más de un estilo de gritar, y aquella bandada todavía invisible lo hacía de una manera excesivamente desaforada y unánime. Se trataba de una bandada sin duda numerosa; los gritos venían de la parte superior de la ladera o del lomo mismo de la cuchilla. En esa dirección echó a caminar Martiniano pero casi en seguida se detuvo. Quedó vacilando y escuchando, a medio camino entre el palenque con enramada y el roto galponcito de paredes de adobe. Los teros gritaban con furia, quizá volando a la altura de la cabeza de un hombre a caballo, Martiniano retrocedió sin darse cuenta y volvió a apostarse en actitud de lechuza vigilante, ahora junto al brocal del pozo.

Este brocal estaba hecho de piedras bien calzadas y acuñadas pero puestas con descuidos del plomo y la apariencia. Era un poco más alto que el común de los brocales y no lograba ser redondo, y tenía dos grue-

sos pilares también de piedras y también levantados bastante toscamente. Los pilares sostenían un travesaño horizontal: un pedazo de pértigo de carreta. De tan exagerado travesaño colgaban la roldana de madera y un gran gancho de hierro; de éste colgaba a su vez el balde de latón con su fuerte cuerda catalana enrollada como se enrolla un lazo.

Martiniano Ríos se acodó en el brocal y -la cabeza hundida en los hombros, el mentón apoyado en las manos unidas- mantuvo en la cuchilla su mirada de mirar a lo lejos. Los teros seguían gritando como si nunca fueran a callarse. El día seguía naciendo con toda la prepotencia minuciosa con que nacen en el campo los días que van a ser soleados. Respiraba el hombre, sin registrarlo, el vaho nocturno del pozo, el aliento casi de ser vivo y ligeramente tenebroso de la humedad que fingía ascender y del agua siempre en duermevela allá abajo. Ya sabía que esperaba un jinete, o varios, o muchos. Exigía como pocas veces sus ojos largamente adiestrados a las distancias

que parecen irse. Vio o creyó ver, en las primeras, altas lumbres del sol; teros que se elevaban planeando para dejarse caer en vertical sobre algo que se movía. Tomó entonces con ambas manos los rollos de la cuerda catalana y se trepó al brocal; rodeó con el brazo el pértigo de carreta, abrió mucho las piernas, quedó a horcajadas sobre el lóbrego agujero apuntado hacia la entraña de la tierra.

El pozo tenía una hondura de más o menos veinte metros. Comenzaba a descender de buen diámetro y forrado de piedras análogas a las del brocal y los pilares, y muy pronto se estrechaba y proseguía abriéndose camino -con cortes irregulares- en las duras rocas del subsuelo. Era más viejo que los recuerdos: nadie en el pago podía aseverar con certeza quién había sido el poceador y menos aún explicar por qué había hecho un tal pozo en aquel lugar. (La tradición oral hablaba vagamente de un gringo y es muy posible que no se equivocara, porque lo criollo era el barril con ruedas o sobre una rastra, el sufrido petiso agua-

tero y la peregrinación al arroyo o la cachimba). Hacía una *banca* escasa (vale decir que el agua subía en él menos de un metro) pero la reponía con rapidez por una diligente *manación* de fondo. Su agua, por supuesto, era salobre, y levisimamente azulada y con un frescor íntimo y casi alegre o por lo menos cordial. Martiniano más de una vez había bajado a limpiarlo -asistido por Josefa, que con un espejo le derribaba un tembloroso rayo de sol-; bajar era fácil, subir no resultaba demasiado difícil.

No supo bien Martiniano en qué momento pudo divisar distintamente a los jinetes. Eran muchos tal vez alrededor de cincuenta. Coronaron la cuchilla y emprendieron, al tranco lento, la marcha por el largo plano inclinado de la ladera. Venían en filas desordenadas y en pequeños grupos, de a tres, de a cuatro... Casi todos traían caballos de *tirò* y algunos, más atrás, venían arreando caballos sueltos. Aunque todavía no corría el más remoto riesgo de ser visto por ellos, Martiniano -sin soltar el travesaño- se hizo a un lado y cerró las

piernas y se ocultó a medias detrás de uno de los pilares. Y continuó mirando sostenidamente, los ojos muy codiciosos pero ya menos exigidos. Vio o creyó ver las lanzas, vio una bandera, creyó ver las divisas, vio destellar el sol, que asomaba con imperio, en los caños de algunas carabinas; columbró o adivinó la apostura «diferente» del hombre que encabezaba la marcha; adivinó o imaginó las caras (esas caras en su mayoría barbadas que hoy miramos buscando no sabemos qué en las amarillentas fotografías), imaginó la dura, fría y tal vez insomne y tal vez fanática resolución de los ojos. El espectáculo no era nuevo para él, pero de todos modos muchos hombres a caballo y armados siempre impresionan. Su mano libre, por sí sola, tanteó en el cinto el mango del trabuco. Los teros habían dejado de gritar; o por lo menos él no los oía. El jefe y los que lo seguían de cerca vieron, es de suponer, las poblaciones de Martiniano: en dirección a ellas variaron ligeramente el rumbo que traían. Martiniano saltó del

brocal al suelo y se encaminó, un poco inclinado, hacia su rancho.

La mujer y el hijo todavía dormían. Martiniano despertó a Josefa y le dijo que se venía otra guerra y que él había decidido esconderse.

-¿Cómo? -preguntó ella, comenzando a incorporarse en el amplio catre de guascas.

-Se viene otra guerra, es seguro -repitió Martiniano en un tono bajo y pronunciando con lentitud-. Yo serví dos veces -agregó más rápidamente- y no quiero servir más.

-¿Cómo? -volvió a preguntar Josefa, ya sentada en el centro del catre.

Martiniano había dejado abierta la puerta de la cocina al exterior y también la puerta de cuero del tabique: una claridad tímida, apocada, se escurría al dormitorio. En esa claridad buscaba vanamente Josefa deletrear la cara del hombre; estaba aún enredada en el sueño y seguía sin comprender.

-Que se viene otra guerra -levantó la voz Martiniano.

-No despertés al gurí. ¿Otra guerra?

-Sí.

-¿Cómo sabés?

-Ahí viene una partida.

-¿De cuáles son?

Martiniano dijo de qué color eran la bandera y las divisas y agregó:

-Me cago en todos. Yo no quiero...

Lo interrumpió Correntino: entró con ladridos que eran un solo ladrido. (El perro había salido del rancho y había ido hasta los talas y volvía como sobrecargado de alarmas) Martiniano lo acalló con un grito ronco y un puntapié, y el animal rodó a refugiarse, mudo, debajo del catre chico del gurí. Este se despertó y saltó del catre.

-Usté siga durmiendo, m'hijo -ordenó duramente el padre, empujándolo y obligándolo a acostarse.

Josefa era demasiado simple para preguntarse hasta dónde conocía a su hombre; pero sin saberlo estaba haciéndose esa pregunta en el modo como lo miraba.

Y ella, esa pregunta apareció también en el tono con que dijo:

-¿Y te vas... a esconder?

Martiniano se le aproximó y le habló en voz asordinaada, para que el niño no lo oyera. Le dijo que era la pura verdad que había decidido esconderse y repitió que no quería servir otra vez y que nada se le importaba de los blancos ni de los colorados; casi en un susurro, le confió que su escondite iba a ser el fondo del pozo.

-Decí que ando con tropa; escondé las espuelas y el poncho -terminó, levantando un poco la voz y yendo hacia la puerta.

-Pero... -pretendió objetar Josefa.

-Hacéme caso, mujer -dijo secamente Martiniano, saliendo del dormitorio.

Y salió del rancho y caminó rápidamente hacia el pozo. Se entreparó un instante para arrojar un vistazo sobre los jinetes, que todavía estaban lejos. Llegó al pozo, hizo caer en su interior el balde, subió al brocal, asió la cuerda. Descendió fácilmente, estribando con la punta de las botas en los cortes irregulares de las paredes. Cuan-

do pisó las losas del fondo, el agua como despertada en sobresalto lo envolvió con su frescor hasta una cuarta más arriba de las rodillas.

Quien baja a un pozo como aquél se aleja del mundo de un modo sumamente extraño. Veinte metros de descenso por un estrecho agujero cavado hacia la noche ininterrumpida del subsuelo es un viaje vertiginoso y no sin cierta magia: equivale a tocar puerto en un reino de fábula donde todo fuera de signo espectral. Se entra, nada impunemente, en la vida sorda y secreta del humus, en la arcilla que suda un sudor frío y huele a tumba recién abierta, en el balasto y la roca que no saben de la luz, en el sistema de las aguas que infinitamente se deslizan lo mismo que reptiles ciegos. El que desciende va como llevando sus huesos hacia los huesos de sus antepasados, aun los sin cara y sin nombre y los comidos por la tierra en cualquier lugar del planeta. Cada vez más oscuro y oprimente se hace el pozo; el cielo termina siendo sólo una moneda, una alta

y pequeña y a veces cenicienta moneda, y a menudo es posible ver en él, en pleno día, algunas estrellas que parecen redoblada-mente lejanas. Hay también un silencio desnudo y purísimo y que de inmediato se integra o se acumula a la negrura y la piedra, y el fondo del pozo es un lugar en donde se está sin estar del todo, en donde en mucho se participa del no estar -el haberse ido- de estar muerto... En los pozos hondos, el aire no se renueva o se renueva apenas, y la falta de oxígeno (que apaga los fósforos e inutiliza los yesqueros) apresura el corazón, afloja el cuerpo y provoca al cabo de pocos minutos una embriaguez muy singular. Y esta embriaguez (tan singular que casi no merece llamarse así: es más bien un mareo con liviandad de alma, una suerte de ahuecamiento) desubica al hombre de sí mismo y lo detrae un tanto del viejo tiempo de su sangre.

En el fondo del pozo y en esa embriaguez falaz que en alguna medida lo separaba de lo que había hecho y de lo que estaba viviendo, Martiniano apoyaba la espalda en

la pared desapareja y levantaba de cuando en cuando los ojos para mirar el opaco redondel de cielo y ya no notaba el frescor del agua en las piernas. No era capaz de cobrar conciencia de otras sensaciones que las elementales: pero sentía que algo suyo -algo que tal vez fuera importante y que no lograba averiguar qué era- se le escapaba y se le perdía, parecía huir de él como huyen los sueños del durmiente que despierta. En un momento sus manos buscaron la cuerda (que pendía en la oscuridad a pocos centímetros de su cara), pero en seguida la soltaron. No es imposible que sintiera asimismo los avances de un curioso desapego casi sin sujeto, o que había comenzado por alguien que había sido Martiniano Ríos. La falta de oxígeno le hacía palpar las sienas y le ponía en la boca húmeda y entreabierta el gusto metálico de la fiebre; disminuía la frecuencia con que levantaba los ojos. El silencio, la negrura y la piedra, asociados como para siempre, se ceñían alrededor de su cuerpo flojo y por encima de su cabeza, progresivamente. Y el tiempo, también pro-

gresivamente, era menos las acostumbradas, naturales correlaciones entre su pulso y la duración de las cosas y más otro tiempo que, a la vez, lo mentía porque era libre, desgobernado, y prescindía de él porque era también un tiempo de mundo muerto.

Pero de pronto algo revivió en el fondo del pozo: Martiniano percibió sin saber cómo una tensión en la cuerda y advirtió que el balde, caído a sus pies, comenzaba a moverse. Apretó entonces todo lo que pudo el cuerpo contra la pared y se cubrió la cara con los antebrazos. El balde lo rozó al pasar, lo golpeó sin mucha fuerza a un lado de la cabeza. Se dijo, todavía desde su lucidez descomprometida, que alguno de los jinetes del amanecer había sentido la necesidad de un jarro de agua. Un instante después sufrió una invasión de angustia y anheló, rogó casi, que el desconocido (lo imaginó viejo, de barbas blancas) descendiera el balde. Pasaron minutos como leguas y eso no sucedió, y Martiniano se dijo y se repitió como para convergerse que sin la cuerda jamás podría salir del pozo. Pensó

en su mujer y su hijo; la angustia, ahora como ocupándolo, lo atacó desde adentro. Alcanzó a pensar que Josefa le bajaría más tarde el balde, pero el pensamiento de nada le sirvió. Estuvo a punto de gritar con toda su voz; también estuvo a punto de intentar la empresa irrealizable de trepar por las paredes y hasta clavó las uñas y se sangró, quizá, los dedos en ellas... Esto no se prolongó mucho: como agotado repentinamente, como si se le hubiera gastado una cantidad limitada de angustia y energía, Martiniano se apaciguó o se entregó y se dejó llevar -el cuerpo aun más flojo, la cabeza doblegada, abatida sin interrupción alguna- por aquel tiempo que, simultánea o combinadamente, le hacía fraudes y lo olvidaba; y se dejó caer en un estado de gran desapego y de desesperanza al que no era ajeno un cierto bienestar indefinible.

Lo sacó de ese estado el ruido del balde que bajaba golpeando las paredes. Era Josefa, no dudó, quien se lo alcanzaba. Levantó los brazos pero no evitó que el

balde (el aro de hierro que el baldé tenía en la base) lo hiriera levemente a la altura de las cejas. Manoteó en la oscuridad y apresó la cuerda y apretó las manos en ella. Dos hilos de sangre le corrieron por los costados de la nariz y le llegaron al bigote, a la boca. Pudo creer que al asir y apretar la cuerda asía también algo de sí mismo, empezaba a recuperar parte de lo mucho que el pozo le había cercenado o robado. Tres o cuatro veces se pasó la lengua por los labios, y el gusto de la sangre acudió secretamente en su ayuda, le hizo un favor preciso pero anónimo, casi clandestino. Miró el pequeño círculo de cielo (bastante más claro que antes) y lo vio muy alto, tan alto que lo sorprendió. Respiró hondo, llenó sus pulmones con aquel aire pobrísimo, e inició el ascenso. Se izó muy trabajosamente: estaba débil y entumecido y las suelas ablandadas de las botas resbalaban demasiado en los cortes de la piedra. Varias veces tuvo que detenerse a descansar; a respirar, sobre todo. En ningún momento pensó que no conseguiría salir, pero sentía, a medida

que iba subiendo, mayores ansias de volver al mundo, crecientes urgencias de alcanzar el brocal. Llegó al fin a la parte forrada con piedras bien calzadas y acuñadas; allí era más difícil estribar la punta de las botas. Hizo un gran esfuerzo y se izó dos brazadas y quedó oscilando sobre el lóbrego agujero. Hizo otro esfuerzo y se izó otro poco y logró estribar un pie. Levantó los ojos y la luz del día lo deslumbró. Otro esfuerzo lo izó otro poco. Un último, muy grande esfuerzo: Martiniano sentado en el brocal, jadeante y parpadeando.

Mucho se había remontado el sol mientras Martiniano Ríos había, por decirlo así, faltado. Era la mediamañana -estática, gravemente luminosa- de un día otoñal colmado consigo mismo y como excedido en madurez. En el centro del día y de su soledad, o su presencia abstraída, vio Martiniano las poblaciones que eran o que habían sido suyas. La primera mirada no se las restituyó, y se tapó los ojos con las manos y llenó y volvió a llenar sus pulmones con el aire como de grano fino que los

días como aquél siempre tienen. Y volvió a mirar, entre parpadeos, el rancho, el galponcito, la enramada, los árboles... Lo único vivo que vió fueron gallinas que picoteaban los montones de bosta dejados por los caballos entrevistados al amanecer. No terminaba de encontrarse. *¿Josefa? ¿el gurí?*, preguntó de pronto otro Martiniano que pareció llegar a juntarse con él. Y miró de nuevo todo, rápidamente, y bajó del brocal y se apresuró hacia el rancho. Poco faltó para que tropezara, unos metros antes de llegar, con el cadáver de Correntino -lancheado en el costillar y degollado *a lo cristiano*-. La puerta de rancho estaba abierta.

Martiniano entró y encontró a su mujer en uno de los troncos de ceibo que eran los bancos. Estaba sentada y doblada, el mentón muy cerca de las rodillas, seguramente desnuda y cubriéndose con una frazada. Martiniano vio la cara, vio los ojos -y comprendió que muchos de los hombres de la partida se habían turnado sobre ella. Siguió mirándola; la mujer no bajó los ojos (vivos y muy humanos, aunque sin volun-

tad de expresar nada, en la cara de animal maltratado); ambos se miraron en un silencio irrompible... En ese silencio oyó a Martiniano un largo sollozo del otro lado del tabique de juncos. Abrió de un puntapié la puerta de cuero y entró al dormitorio. No en el catre chico sino en el grande, el conyugal, estaba su hijo: ovillado, la cara oculta en los brazos, llorando sin convulsiones. Martiniano abrió la ventana y vio las salpicaduras de sangre y no tuvo necesidad de mirar más para saber que el muchachito había sido castrado. Cerró por un instante los ojos y su cara huesuda se ahondó; después giró sobre sí mismo y abandonó el dormitorio y no se detuvo en la cocina. Al salir del rancho resbaló sobre Josefa una mirada que fue como dilatándose.

Martiniano Ríos llegó al pozo y sacó un balde lleno de agua y, sin derramar una gota, lo depositó sobre el brocal. El nudo de la cuerda en el asa del balde estaba muy apretado; Martiniano desenvainó el facón y lo cortó. Amagó envainar el facón pero se detuvo, y lo miró, titubeó unos segundos, lo

clavó en una grieta del travesaño y allí lo dejó. Después colgó -con gran cuidado- el balde casi rebosante en el gancho de hierro. En seguida arrojó la cuerda al pozo, subió al brocal, asió la cuerda. Descendió fácilmente, hizo pie en las losas del fondo. No sintió, es lo más probable, el agua en las piernas. Su mano buscó el mango del trabuco; los dedos de la otra mano examinaron en la oscuridad el percutor, el fulminante. Apoyó el codo en la pared, no miró hacia arriba, se apoyó el caño en la sien... -En los pozos hondos el aire no se renueva o se renueva apenas, y tal vez persistía el olor a pólvora cuando empezó el olor a podredumbre.

CONTABA DON CLAUDIO

*A la memoria de mi tío Luis Arregui,
gran narrador de fogón.*

Dice don Ramón Menéndez Pidal que el cuento nace como un género esencialmente oral y que es la producción artística que surge antes que ninguna otra producción literaria.

La narración en voz viva de hechos reales y hechos imaginarios es, pues, la primera de todas las formas de la literatura. El hombre, aun antes de cantar, contó; y contó seguramente cosas muy parecidas a las que hoy llamamos cuentos.

El cuento es viejo como el mundo, como el deseo de los hombres de saber de sí mismos, y parece ser hijo del fuego y de la noche. Miles de cuentistas (*cuenteros* dicen en Cuba y en otros países de América) fundaron la cuentística: miles de hombres

perdidos en la muerte como lluvia en el mar y que hoy nos es lícito imaginar o soñar como uno solo: un hombre un poco misterioso, de barbas ya más blancas que grises, que llega sin ser llamado al atardecer: que llega y se sienta junto al fuego y narra.

Si en el principio y en todos lados fue el cuento, el nuestro -el más nuestro, por lo menos- nació en los fogones gauchos: en las hogueras nunca muy grandes -hechas con alguna leña de monte, troncos de cardos y bosta de vaca- que ardieron en los ranchos, en las laderas de las cuchillas y en las márgenes de los ríos y arroyos de la Banda Oriental. ¿Qué temas -preguntémosnos- manejaron aquellos cuentistas o cuenteros que vestían chiripá y calzaban, cuando calzaban algo, botas de potro? No es mucho lo que sabemos, porque quienes averiguaron al gaucho atendieron más a lo que él cantó que a lo que él contó;⁽¹⁾ pero se puede colegir sin mayores riesgos (porque,

1. Yo recogí una vez en un fogón de troperos el tema de un cuento que logré escribir a un nivel decoroso; está en mi libro LA SED Y EL AGUA y se llama «Un cuento de fogón».

entre otras cosas, la literatura de los fogones no ha muerto del todo) que los temas fueron, por un lado, de testimonio, de decir con relativa probidad «pasó así», y por otro, de exageraciones desforadas, de fantasías tal vez creídas o semi-creídas, de mentiras *químicamente puras...* Estos que de un modo u otro no respetan la realidad son, al fin de cuentas, los que importan.

Se ha dicho y repetido que España nos colonizó con hombres medievales. El mundo del hombre medieval estaba como acribillado y aun desfondado por la posibilidad de lo sobrenatural, y era mucho más rico -mucho más hondo y nocturno, sobre todo- que este mundo de hoy, sin sirenas y otros prodigios, con un Diablo desmonetizado hasta la abolición, sin muertos que vuelven y a veces hablan, donde hombres como usted y yo pisan la Luna, que ya no es una princesa, un dios, un ojo, un remordimiento, un león... sino una especie de pobre ladrillo sideral. Hechos mágicos y episodios maravillosos o simplemente disparatados, aparecidos, milagros, lobizones, sueños di-

gitados por Mandinga, etc, deben de haber sido, entonces, los temas más memorables de lo primero que en esta tierra se contó. Y también, no lo dudemos, aparecía siempre la muerte -tal vez menos mecánica o *causada* que ahora, probablemente más emparentada con la fatalidad, más hija de extrañas culpas, más delegada o *mandadera* de dictámenes sin rostro, de clandestinos designios.

* * *

Aquí en Flores buena parte de la literatura de los fogones se nutrió durante muchos años (y todavía, en la medida en que subsiste,⁽²⁾ sigue nutriéndose, pertinazmente) de fragmentos o resúmenes de los largos cuentos de don Claudio González, un hombre que murió en 1948. Fue éste un personaje curioso que dedicó por lo menos un tercio de sus días a contar -siempre en primera persona, con la mayor seriedad, sin permitirse ni permitir sonrisas, sin tolerar bromas o interrupciones de sus

2. Es evidente que las radios a transistores la están matando.

oyentes⁽³⁾- algo así como capítulos sueltos de muy singulares y muy criollas y un tanto ingenuas novelas de caballerías.

Yo, de chico, oí en un fogón el cuento de los dos perros tan feroces que se devoraron mutuamente, a tal punto que sus dueños (que los habían encerrado en un galpón para ver cuál era el más bravo) sólo encontraron de ellos las dos colas: las colas todavía coleando y todavía queriendo agredirse. Debía de ser muy chico, porque en alguna medida creí esa historia. Años después supe que era aquél uno de los tantos cuentos de don Claudio, que al contarlos se proclamaba propietario de uno de los perros. Pienso ahora que quizá alguno de los peones adultos que rodeaban el fogón pudo haber aceptado el disparate con la misma inocencia que yo.

3. Se cuenta que una vez, en el patio de su casa, don Claudio señaló a su hija un limonero del que lo separaban muchos metros y dijo:

-Mire, m'hija: subiéndolo por el tronco de aquel arbolito va una hormiga bandida que me quiere comer los limones; vaya y matelá: ¿la ve?

La gurisa -de sólo 10 ó 12 años pero hija e tigre...- contestó:

-No, tata; no la veo... pero le oigo las pisadas.

Y allí nomás, me cuentan textualmente, el viejo la revolcó de una cachetada.

Si hemos de creerle a él, don Claudio nació en diversos lugares y en fechas diferentes, o nació varias veces. Lo que sabemos de seguro es que murió aquí, en Trinidad: aquí vivió muchos años, aquí envejeció, aquí murió. Y fue, no lo dudemos, el más grande fabulador y narrador que haya muerto, vivido y tal vez nacido en este nuestro pueblo. (Este nuestro pueblo, valga esta larga digresión ente paréntesis, cuyo nombre completo es Santísima Trinidad de los Porongos y que fue fundado por un hombre con un apellido muy *aparente* para el caso -Francisco Fondar-, con la colaboración de un curita valenciano llamado Manuel Ubeda, a quien es dable imaginar en estas soledades con una sotana color ratón y andares de cura flaco, y hablando una mezcla de su revésado dialecto con el castellano aportuguesado de aquí y entonces, y más inclinado a pensar en lobizones que en el tomismo, más dispuesto a entenderse con Satanás que a arrojarle un tintero luterano a la cabeza, más cerca del pecador que del pecado.)

Don Claudio era alto y fuerte, muy huesudo, de pelo negro y encrespado, tez cetrina o «color del país», ojos grandes y un poco saltones y (según dijo su hija) mucho más claros de lo que uno puede apreciar en las fotos; era serio, austero, respetuoso y partidario del respeto⁽⁴⁾ y «pronto de genio» cuando husmeaba irrespeto; era muy cuidadoso con su familia, muy sociable y bastante ceremonioso en el trato; le gustaba vestir bien (dentro de un estilo apaaisanado, claro), le gustaba cocinar e invitar a comer, le gustaban las reuniones, los casorios, los bautismos; tenía la voz grave y criolla y pausada, tenía manos grandes y asombrosamente elocuentes;⁽⁵⁾ nunca fumó ni tomó, supo trabajar cuando era necesario, nunca faltó a su palabra y, aparte de sus cuentos, nunca mintió... Sus dos pa-

4. «González siempre estaba por el respeto», dice su viuda.

5. Tenía también, como buen narrador, la preocupación de la precisión verbal.

-Mire, don Claudio, qué bruta tormenta se viene- le dijeron una vez. Don Claudio miró y rectificó:

-Eso no es una tormenta, mi amigo; eso es un tormentón macho.

siones fueron la mitomanía y la timba; la primera es la que origina estas páginas; de la segunda diremos que lo acuciaba con tanta intensidad que cuando no encontraba contendores les reglaba moneditas a los chiquilines del barrio y los obligaba después a apostarlas con él en cualquier clase de juego. (Ya escritas estas líneas me cuentan que llegó a organizar velorios para encubrir o cohonestar timbas a los ojos del comisario: ofrecía su casa para velar difuntos sin casa o sin deudos, y mientras el finado estrenaba la muerte acompañado por algunas mujeres, los hombres se doblaban en el vértigo de las barajas alrededor de una mesa instalada en el galponcito y presidida por don Claudio).

Según sus cuentos y sus cuentas, don Claudio vivió más de 80 años en el norte del país, unos 46 ó 47 en el departamento de Soriano, unos 60 y tantos en Río Negro y unos 70, hasta su muerte, aquí en Flores. Que la suma fuera un poco exorbitante o matusalénica no lo preocupaba demasiado: era analfabeto y no se hacía problemas

con numeritos, no condescendía, digámoslo así, a lo que podríamos llamar las mezquindades de la aritmética. Como ejemplo de esto último vamos a contar, muy brevemente, uno de sus cuentos.

Contaba don Claudio que una mañana salió a cazar perdices en compañía de uno de sus tantos amigos, que además de amigo era compadre. Vicente se llamaba el hombre.

Los dos compadres salieron a pie y recorrieron unas chacras cercanas al pueblo y, sobre el mediodía y después de haber agotado absolutamente los perdigones, regresaban con una liebre gordaza y media bolsa de embarque de perdices. Don Claudio traía la bolsa y Vicente traía la escopeta, que era una de aquellas de cargar por la boca y a las que, generalmente, se les apretaba la pólvora y la munición con bosta de caballo, usando para ese menester una baqueta o varilla de hierro. Los compadres venían caminando, contentos, sin apuro, prosiando de bueyes perdidos, en el día tranquilo y soleado... En un repedente se

les oscurece el cielo, se les nubla portentosamente el sol. Levantan las vistas y ven la causa del fenómeno: una machaza, enorme, descomunal bandada de palomas. Se miran en la semipenumbra, lamentando sin palabras no haber guardado municiones para siquiera una descarga. Pero don Claudio tuvo una idea y

-Compadre, cargue la escopeta con la baqueta- aconsejó.

Vicente así lo hizo (cuidadosa y parsimoniosamente, porque había bandada para horas) y apuntó hacia arriba y apretó el gatillo. Al cabo de algunos minutos oyeron, no lejos, un golpe sordo: la baqueta ha caído al suelo llena de palomas ensartadas. Viven va y cuenta: 1, 2, 3, 4... ¡98, don Claudio! -grita.

-Mire, compadre -dice don Claudio-, redondee en 100, nomás... total, por dos pajaritos más o menos nadie va a decir que son mentiras.

Después de esto comprenderemos mejor que haya vivido tantos años en tantos lugares diferentes; por 180 ó 200 años más.

o menos tampoco nosotros debemos arriesgar el peligroso verbo mentir.

En esto de mentir -o de crear, digamos para no usar ese verbo temerario- don Claudio era imbatible. Contaremos un cuento ejemplar:

Un buen día alguien llevó a casa de don Claudio a otro renombrado fabulador. Los dos hombres, que no se conocían pero conocían recíprocamente sus famas, se saludaron con gran cordialidad y se midieron con las miradas. Y después de tomar mate hasta *lavar* dos cebaduras y hablar largo y tendido de cosas reales, sin importancia, comenzaron a medirse también, tácitamente de acuerdo, en la especialidad que compartían. Fue aquello una especie de duelo, o payada en contrapunto, de invenciones cada vez más disparatadas. Don Claudio contó algunas de sus extrañas aventuras y el otro (cuyo nombre ignoramos y que llamaremos don Juan para comodidad narrativa) retrucó con fantasías de buena calidad. Y la cosa marchó bien, con toda armonía, desatino va, des-

atino viene... pero de pronto don Juan dijo muy naturalmente que él había estado en el fin del mundo. Don Claudio lo miró con sorpresa y tal vez con cierta alarma.

-¿El fin del mundo?- preguntó.

-Sí, el fin del mundo-- repitió don Juan.

Don Claudio, muy seria su cara huesuda, entrecerró los ojos. Era innegable que aquella declaración superaba de modo abrumador lo de las 37 ovejas con 34 corderos salvados durante un temporal dentro de la cáscara de un zapallo, lo del boniato tan grande que al extraerlo quedó hecho el pozo para el aljibe, lo del avestruz decapitado que corría marcha atrás y comía por el agujero terminal de su tubo digestivo, lo de su titánica pelea con una mulita enfurecida del tamaño de un novillo, lo de una estancia donde todo era gigantesco y los aviones pasaban por entre los hilos de los alambrados y el cocinero salía en bote a recorrer y espumar la olla del puchero (agregaba que cierta vez que el bote había zozobrado al chocar con un garbanzo hecho piedra el

hombre se había salvado a caballo en un choclo), lo de su facón tan filoso que cortó no sólo el asado sino también el plato y la mesa y hasta un pobre gato que tuvo la mala suerte de pasar por debajo, etc. -cosas con las que él se manejaba a menudo y de las que ya había quemado varias-. Se reclinó en su sillón o mecedora de mimbre y volvió a mirar a don Juan, ahora con severidad.

-¿El fin del mundo? -insistió.

-Sí -dijo don Juan, sosegada y firmemente-, un lugar que queda lejazo. No es pa todos llegar a él. Hay que caminar como nuevecientos días y nuevecientas noches. Y es un lugar muy raro, que naide ha visto. Allí no hay naide, naide y nadita...

-Digo yo... -murmuró don Claudio.

Don Juan continuó diciendo que una vez llegado al fin del mundo se vio en el problema de dejar prueba de su llegada, de atestiguar de algún modo su presencia allí, donde nadie lo miraba y nada había y donde era, sindudamente, el primer hombre.

-Muy justo -aprobó don Claudio.

-No sabía lo que hacer -continuó don Juan-. Tuve que pensar un rato largo. A la final se me ocurrió clavar un clavo... un clavo con mis iniciales. Por suerte había llevado un martillo. Justito en el fin del mundo clavé el clavo.

Don Claudio, inmóvil en la mecedora, parecía derrotado. Pero casi en seguida se puso de pie y dejó caer con mucho énfasis:

-¡Eso es muy cierto!

Don Juan fue ahora quien miró a su competidos con sorpresa.

-Eso es muy cierto -repitió don Claudio en tono más calmoso-. Yo estaba del otro lado y remaché el clavo; ¿usté no oyó los golpes?

También era imbatible don Claudio en su conocimiento de la campaña; del río Negro, sobre todo.

-No, don Claudio -pretendió en una oportunidad rectificarle un atrevido-: esa picada del río Negro que usté dice no está en el campo'e los Campales sino como quince leguas más arriba.

-¡Cállese! -levantó la voz don Claudio-. A mí no me pueden enseñar nada del río Negro. Yo a ése lo conocí cuando era cañada.

Don Claudio sirvió (en filas coloradas) en todas las guerras civiles que hubo en este país y en otras que no hubo o de las que solamente él tuvo noticias. Sus aventuras bélicas no fueron, por lo que sabemos, muy heroicas ni muy cruentas; nunca dijo haber matado a nadie, nunca se jactó de haber encabezado una carga a lanza, nunca habló de sangre con esa fruición malsana con que se suele hablar de sangre... De todos modos, cosechó algunas heridas cuyas cicatrices casi siempre se olvidaba de mostrar («... y mañana les muestro la cicatriz que tengo», decía, y continuaba su relato). El percance más serio parece haber sido la pérdida de un ojo, felizmente recuperado.

Contaba que cierta vez, después de una escaramuza que terminó en derrota y desparramo, varios blancos lo persiguieron con ánimo de tocarle el violín en el gañote.

Estaba bien montalo (siempre, en sus cuentos, estuvo bien montado) y logró escapar zigzagueando en un chilcal, vadeando un arroyo muy hondo que pocos sabían vadear, atravesando un monte muy espeso. Durmió bien esa noche, en una tapera donde, él sabía, había aparecidos que no lo molestaron. Se despertó contento de estar vivo pero, al lavarse la cara, notó que le faltaba un ojo. Pese a su tuertez, decidió tomar unos mates antes de ensillar el caballo. Buen baquiano como era, rehizo con exactitud el camino de su huida. Y en el medio del monte encontró su ojo, muy triste, muy solo, pestañeando, colgado en una espina de una rama alta de un algarrobo «más retorcido que galope 'e gusano». El ojo puesto y el perdido se miraron con muchísima curiosidad y con mucho y mutuo cariño, le pareció. Sin bajarse del caballo, despacito, con gran cuidado, alargó el brazo y descolgó el ojo náufrago y, despacito, sin apretarlo, se lo colocó de nuevo en su lugar. «Este mismito es», decía señalándose algunas veces el ojo derecho y otras veces

el izquierdo. «Fijesé bien; apenas se le nota», agregaba.

En otra ocasión, todo un batallón de blancos lo arrinconó en una de las vueltas del río Negro. Tuvo que abandonar su caballo (un pangaré *orejas caídas* que años después encontraría, embalsamado, en una talabartería de Paso del Molino) en un lugar pantanoso y seguir huyendo a pie. Esta vez, realmente, se vio sin escapatoria posible. Ya oía el pereré de los fletes saravistas cuando llegó a las barrancas últimas. Como desesperado recurso, se arrojó al agua. Y se zambulló. Y encontró en el fondo secreto del río que conociera cañada, una piedra grande, pulida por las aguas, medio de la forma de un banco de plaza, muy cómoda. Y se sentó en ella. Y allí, sentado, tranquilo, pitando (¡él, que nunca fumó!), estuvo varias horas, «hasta que los blancos se cansaron de buscarme y se fueron a joder a otro lado».

Dicen los libros que en este país los indios fueron exterminados o puestos fuera de circulación hace muchísimos años;

hablan de Bernabé Rivera, etc. Estos detalles de mera historia no impidieron a don Claudio tener un problema con ellos, dedicarle un capítulo de su larga y riquísima autobiografía imaginaria.

Contaba don Claudio que cuatro aborígenes («indios sanguinarios», decía recordando a *Martín Fierro*) le tendieron un día una emboscada. El no sabía leer pero lo había oído muchas veces y podía citar de memoria «el indio es de parecer / que matar siempre se debe, / pues la sangre que no bebe / le gusta verla correr», y también: «Odia de muerte al cristiano, / hace guerra sin cuartel; / para matar es sin yel»... Aunque la terrorista imagen del indio que Hernández pone en boca de Fierro era también de algún modo suya, don Claudio no sintió miedo: montaba esa mañana un extraordinario tostado patas blancas. Sujetó al tostado, hizo a los indios algunos gestos burlones, volvió grupas y se alejó a un galopón apenas exigido. Los infieles, los cuatro, montaban overos. Iba sin inquietudes el cristiano, porque no podía haber en

el mundo ningún overo vapaz de alcanzar a un tostado como el suyo. Pero el Diablo, que no duerme, metió la pata: hizo meter al patas blancas la pata en un hormiguero. Cayó el caballo, quebrado un poco más abajo de la rodilla. Don Claudio salió parado, ya que siempre salía parado en las rodadas, aunque no practicara, que sepamos, la costumbre gaucha de untarse las articulaciones con grasa de gato. Los indios, a lo lejos, aullaron de alegre ferocidad. Don Claudio se sintió perdido, pero sólo por un instante y fue rápido en su decisión y sus movimientos: sacó el facón de tremendo filo (el mismo que una vez dividiera en mitades un gato al paso) y le cercenó al caído la pata quebrada, por el lugar del trauma, y también las otras tres, a la misma altura. Y montó de un salto y siguió galopando. .A pesar de que el tostado había perdido alzada y brazada, los overos fueron quedando atrás, y don Claudio terminó por dejar de oír los gritos, sin duda malas palabras en el idioma de ellos, que profesaban los indios.

Esta aventura (que es una de las que más recuerdan los fogones) tiene una importancia suplementaria, porque aquel petizo un tanto especial llegó a hacerse famoso: acompañó a don Claudio durante largos años y, sobre todo, se comportó como un valiente y un buen colorado (de opinión, claro, porque de pelo siguió siempre tostado) en varias patriadas. Y fue protagonista de otro cuento que los fogones no han olvidado:

Contaba don Claudio que cuando su tostadito patas cortadas (que por suerte era *entero* = sin castrar) se fue haciendo viejo, *dentró a pensar* que era un lástima no sacarle una cría que se le pareciera, o mejor que lo repitiera.

Genetista intuitivo y sospechador de la homocigosis, se procuró una yegua entrada en años y paridora y también tostada y alta, y tía materna y a la vez prima segunda o algo así del petizo.

Y puso a ambos en concubinato en un potrero chico y bajo, con mucho verde, dos

cañadas y buena sombra de sauces y álamos.

Pero como los equinos no saben hacer el amor más que de pie, sucedió algo muy previsible que él («de tan poco alarife que puede ser un cristiano, fíjese usted», decía) no había previsto: el aspirante a cónyuge macho carecía de la altura necesaria para cumplir eso que llaman el deber conyugal.

Observando -por discreción- desde lejos, don Claudio vio los requiebros prolongales y en seguida oyó débilmente los relinchos temblorosos (o los temblores relinchantes) de ambos, y vio luego las coces y los mordiscos, las coqueterías impacientes de la yegua, las reiteradas tentativas del tostadito... y sufrió como propios (casi) los humillantes fracasos.

«Habría que decirles que se acuesten en el pasto», pensó; pero sacudió la cabeza para desalojar esa idea absurda y dar lugar a otra mucho más viable que, decía, «me venía pidiendo cancha».

De acuerdo con ésta intervino con celestinaje muy práctico: abatió a faconazos

un álamo, cortó de él cuatro trozos y elevó el nivel del pretendiente con cuatro zancos «juertazos», bien atados a los muñones con su maneador de cuarenta yardas dividido en cuatro pedazos iguales.

Pasó entonces lo que tenía que pasar, y once meses y once días después la yegua agregó a la historia universal un potrillito que, al igual que todos los potrillitos del mundo, parecía subido en zancos, y que a los pocos días nomás se mostró el vivo retrato de su padre, como corresponde a la consanguinidad y, por otra parte, a la condición de hijo natural y, tal vez, a las dilaciones que había sufrido el acto de engendrarlo.

Don Claudio crió bien ese potrillito. Lo crió mansejón de abajo pero sin muchos mimos ni manoseos y sin atarlo ni palenquearlo hasta los tres años largos, cuando juzgó que ya tendría el cogote sazonado. Sabía domar con palabras y con palabras lo domó. Todas las tardes salía a dar una vueltita en él para irlo *costeando*.

Una tarde de un jueves de octubre ese módico paseo fue más largo que de costumbre, y hombre y bagual llegaron al potrerito donde éste había sido procreado. Don Claudio vio en su momento, sin reparar demasiado en ellos, cuatro álamos muy altos y muy juntos que no recordaba. Bagual y hombre marcharon al trote, pisando charquitos sobresaltados y gramillas húmedas, siguiendo sin justificación aparente los viboreos de la cañada falsa que desembocaba, por supuesto, en la otra de verdad. Las liebres en celo se perseguían en la ladera y el eterno viento de octubre traía, desde el lado hacia el que se inclinaba el sol, los reclamos de las torcazas y el grito de los avestruces machos que tanto añoraba Hudson en su destierro londinense. Desde las cimas de los cuatro álamos desconocidos descendió un relincho...

Los zancos hechos con el álamo verde se habían hundido en la tierra blanda del bajo y se habían convertido en árboles, y el tostadito patas cortadas había ido subiendo, subiendo... Y allá arriba estaba ahora,

gordo, reluciente, muy contento, relinchando de un modo saludador: saludando con alegría a su amo, o saludando con alegría a su hijo, o saludando con doble alegría, más probablemente, a los dos a la vez. «Fijese lo que son las cosas de la naturaleza de los arbolitos, para que vea usted, para que usted vea,⁽⁶⁾ terminaba el cuento don Claudio.

-¿Lo bajó, don Claudio? preguntaba casi siempre, en este final de cuento, alguno de los oyentes.

-No, ¿pa qué? -respondía el viejo. Ya había hecho aquí abajo todo lo que tenía que hacer, y allá en la punta de los árboles estaba de lo más bien. Fijese que estaba cerquita del sol, fijese que no lo alcanzaban las moscas ni los tábanos, fijese que cuando paraba de llover se secaba en seguidita... Bajarlo hubiera sido una maldá.

6. «Para que vea usted, par que usted vea» era la muletilla de don Claudio, el comodín de sus frases, sus palabras más famosas. Aun hoy, a más de veinte años de su muerte, muchos habitantes de este departamento repiten diariamente, estoy seguro: «Para que vea usted, dijo don Claudio González».

Se cuenta que cierta vez un muchachón se atrevió a remedarlo y repitió con insistencia la fórmula en las propias narices del viejo: éste, que no toleraba bromas y mucho menos irrespetos, lo derribó de un cachetazo y miró a los presentes y dijo:

-Para que vean todos.

-¿Y qué comía? -solía preguntar alguien.

-Los brotitos de los álamos, verdes, tiernitos, jugosos, solitos para él.

-¿Y cómo tomaba agua? -preguntó una vez mi amigo Atanacio.

-Pero muchacho... -contestó don Claudio con frase inconclusa, con desgano, como lamentando tener que responder a una pregunta tan chambona-, viviendo, como quien dice, de vecino de puerta de las nubes...

Estos son (abreviadísimos, pues es sabido que los relatos de don Claudio duraban horas y hasta días enteros) algunos de los episodios más populares de las novelas, o la novela-río, o la autobiografía fantástica, que aquel criollo analfabeto y poseído por la pasión de narrar fue elaborando incansablemente, y como cumpliendo con Alguien, a lo largo de sus años -a manera de otra vida superpuesta a su vida cotidiana de verdulero, carnicero, *timbero de alma*, mercachifle, buen vecino, cuidadoso padre de familia... Los escribí con agregados, arreglos y algunos trucos, y también con ciertos escarceos verbales por los que no pido disculpas sino otra cosa: que se los considere como *licencias*. He dejado para contar separadamente un episodio tal vez menos conocido que es, a mi juicio, el mejor; voy a permitirme aun más libertades y empiezo por titularlo -con título tomado de Hudson-:



EL CUENTO DE UN TORDILLO

Don Claudio González, un hombre cuyas dos pasiones -que a menudo ascendían a manías- fueron contar cuentos y timbear, fue capaz también de trabajar, y pudo referirse alguna vez, con autoridad y menosprecio, a los inútiles «que viven porque Dios no cobra pastoreo». Vendió verduras recorriendo en un carrito las calles del pueblo, instaló una carnicería, tuvo almacén o provisión... Y también fue mercachifle, o sea que poseyó un carro grande con el cual hacía giras por varias zonas de la campaña del departamento, vendiendo bombachas y camisas, tabaco, alpargatas, yerba y otros etcéteras.

A este carro lo tiraban tres caballos; de ellos, decía don Claudio, su gran caballo y a la vez su gran amigo era el de entrevaras, un tordillo negro que había ganado a la taba, de bagualito, en la estancia de un

francés, y que había bautizado «Indio». Un caballazo el Indio; grande como un rancho y manso como un sueño. Y el mejor de los compañeros, sin despreciar -repetía don Claudio.

El Indio, decía, nunca le fallaba, siempre le cumplía, siempre lo sacaba de apuros. Se empantanaba el carro, o metía una rueda en una zanja, o se atascaba, un suponer, en una cañada pedregosa... y él gritaba:

-¡INDIO!

y el Indio bajaba la cabeza, se juntaba sobre sí mismo, se afirmaba en sus patas como ñandubayses, pegaba el envión y salía adelante con el carro.. Los otros dos caballos, los zainitos laderos, sólo secundaban al Indio, que era su animal de confianza, el caballo más esforzado y gaucho que él conociera, el que verdaderamente aguantaba el cimbronazo de aquellas giras que duraban, ocasiones, hasta cerca de un mes.

Contaba don Claudio que volviendo una vez de una gira y cuando sólo le faltaba

legüita y media para llegar al pueblo, empezó a notar que el Indio venía triste y lerdando, que parecía venir enfermo. Detuvo el carro, se bajó, desprendió los caballos. El Indio, evidentemente, no estaba bien, y algo nuevo, a la vez empañado y humano, había en sus ojos comúnmente comparables a espejos. Don Claudio lo largó, para ver qué pasaba, y el caballo fue y se echó como un perro no lejos de uno de los alambrados que encallaban el camino. Don Claudio lo observó un buen rato y dio varias vueltas alrededor de él, preguntándose qué tendría su tordillo y diciéndose, como si recién lo descubriera, que había sido una verdadera chambonada de Dios no haber dotado a los caballos (por lo menos a algunos) del don de decir cosas. El Indio se quejaba en un estilo nada ostentoso, con quejidos viriles, y miraba de cuando en cuando al hombre con ojos que, aunque cambiados, seguían siendo grandes ojos mudos de caballo.

Esto ocurría una tarde (de verano) y la noche se les venía viniendo encima. Don

Claudio pensó la situación durante muchos minutos y decidió dejar al Indio. Tomó esta decisión muy a su pesar, con el sentimiento de hacer algo que no debía pero repitiéndose que no podía hacer otra cosa. Se cuadró casi como un milico frente al caballo echado y le dijo sin mover los labios:

-Mire, amigo Indio: yo me voy pero mañana temprano vuelvo. Estese tranquilo y descanse. Pa mí que usté ha comido algún yuyo, nomás; le calculo que pa mañana va a estar bien.

Prendió después los otros dos caballos y continuó su viaje, mientras el sol caía como lágrima de vieja en el rumbo de los Cerros de Ojosmín. No se confiaba mucho en lo que bastante piadosamente había dicho en cuanto a un yuyo indigesto; dudaba entre consultar al veterinario o plantearle el caso a alguna curandera. De lo que no dudaba era de que el nuevo sol lo vería al lado del caballo enfermo.

Pero llegó el hombre al pueblo y se encontró con que también su mujer estaba enferma, «enferma grave, grave de doctores;

tan gravísima que no se sabía pa quién era». El Indio era su gran caballo, su gran amigo y su mejor compañero, pero su mujer era su mujer, y los cristianos -sean cristianos o cristianas- tienen «la principalidá»: el nuevo día nació, giró y murió con don Claudio sentado casi permanentemente junto a la cama de la enferma. Y lo mismo sucedió con el día siguiente y con los treinta y tantos días que, uno tras de otro como botón de chaleco, se vinieron después. Don Claudio, por supuesto, no olvidaba al Indio, y mil y una veces se preguntó, con inquietud y remordimientos, qué habría sido de él.

En esos días un amigo de don Claudio acertó a pasar por el lugar donde había quedado el caballo. Posiblemente el Indio había muerto, y por ende estirado las patas, aquella noche que venía pisándole los talones a la tarde en que su amo lo abandonara. No es raro que la violencia calcinante de nuestros veranos reseque las osamentas; del Indio sólo quedaba el «estandarte», el esqueleto armado y recubierto por el

cuero: una especie de metáfora macabra del caballazo que había sido, algo semejante a un frangollado caballo de utilería. El amigo de don Claudio, bromista el hombre, tuvo la humorada de levantar aquel *jeroglífico de las postrimerías* de caballo y ponerlo sobre sus patas y dejarlo de pie, apoyado en el alambrado. Y cuando llegó al pueblo fue a visitar al viejo y a interesarse por la salud de la patrona, y le dijo:

-Por allá encontré a su caballo Indio.

-¡Ah, sí! -exclamó don Claudio-. ¿Dónde está?

-En el camino del medio, como a una legua del Paso de los Ahogados.

-Por allí mismito lo dejé. ¿Está bien?

-Está parado; paradito contra el alambrado.

-¡Qué bien! ¡Qué suerte! -prorrumpió don Claudio.

Y para festejar convidó a su amigo (sin tomar él) con una copa grande de anís casero.

Las palabras del bromista embotaron los remordimientos y aplacaron las inquie-

tudes de don Claudio. Pensó que el camino encallado tenía aún, o debía tener, pese al rigor del verano, orillas con buen pasto, recordó que a un par de cuadras del lugar que no olvidaba había un cañadón con agua barrosa pero permanente, se dijo que su caballo no se iría muy lejos, por puro manso y noble y por esa cachaza que tienen, de sueltos, los caballos afrisonados. Todo esto le tornó más llevaderas las horas largas y muy desgranadas en minutos que todavía debió vivir cuidando a su mujer, que felizmente había salido del pozo, como quien dice, y comenzaba a repechar la enfermedad. Lo que en ningún momento se le ocurrió siquiera sospechar fue que el tordillo ahora más blanco pudiera estar como estaba: hecho una pancarta de su propia muerte y de la muerte en general, espectral y estremecido por las brisas en las noches enormes, muy quieto y como esperando la nada en las mañanas y la tardes sin viento.

Llegó por fin el día en que el médico dio «el alta» a la enferma, y don Claudio se

abocó a reasumir sus incisiones de merca-chifle. «Voy a salir de gira la semana que viene», dijo ese mismo día a la convaleciente y a los vecinos y vecinas. «Esta gira la voy a empezar al revés», fue diciendo posteriormente. «Voy a salir por el Paso de los Ahogados y a doblar por el camino del medio», explicaba. Y continuaba a veces como pensando en voz alta: «Así levanto de entrada al Indio; debe estar gordo y descansado; tengo unas ganas bárbaras de verlo».

Salió el último lunes de febrero, por la mañana, y marchó despacio, porque los dos caballos eran poco para el carretón bien cargado. Un rato antes del mediodía estaba llegando al lugar que sabemos. Desde lejos alcanzó a divisar lo que creyó que era el Indio vivito y coleando. «¡Allá está!», exultó. Hizo chasquear el arreador en el aire y arengó a los caballos en un tono tal vez parecido a aquel que, dicen, usaba en sus macaneos tribunicios don Juan Zorri-lla de San Martín:

-Apuren, caballitos: en cuantito prenda al Indio ustedes van a ir como regalados.

«Regalados», repitió y siguió repitiendo, cantando cada vez más las cuatro sílabas, improvisando poco a poco una cancioncita con esa sola palabra y con música como de milonga. Después de tantos días y noches de mujer enferma, vecinos y vecinas (ellas, ¡ay!, principalmente), médicos, chismes y olores a remedios, a vahos de eucalipto, a fiebre, a tisanas... era feliz al retomar su soliloquio al aire libre, al reencontrar el campo antiguo y sin nadie y atorrando como un lagarto, los ruidos viejamente familiares del carro, el olor picante y efusivo de los caballos y, ahora, la alta silueta de su tordillo entrañable. Acompaña la cancioncita con continuos y rítmicos chasquidos del arreador, y los dos caballos apresuran la marcha.

Rueda más rápidamente el carro y don Claudio mira, mira, vuelve a mirar...: algo extraño va empezando a ver en la apostura del Indio. Deja de cantar y queda con la boca entreabierta. Se pone de pie en el pescante. Sus ojos tal vez no parpadean. El arreador no suena en el aire sino en las

ancas de los pobres zainitos. Corre, casi, el carro... Don Claudio cierra y abre los ojos. «¡No!» Cierra y abre de nuevo los ojos. «Sí...» Se deja caer en el asiento, que es una tabla y un cojinillo (de oveja negra) doblado. Enmudece el arreador, y los caballos comienzan a aflojar el tren de marcha. Recuerda don Claudio, como si mirara un retrato, la cara de su amigo -¿amigo?- en el momento de decirle «paradito contra el alambrado». «Hijo de puta», masculla. «Sotreta». «A mí no se me hace eso». Los zainitos a esta altura, sólo tranquean. No se sabe si don Claudio detiene el carro o si éste se detiene por sí solo o por voluntad de los caballos.

El viejo desciende con alguna dificultad del pescante y sigue avanzando a pie, lentamente. Lágrimas de pena y de rabia le queman las mejillas. Caminando como si entrara a un recinto desconocido y un tanto oprimente, se acerca a su ex-tordillo, al fantasmón que se muestra granguíñolesco bajo el rotundo sol de la hora sin som-

bras. El Indio lo mira con el hueco o la ausencia de un ojo y le sonríe con la doble hilera de larguísimos dientes amarillos que emergen de sus bellos podridos. Don Claudio se siente muy triste, muy mal. Lloro de pena y de piedad. Se culpa. Tiene una convulsión muy rara. Piensa de cierta manera nebulosa que su caballo y amigo ha muerto terriblemente solitario; no solamente solo, como todo bicho y todo hombre, sino también en soledad. Este borrador de pensamiento o lo que sea le produce otra convulsión; y en una emisión de voz totalmente involuntaria pronuncia:

-¡INDIO!

Es muy probable que haya pronunciado estas dos sílabas con una voz semejante a -o por lo menos confundible con- aquella con que las pronunciaba cuando llamaba a su caballazo a un esfuerzo grande, a veces a un esfuerzo supremo, para sacar el carro de un barrial, de una zanja traicionera, de una cañada tramposa... Lo cierto es que el ex-caballo se movió, bajó la cabeza, se

juntó sobre sí mismo, pretendió afirmar sus patas imposibles, intentó el envión... y fue entonces que se desarmó, crujendo, y se derrumbó sonoramente y quedó convertido en un montón chico, asombrosamente chico, de huesos silenciosos, de pobres huesos malenvueltos en el cuero seco, roto y blanqueado por los soles.

EL REGRESO DE ODISEO GONZÁLEZ

En una de las batallas o entreveros de nuestras guerras civiles, un hombre llamado Ranulfo González cayó malherido de bala. El bando al que Ranulfo pertenecía era el ocasionalmente derrotado, y nuestro hombre, temiendo la degollatina, permaneció haciéndose el muerto bajo el sol y las moscas de la tarde joven y al lado de dos muertos de verdad. Los dolores no eran intolerables pero la sed lo torturaba. No movió una pestaña cuando lo cachearon y le quitaron el cinto, las botas y las armas. Tal vez no sintió entonces mucho miedo, porque el miedo es casi siempre una cosa que viene después. Con la esquina de un ojo alcanzó a ver que le llevaban el moro ensillado y también cómo le desnucaban el perrito overo de un talerazo. La tarde se le hizo larguísima, como si algo o alguien se entretuviera en ir sofrenando el sol. En la

noche, por suerte de luna grande y duradera, se levantó de entre los muertos y caminó a duras penas hasta un arroyo no lejano. Y hacia la madrugada llegó, arrastrándose, a la estancia de un vasco muy gordo, muy bueno y mentadamente bruto.

Este vasco (mentado también por su costumbre de desayunar toda una olla de mazamorra con leche) se declaraba neutral y decía sin mentira: «Yo en riñas y pujas de orientales no me meto», pero simpatizaba secretamente -mucho- con la divisa a cuyo servicio Ranulfo había *despiado* su caballo en semanas de andanzas y combatido una mañana. Vendó al herido, lo ocultó en una de las habitaciones reservadas a las mujeres y, después de alimentarlo bien durante varios días, lo anestesió con un litro de caña de La Habana y le *llamó* con una aguja colchonera dos de los tres plomos que tenía alojados en las caderas. De ahí en adelante, con la ayuda de una china de pocas carnes (*charcona* diría un nativista; *belle maigre*, un francés) y movimientos hombrunos y

del yuyo denominado *carnicera*, lo fue curando de a poco.

A los cinco meses, más o menos, Ranulfo caminaba sin demasiadas dificultades, pese a la bala no extraída; a los siete meses, siempre más o menos, podía montar en el petizo piquetero -para vueltas cortonas- y hacía casi cuatro que dormía con la china de cuerpo estricto que tranqueaba como un hombre y trabajaba como dos y equivalía en la cama a por lo menos tres mujeres. (*Es mismamente una yegua con colmillos*, se decía Ranulfo con sonrisa admirativa.) Mientras tanto, uno de esos pactos de caballeros que nunca se cumplen había puesto a la guerra un punto final que valía sólo lo que un punto y aparte.

Ranulfo no olvidaba su mujer y sus hijos (dos machitos chicos) pero tampoco se planteaba abandonar los dominios del famoso devorador de mazamorra. Vivía con el sosegado deslumbramiento de lo que era, un convaleciente, y días de un tiempo liso y sin numerar -ese tiempo de estancia en que se ve crecer los paraísos del guardapa-

tio y que prestidigita un ternero mamón en un novillo adulto- giraban sobre él. Sus noches alternaban horas de dormir profundo con tempestades de hembra, y muy a menudo sus despertares lánguidos acusaban los estragos de aquello que, según la aseveración campesina, viene siendo el único animal con pelo, sacado el chanco, que come echado. Pensaba, sí, volver donde su familia; pero tal como había pensado, de muchachito, hacer determinadas cosas cuando fuera grande. No es que se hubiera aquerenciado desmedidamente en aquella estancia vasco-cimarrona o que lo amarraran a mágicas estacas los vellos del pubis de la china hombruna (dicen los que saben que uno solo de los vellos secretos de una mujer puede atar más que siete coyundas); ocurría, simplemente, que el rancherío donde había levantado su rancho distaba varias jornadas de trote y galope, que no tenía un caballo y un recado ni modo inmediato de conseguirlos, que era hombre sin apuros y de los que heredaban del alma gaucha -de algún senequismo que tal vez

subyacía en ella- la sabiduría de no embretarse en problemas sin salida... Cuando se sintió apto para trabajar, propuso al vasco que lo conchabara de peón, hasta resarcirle los gastos ocasionados y juntar luego los patacones necesarios para comprarse un recado y un bagual.

-Bueno; sí, sí -aceptó de inmediato el vasco.

Y le fijó un sueldo muy rabón, de negro chico, pero le dijo que empezara por trabajos livianos y que él le regalaría el bagual y también el cuchillo que le había prestado y dos cueros grandes para guascas.

Más de dos años después de la mañana en que partiera para la guerra, y a los dos años casi juntos del mediodía en que fuera herido, Ranulfo González cabalgaba -una tarde comparable a una sandía madura- la última etapa del viaje de regreso a sus lares. Hay sin duda algo que misteriosamente relaciona la sangre y el alma de un hombre con lo que se llama el *pago* (palabra que alude no sólo al paisaje sino también al

calor humano y que C.A. Leumann, con error, supone en desuso); de algún modo sentía esa relación, como una bienquerencia indefinida y vasta, el guerrero que volvía no de destruir una ciudad de altivas mura-las sino de bañar ovejas, no de la morada de una ninfa augusta, deidad entre las deidades e hija del musculoso Atlante, sino de la cama de una china ninfómana y sin pedigré paterno. Había partido, animosa, en un moro arrosillado y un basto porteño; regresaba, tranquilo, en un tordillo cabos negros y un incómodo recado entrerriano de dos cabezadas. Sabemos que no había andado «viendo muchas ciudades y cos-tumbres sin cuento conociendo», pero ha-bía comprobado lo que es hacer el amor por obligación y había aprendido del vasco a acertarle el punto al pirón de fariña y a la mazamorra hervida, y también a moldear quesos grandes como la luna, y traía en la cavidad pelviana una bala que bastante lo incordiaba cuando comenzaba a bajar la presión atmosférica -confiriéndole, como en compensación, el privilegio de profetizar

las lluvias y aun la duración de los temporales-, y era el amo de un perro que no era viejo y que no lo estaba esperando para morir junto a él, en una escena de patetismo tal vez un poco excesivo, sino que trotaba casi entre las patas del tordillo y se mostraba muy parecido (al fin de cuentas venía a ser el mismo, porque los perros se repiten y se nos repiten) al que en una tarde de triste recuerdo le desnucaran de un talerazo por purita crueldad.

La Itaca de este Odiseo criollo y ecuestre era uno de aquellos rancheríos sobreabundantes en niños y fauna indígena domesticada que mi lector conocerá si alguna vez leyó «La tierra purpúrea»; su Penélope, una parda clara de *cuerpo'e guitarra*, olor a humo de invierno y buen sudor, andares pachorrientos, *boca'e riñón*... A unas pocas cuadras de aquel rancherío se dilataba un cañadón que no carecía de gramilla muelle y de árboles rumorosos, ricos en pájaros cantores, y en cuyas aguas límpidas vivían siempre como en una fiesta asombrosamente silenciosa- miles de mojarras locas,

o que se hacían las locas, con las que se entreveraban de cuando en cuando otros pequeños peces más serios o más tristes, que parecían coloreados por un decorador de paciencia de preso y prodigiosa inventiva. En este cañadón convencionalmente bucólico, verdaderamente eglógico, una mulata flaca y vieja y vestida de negro -culo para arriba en la barranca- lavaba ropa. El perrito overo ladró varias veces y la vieja levantó la cabeza y miró acercarse a Ranulfo con cara de espanto.

-Güenas, doña -saludó Ranulfo a su suegra-. ¡Callesé, carajo! -gritó al perro.

-¿Vos no estás muerto? -preguntó la vieja con mieda, arrodillada en la barranca.

-Las ánimas no salen tan temprano -bromeó Ranulfo, sujetando el caballo y señalando el sol aún alto de la plena tarde otoñal-. Todavía ando enterito del lau de arriba'e la tierra -agregó, desmontando.

La vieja se puso de pie con esfuerzo visible y lo miró estudiosamente, y dijo:

-Dijieron que te habían dijunteau en Tacuarembó.

-¿Quiénes dijeron?

-Y... tuitos.

-Se les jue la lengua; me hirieron fiero, sí.

-Perdieron la guerra, ¿verdad?

-No sé; creo que la empardamos. ¿Y la Felipa y los gurises?

La vieja no contestó; se pasó la mano por sus motas encanecidas y dijo:

-Pa mí que nunca se gana una guerra. Yo anduve en dos; en las dos m'empreñaron.

-Ya sé -dijo Ranulfo.

-En la última que anduve jue que un dotor de la ciudá, le calculo que jue él, me hizo a la Felipa.

-Eso me lo ha conta sinfinidá de veces. ¿Cómo están la Felipa y los gurises?

-Bien; todos bien. Pero...

La vacilación de la vieja fue tan elocuente que Ranulfo preguntó casi adivinando la respuesta:

-¿Pero qué?

-Güeno...

-Diga, nomás.

-Que la Felipa no está sola.

-¡Ahjá!

-Vos estabas muerto...

-Sí, claro... Yo estaba muerto -murmuró Ranulfo.

Y, volviéndose, se puso a orinar contra el tronco de un sarandí.

Suegra y yerno siempre se habían entendido no como es usual sino como es debido; el diálogo continuó en un tono amistoso que se hizo ligeramente cómplice. La vieja, temiendo violencias inútiles, repitió más de una vez: «Vos estabas muerto». Ranulfo se enteró (aparte de cosas laterales, como, por ejemplo, que el rancho tenía sobrequincha nueva y el casumbre reembarrado, que la Felipa no estaba parida y, casi con seguridad, tampoco preñada, que su hijo mayor ya era muy de a caballo, que Manuel Flores había matado a José Díaz por cuestión de una falta envido, que su hijo más chico se pasaba el día judiando todo bicho viviente y boleando gallinas con boleadoras de marlos, etc) de que el hombre que ocupaba su lugar era un lejano parien-

te suyo, también González de apellido y de nombre Timoteo. La vieja opinó y volvió a opinar que la situación era difícil y que requería «un ojo como pa distinguir la piola del piojo». Ranulfo, lentamente y canturreando relaciones de pericón, desensilló el cabos negros y le lavó, bien, el lomo; después, siempre canturreando, hizo una estaca y la clavó en el suelo más allá de los árboles y ató en ella -largo, con el maneador- al caballo impacientemente hambriento; después, ahora callado, se sentó en la barranca y salivó tres veces, en parábola, en el agua cristalina; después se encaró a su suegra y le dijo que la Felipa tendría que elegir y que él iba a acampar allí para darle tiempo.

-Ta muy bien -aprobó la vieja.

-Vaya y digalé que'stoy vivo -dejó salir el Odiseo criollo del cerco de sus dientes-. Si ella quiere que güelva al rancho, güelvo; si no, me voy del todo... Venga mañana a decirme qué tengo que hacer; la espero aquí... Mandemé con alguno un asadito pa esta noche, si puede... y sal; yerba tengo.

-Sos un hombre macho, m'hijo -elogió la vieja. Y agregó:- Sacame del agua esa ropa, hacé el favor, y amontonamelá pa mañana.

Y partió al trote de cuzco friolento que era su modo de andar.

Cuando la aurora de rosados dedos, hija de la mañana, anunció el día (así traduce a Homero don Federico Baráibar), nuestro González -que había dormido bien- estaba tomando mate en el cañadón convencionalmente bucólico, cuyos árboles cantaban el despertar de los pájaros. Tomando mate y enredado en pensamientos seguía, como si poseyera el tiempo sin muertes de los dioses, cuando el sol (prosi-gue la yunta del griego y el tal vez gallego) subió cuarta carrera en el cielo de bronce, para dar gratas luces a los inmortales y a los hombres. Únicamente alguno de éstos no llamados a morir, o un escrito erigido con inmodestia mauriaciana en el Dios de sus criaturas, podría informarnos pun-

tualmente sobre la naturaleza de los tales pensamientos; a mí, ser mortal y -por lo menos esta noche- escritor humilde, sólo me queda el campo con tembladerales del verbo suponer. Pero las conjeturas bien rumbeadas no parecen, aquí, demasiado difíciles: digamos que Ranulfo González estaba pensando en su situación de Odiseo González, con alguna confusión hija de su incapacidad para pensar cosas no del todo concretas y con total desconocimiento de la historia narrada por Homero o los Homeros. Repensaba, digamos, la conducta que había asumido casi sin pensar y que había merecido -eso era importante- la aprobación muy sincera de su suegra. Ignorando quién fuera Penélope, meditaba mate en mano, sigamos suponiendo, en la obligación que tiene o tal vez no tiene toda mujer de comportarse como ella (ignorando como por añadidura, claro está, insinuaciones un tanto condenatorias de Telémaco con respecto a su madre y también, es más que obvio, las malevolencias que escribiría, años

después de la época de mi cuento, el suizo doctor Karl Mahyi, en un estudio psicoanalítico de los tejemanejes de la reina con los ciento ocho pretendientes y la tela siempre inconclusa). Y seguramente meditaba asimismo en la obligación que tiene o tal vez no tiene un hombre en ciertos casos, un hombre como él en un caso como el suyo, de coser a puñaladas o perdonar sin decir palabra. De estas meditaciones o esta única meditación quizá demasiado frondosa para una mente desentrenada, lo sacó el ladrido del perrito overo: la mulata vieja trotaba hacia él su trotecito de cuzco friolento.

-¿Durmió bien, m'hijo? -preguntó la vieja a modo de saludo.

-Güenas. Sí; como un jefe.

-Lindo día.

-No lo he mirau bien. ¿Quiere un mate?

-Dame.

Ranulfo, silenciosamente, la miró sorber. Después del primer sorbo de la infusión que los jesuitas misioneros juzgaron

afrodisíaca y bautizaron «diabólica» (más o menos hipócritamente apuntaban errado: a don Diablo lo tenían ellos en el cuerpo, y era la rijosidad moro-godo-judía entrada en erupción ante la semidesnudez sin malicia de las indiecitas de glúteos carnosos y tetas de media naranja puntudas como limones), la vieja pronunció:

-La Felipa t'espera.

-Ahjáaa -dejó escapar Ranulfo sin abrir la boca.

-Dijo que vos estabas primero y que sos el padre 'e los gurises... Timoteo entendió y se fue manso.

-Mejor ansina.

-La vida es la vida -masculló la vieja.

E hizo con su boca desdentada, casi con el envés de sus labios, dos o tres enérgicas morisquetas que a Ranulfo le recordaron, no sin un principio de escándalo, las guiñadas en rosado que hacen las yeguas con la vulva cuando están terminando de mear. Aquella frase y esas morisquetas expresaban a la manera de la vieja,

sin duda alguna exactamente lo mismo que la famosa fórmula: «La vida es un cuento contado por un idiota, etc.».

La vida es la vida -repitió Ranulfo, pero se le notó que no estaba del todo de acuerdo con su suegra y con Shakespeare-. Pa que el mundo sea mundo, doña...

-No digás eso -lo interrumpió con desaprobación la vieja-; hace rato que el mundo anda más atravesau que prosiada'e gringo bozal. ¿Ande me dejaste la ropa?

-Allá -dijo Ranulfo, y tendió la mano para señalar y, de paso, para que doña María Silva le devolviera el mate.

Trotando resignadamente hacia el montón de ropas, doña María Silva (*mulata vieja viuda de varios maridos y madre de hijos pardos y bayos, violada apenas púber -en una tapera que olía a comadreja- por un comisario y siete milicos, sobrevivientes de la viruela negra y reidora a veces con la risa relampagueante y corpórea de su abuela africana, garroteada una noche hasta el*

borde de la muerte por un mulato más oscuro que ella al que el vino carlón ponía en trance de furia homicida, presente una tarde en una yerra en que hombres borrachos castraron primero y marcaron luego con los hierros al rojo a un tapecito huérfano, odia-dora instintiva de los uniformes policiales y siempre del lado de los matreros y los contrabandistas, amancebada una vez por pocos días con un irlandés huesudo cuya barba color fuego prácticamente la encandiló, maestra en alivianar el hojaldre de los pasteles y comadrona obligada en más de una ocasión, testigo de mil atropellos y ladronerías de los estancieros y de mil rapacerías de los pulperos, testigo y con frecuencia también víctima de ese satanismo al menudeo de los viejos, esas crueldades y avaricias chiquitas que tal vez sean como virutas del miedo a la tumba con fecha próxima... mulata vieja que había visto hombres partidos como astillas de leña por los rayos, y hombres ahogados que los amigos rastreaban y sacaban del agua con horqui-

llas de bañar ovejas, que había visto niños acogotados por la difteria y mujeres muriendo con el hijo muerto atracado en los ilíacos, y gurises que estrenaban y ejercitaban el sadismo pinchando con leznas los ojos de lagartos y gatos molidos a palos pero todavía vivos, y antiguos troperos de hacienda chúcara y domadores de caballos durando a mate y galleta en los ranchos más miserables de los rancheríos, y parturientas que se desangraban hasta el final mientras el recién nacido lloraba de hambre, y a Demetrio Alfaro -bueno entre los buenos, el pobre- con el espinazo quebrado por la boleada de un bagual que parecía mansejón... criolla veterana de madrugadas donde hombres con sueño y que no se atrevían a matar de noche esperaban las primeras luces para degollar o fusilar prisioneros, veterana de vigilar infinitas ollas de puchero a las que siempre les faltaba algo, veterana de cuidar infinitas parrillas donde las vacas y las ovejas hechas pedazos -como estafadas a la unidad esencia de la muerte- lloraban gotas de

grasa que ardían y crepitaban con júbilos de todos modos macabros, veterana de dolencias, menstruaciones agrias, machos y soledades y de tantísimos días de lluvia en que el alma, se diría, se hacía cuerpo de bestia cansada y se cubría de un sudor mohoso, veterana de incontables noches de velorio con sus respectivos amaneceres donde la luz crecía como una planta sigilosa también parienta del muerto, veterano, en fin, de ella misma, de haber ido desde mulatita en flor a vieja casi escuálida en el pequeño mundo que le tocara en suerte, en la trastienda redomona de nuestra historia patria) murmuró para sí una frase, una sola frase. Fue aquélla una frase donde expresaba, en síntesis portentosa, su cosmogonía personal, su filosofema del origen del mundo y de la marcha de las cosas que en el mundo son; una frase que ofrece una solución tan admirable como sencilla del problema del mal y el infortunio (el tremebundo problema de la coexistencia de Dios con lo que hace de este mundo un infierno con mínus-

cula -el famoso *valle de lágrimas* de cierta plañidera oración a María- y de la vida humana una cadena de cosas para putear -una lucha siempre en derrota que la convierte en una especie de historia natural del dolor, según Schopenhauer-, interrumpida de cuando en cuando por dichas y gozos que son como arrugas en el agua o coitos de gorriones y, vuelta a vuelta, por otras cosas que son como para ladrar al Cielo con el ánimo de quien furiosamente escupe); una frase donde es perceptible, además, un cierto redencionismo de raíz hebraica (ese que alienta desde el Antiguo Testamento a Carlitos Marx) o por lo menos, más modestamente, un optimismo de puta pobre, una vaga promesa de que algún día (cuando en Dios terminen los trabajos de metabolización y eliminación del alcohol a cargo de Su hígado, Su estómago, Sus riñones, etc.) este mundo de mierda y esta vida mierdosa podrán conocer tiempos mejores; una frase cuya exaltación o dogma licenciaria a los teólogos de la tarea de balbucear bobadas

acerca de la inescrutabilidad de los designios divinos y, sobre todo, los exoneraría de tener que perseverar profesionalmente en viejas porquerías calumniosas, como esa especie de metafísica del defecto de fábrica que viene a ser el Pecado Original, o los absolvería de la necesidad y el horror de soñar despiertos pesadillas como Satán, o el principio de las Tinieblas, o el Dios que se delega y degrada en amanuenses de alma podrida...; una breve frase que tal vez los maniqueos -y quizá también William Blake- hubieran aprobado sin demasiados remilgos; una brevísima frase que hubiera hecho palidecer, es más que probable, al truculento y asustadizo León Bloy y que, es casi seguro, hubiera sido rechazada con desdén por el señorcito pluralmente satisfecho y somáticamente adulón que fue Leibniz; una frase de neto cuño gnóstico que, no lo dudemos, el apasionado Basíledes (aquella poderosa mente alejandrina que los Padres Apologistas refutan a insultos) hubiera acogido con mucho respeto y

tal vez envidiado, y lo mismo aquel Carpócrates, del que poco sabemos, y también aquella terrible Marcelina, de la que sabemos aun menos y que es el único ejemplo, que yo conozca, de que la teología puede no ser sólo empresa de hombres (de varones varoniles y, quizá preferentemente, de impotentes y de maricones más o menos reprimidos) sino también de mujeres muy aptas para perder el alma pecando con ellas; una frase que fue ésta:

-Dios hizo al mundo y se mamó pa festejar y entuavía no se le ha pasau el pedo.

En seguida de murmurar su espléndido apotegma (y sin la menor conciencia, por supuesto, de lo mucho que había dicho o querido decir en tan pocas y comunes palabras) doña María Silva, lavandera profesional en su vejez, recogió las ropas amontonadas en la víspera por Ranulfo y se encaminó hacia la barranca donde -siguiendo casi con su anca descarnada, como

un girasol francamente heterodoxo, la despaciosa carrera del sol- esperaba la muerte un día sí y otro también, lavando mientras tanto mugres ajenas.

Ranulfo tomó unos mates más y ensilló despacio el tordillo y regresó a su rancho como si hubiera salido de él esa misma mañana.

Y todo volvió a ser como antes de la guerra.



LA ESCOBA DE LA BRUJA

Para contar cierto tipo de historias hay que hacer algo muy parecido a cabalgar en la escoba de una bruja. Empiezo, escoba mediante, con un duelo a cuchillo que ocurrió allá por mil ochocientos setenta y tantos.

Tuvo lugar aquel duelo en el potrerito de soltar caballos que poseía el comercio (también posta de diligencias) de un pulpero español, no lejos de donde el arroyo Porongos desemboca en el río Yí.

Los duelistas fueron un tropero llamado Miguel Yuste y un cuidador y vareador de parejeros cuyo apellido era Paredes y cuyo nombre se ha olvidado. Miguel Yuste era alto y corpulento y entrado en años; Paredes, todavía joven, era chico y enjuto como corresponde a un vareador.

Unos quince o veinte mirones presenciaron las alternativas de la pelea. Todos,

como es natural, se mantuvieron a una respetuosa distancia. Entre ellos había res hijos -ya mozos de barbas cerradas- de Miguel Yuste. La muy sabia esgrima de éste compensaba la mayor movilidad del vareador. Como para compensar a su vez las diferentes longitudes de los brazos, el cuchillo del hombre chico era más largo que el del corpulento tropero. Ambos contendores se cortaron varias veces, más o menos levemente; ambos evitaban en lo posible quedar de cara al sol de aquélla tarde dominguera y primaveral; más que al acero enemigo, ambos miraban la cara -los ojos, sobre todo- del adversario. En duelos tan parejos es siempre un error lo que provoca el desenlace y eso fue lo que sucedió: un paso en falso de Yuste, un ágil salto hacia adelante del vareador, una estocada profunda en el pecho del hombre grande. Este, retrocedió y abrió los brazos y giró sobre sí mismo. El otro volvió a saltar hacia adelante pero sofrenó el movimiento de tenderse en otra cuchillada, quizá porque no quiso herir por la espalda o porque no tuvo alma

para hacerlo. Miguel Yuste, tras un vómito de sangre, cayó de cara al pasto.

Paredes miró a su alrededor con ojos que tuvieron algo de ojos de convaleciente o, mejor, de sorprendidos ojos de niño. Durante un instante -un instante detenido, como colgado del cielo- los mirones permanecieron inmóviles. Varios de ellos (tal vez los más viejos, sin duda hombres *costeados* en el trance de ver morir humanos) se aproximaron después, de prisa pero no corriendo, al moribundo o ya difunto. El matador (vale decir, el duelista que se había *desgraciado*) dejó caer el cuchillo y se encaminó -cabizbajo ahora, ensangrentado y perdiendo sangre, tambaleándose un poco- hacia un bebedero que había en un ángulo del potrerito. Fue entonces que los dos hijos mayores de Yustem, cuchillo en mano, corrieron hacia él. Pero el tercer hijo -Juan Pablo, tan alto y fuerte como su padre- corrió a la par de ellos y se interpuso y los detuvo a talerazos, gritándoles, además de insultos, que el pobre finado había sido muerto en buena ley. Su acción dio tiempo

a otros hombres a intervenir, y así se salvó Paredes de una muerte segura.

Todos los presentes (todos menos el pulpero godo, cuya opinión fue desestimada) prefirieron no avisar al teniente alcalde y no dar pie a que la policía metiera el hocico. Cinco o seis hombres recogieron el cadáver y lo depositaron a la sombra, al borde de un grupo de árboles. Paredes, a quien curaron con caña y vendaron mal que bien, escogió un excelente caballo y se perdió en el monte de Porongos, rumbo al norte o sea los grandes montes del Yí. Como si los talerazos y los insultos de minutos antes no hubieran sido, los hijos de Yuste se sentaron los tres muy juntos, en el suelo y a corta distancia del yacente; no hablaban con nadie y no se hablaban entre ellos. El pulpero, sin duda para enfatizar su discrepancia y su no injerencia, clausuró con trancas la puerta de la pulpería. Tres comedidos bien montados enlazarón una vaca y volvieron con el cuero, las achuras, los costillares y los asados de las paletas y los cuartos. Ya era el atardecer.

El velorio se realizó al aire libre, bajo los árboles. Los hombres colocaron dos caballetes de desensillar y sobre ellos varias tablas y encima el cuero de la vaca recién sacrificada y encima el cuerpo de Miguel Yuste. Hubo más que suficiente leña seca para el fogón, que ubicaron viento-arriba para que el humo respetara el muerto; hubo candiles improvisados con nidos de horneros, grasa de riñonada y jirones de bajeras. De algún lado salieron calderas de lata, mates, cueros de gato conteniendo yerba, una reja que sirvió de parrilla y asadores hechos con alambres. Pese a la actitud casi hostil del pulpero, no faltó caña para asentar el mate y, después, vino carlón para regar las achuras y, luego, más vino para empujar la carne asada. Cara al cielo de la noche semitoldada y templada, el muerto presidía -de una manera de dos vertientes, a la vez cercana y remota- aquel avatar criollo de los banquetes fúnebres de la antigüedad. El fogón fue durante toda la noche, sin razón o causa explicable, muy grande, muy sobrealimentado. Los herma-

nos Yuste matearon y bebieron caña como todos, pero recién probaron algunos bocados y bebieron algunos sorbos de vino cuando ya cantaban el chingolo y otros pájaros del alba; de los tres Juan Pablo parecía el más cerrado y hosco, el más en intimidad con la hora que estaban viviendo. En determinado momento hubo que sujetar y apaciguar un borracho, uno de esos *mala-bebida* que nunca faltan. Tampoco faltaron perros inquietos y aulladores, y no muy lejos, la noche entera, se desgañitaron unas cuantas lechuzas. Allá a las cansadas salió la luna: un claudicante «pedazo de luna elevándose como por compromiso entre pequeñas nubes sucias». Todo velorio ahonda la noche, y en cualquiera -aunque el techo sea el cielo entre árboles bajos que no lo tapan- la luz del nuevo día es siempre algo un tanto increíble, algo que adviene por sorpresa, algo cuya presencia comienza pareciendo una intrusión...

El lugar para el entierro *a campo* estuvo bien elegido: un escondido lugar donde el

Porongos, en una de sus vueltas, deja una meseta alta, pedregosa, con algunos árboles, a salvo de las crecientes, de difícil acceso para el ganado... El cortejo partió temprano, con el primer sol; llevaban el cadáver en vuelto en el cuero y terciado y atado sobre el ancho lomo de un trotón de diligencias. Los hermanos Yuste cabalgaban inmediatamente detrás del manso caballazo negro, que un pardo muy amigo del finado conducía del cabestro. Más atrás iban los demás jinetes, ordenados casi por orden decreciente de edad. Dos de los más jóvenes llevaban una pala cada uno; otro, un pico. Aunque más bien corto, el viaje al paso se hizo bastante largo, y fueron varios los jinetes que dormitaron durante algunos trechos. No era aquella lo que suele llamarse una mañana gloriosa: había un cielo de no muchas nubes pero de todos modos un aire de tormenta, había un viento suave y rastrero que acercaba, por momentos, como rachas del olor pútrido y quieto de los bañados. La tierra balastosa y las piedras rojizas incrustadas en ella hicieron sudar a

quienes, bajo un sol que ya mucho picaba, se turnaron para cavar la sepultura. Tábanos y moscas de monte zumbaban alrededor del grupo de hombres atareados en el acto, tan viejo y tan renovado cada vez, de inhumar un hombre. Algunos benteveos no visibles gritaban con alarma y un casal de calandrias silenciosas curioseaba desde el árbol más cercano. .con el cuidado que Dios manda, cuatro voluntarios descendieron a la hoya el cadáver envuelto en el cuero. Todos dejaron que fueran los tres hermanos quienes volvieran la tierra a su lugar, luego de besar los primeros terrones; fueron asimismo los hermanos, ellos solos, los que dispusieron finalmente un montón de piedras sobre la tierra removida. A modo de punto final, Juan Pablo cortó dos palos de un algarrobo e hizo con ellos una cruz y la clavó en el túmulo.

Transcurrieron años, muchos años: miles de días hechos de horas lentas y miles de noches rendidas al sueño; días y noches como amontonados luego en pequeñas gavillas de tiempo muerto, como

juntados, confundidos y abreviados al fin de cuentas en fenecidos años iguales o casi iguales y asombrosamente fugaces... En todos esos muchos años no sucedió en el pago nada fuera de lo común o lo previsible, no ocurrieron cosas para singularmente recordar y rescatar -salvo que se consideren como tales las eventuales caídas desde las nubes de grandes mangas de langostas, la epidemia de moquillo que un verano diezmó las caballadas, la sequía que duró casi tanto como la preñez de una yegua, los ecos y algún coletazo de dos populosas matrereadas que después se llamaron guerras civiles... A lo largo de esos años se fueron muriendo los hombres que cierta tarde de primavera habían estado domin-gueando en cierta pulpería, y la plural, compartida memoria del duelo, el velorio y el entierro fue como perdiendo puntos de apoyo con el deceso de cada uno, fue como hundiéndose de a pedazos en un olvido de algún modo emparentado con las piedras, las raíces del pasto, la redonda indiferencia del cielo, el no-recuerdo del tiempo sin

YS AF UE

pasado que fluye mentirosamente en los arroyos... Durante esos muchos años hubo cambios visibles en aquella patria chica: surgieron como por sí solas largas líneas de alambrado, crecieron geométricas plantaciones de eucaliptos que dieron al paisaje una verticalidad que no tenía, numerosas poblaciones de estancias de poco campo fueron abandonadas y descaecieron a taperas, se levantaron azoteas y casas de media-agua en cuchillas donde ni un árbol había o en sustitución de los viejos ranchos...

Durante todos estos años nada se supo de Paredes ni de los hijos mayores de Miguel Yuste. Estos, pocos días después de la muerte del padre, salieron con tropa hacia el sur y no regresaron; en cuanto al vareador, era lo mismo que si se lo hubiese tragado la tierra.

El menor de los Yuste, en cambio, siguió viviendo en el pago. Juan Pablo fue balsero en el Yí, esquilador, ocasionalmente alambrador, posteriormente puestero. Era reconcentrado y tranquilo: un buen

vecino bien instalado, podría decirse, en el mundo elemental y firme (aunque acechado por una abigarrada bandada de supersticiones) de quienes poblaban por aquellos años nuestra campaña. Llegó a la madurez sin sospechar que estaba esperándolo, secreta en un futuro no lejano, una noche única y signada: la noche en que... bueno, mi escoba se niega a adelantar *la tardanza de lo que esta por venir*. Era infaltable en los velorios y los entierros, a los que concurría (mi escoba y yo damos fe) movido por confusos sentimientos de solidaridad con el muerto y como en un mano a mano consigo mismo en el coto privado, por decirlo así, de cierta mala conciencia de sobrevivir, de interrogaciones tan mudas como resignadas, de una piedad muy verdadera... Yo, desde mi escoba, puedo aportar además un hecho no conocido por nadie y que, no cabe dudarlo, tenía mucho que ver con él: de tiempo en tiempo aparecía enderezada o restaurada una cruz de palo en un rincón del Porongos.

Una mañana llegó al escenario de mi historia un viejo descarnado, visiblemente terminándose. Era Paredes y venía a morir en su terruño. Se quedó cómo *agregado* en una estancia cuyo capataz era uno de sus hermanos. Ya nadie hablaba de duelo prescripto también en el recuerdo, y él, al parecer, puso cuidado y pudor en no decir una palabra que lo aludiera. Sin ninguna muestra de interés especial, escuchó lo que su hermano alguna vez le dijo a propósito de que Juan Pablo Yuste vivía a dos leguas escasas; poco o nada le significó, se diría, oír nombrar al hombre que treinta y tantos años atrás lo había salvado de quién sabe cuántas puñaladas; en realidad,[†] nunca pudo saberse en qué medida memorizaba los sucesos del día en que había matado o tenido que matar. Pasaba la mayor parte de su tiempo sentado debajo de unos paraísos, tomando incontables mates y mirando el suelo o sus alpargatas, o el humear del pucho que había dejado caer, o el ir y venir de las hormigas de siempre... Es innegable que esperó la muerte con un leve y atisban-

te beneplácito. A los pocos meses, una tarde de marzo, no despertó de la siesta. El hermano determinó que el velorio se hiciera en la estancia y mandó avisar al juez y a los vecinos.

Otoñalmente serena y de luna recién entrada en menguante fue la noche que siguió a aquella tarde. El cuerpo de Paredes, hombre chico y como achicado en más por la muerte, al fondo de un galpón o cochera, en un ataúd demasiado grande, entre cuatro velas y con un puñado de flores amarillas sobre el pecho. Mujeres sentadas en sillas y bancos a ambos lados del ataúd, rezando o simplemente estando. Hombres aquí y allá, hablando de mil cosas pero siempre con voces opacadas, refrenadas. El hermano de Paredes desempeñando con alguna exageración perdonable su papel de *doliente principal*. Dentro del galpón dos faroles a queroseno; otros dos afuera, colgados de un largo parral. Un fogón chico debajo de los paraísos y caballos atados al palenque y en los postes de los bretes de pasar ovejas. Varios charrets

con los caballos maneados y otros levantando sus varas cómo en plegaria al cielo sin nubes. Varios mates circulando; de cuando en cuando, la ronda de la damajuanita de caña con ñangapiré. Con sus cuatro arrodillados angelitos negros de madera, el carruaje de la funeraria (sin los caballos: éstos pastando en el piquete) esperaba en el guardapatio.

Ya tarde, pasada la medianoche, llegó Juan Pablo Yuste al velorio del matador de su padre. Se lo reconoció desde un primer momento: muy visible en la noche, muy clara la silueta de un hombre alto y fuerte que sujeta su caballo y echa pie a tierra. La noticia de su presencia cunde rápidamente, y son muchos los hombres y las mujeres que advierten que habían estado, sin saberlo, esperándolo.

El recién llegado ha atado las riendas en un varejón de la portera y se encamina hacia las luces que cuelgan del parral. Camina sin prisa y a pasos firmes, quizá demasiado firmes. Algunos hombres que están junto al brocal del aljibe lo miran en

silencio, en una expectativa que no intentan explicarse y que crece a medida que él se acerca; creen notar algo raro, algo de autómata, en sus movimientos. La gran luna apenas mordida parece iluminarlo más de la cuenta y cada vez mejor.

Yuste no ha mirado a nadie y llega a la puerta del galpón o cochera en donde está el cuerpo de Paredes. Vacila un instante pero se ve que va a entrar. Su cara, ahora muy cerca de uno de los faroles, es dura, tirante, como atrancada; sus ojos parecen mirar sin ver. Respira hondo y entra. Hay sentidos de presentir: dos o tres hombres se apresuran detrás de él.

Un minuto después se oye el estallido de un tumulto en el fondo del galpón: gritos de mujeres, destempladas voces de hombres, ruido de sillas que caen. Hombres que están afuera acuden a la puerta. Salen de galpón más gritos y más voces y más ruidos. Y también Yuste, abriéndose paso.

Sale llevando en brazos, como a un niño dormido, el pequeño cadáver de Paredes. Algunos hombres intentan detenerlo y al-

gunas mujeres sollozan. Yuste vocifera que lo dejen pasar y echa el cadavér al hombro; en su mano derecha relumbra un cuchillo. Los hombres se apartan. Yuste se dirige hacia la portera. La gran luna parece iluminarlo todavía más que antes. Dos o tres hombres desenvainan sus cuchillos y amagan seguirlo pero otros los contienen. Todos se aquietan, sobreviene un silencio unánime. Yuste llega al caballo, pone el cadavér sobre la parte delantera del recado, monta, parte al galope. Como despertando, como reapareciendo, los perros de la estancia se arremolinan en el guardapatio y aúllan de un modo desganado y medroso.

Tengo la experiencia de la noche que velamos a un ahogado todavía no rescatado de la cañada y puedo decir que un velorio sin muerto es una de las cosas más extrañas de las que hay entre el cielo y la tierra. Lo que había sido velorio pasó a ser una reunión como casual y sin centro de hombres y mujeres desconcertados y como estafados. Todos se preguntaban y todos preguntaban a todos que motivaciones y

qué sentido podía tener el hecho inadjetivable que acababan de presenciar. Mucho se comentó y mucho se conjeturó, y la reunión terminó de dispersarse un largo rato después de la salida del sol. Muchas cosas se dijeron, repito, pero no hubo quien fuera capaz de formular siquiera una aproximación de aquella viejísima frase (nacida en la costa oriental del Mar Egeo hace casi veinticinco siglos) que asevera que nadie queda tan unido a nadie como el homicida al victimado.

Yo, desde mi escoba, me asomo a la tarde siguiente sobre cierto rincón del Porongos: veo allí tierra removida y, muy juntas dos cruces de palo.





UN CUENTO CON INSECTOS

El comedor de la estancia «La alborada» era espacioso y con altos muebles oscuros y un gran reloj de pesas de bronce, con una no encendida estufa a leña cuya repisa exhibía trofeos de certámenes ganaderos, con cuadros al óleo en donde liebres y perdices muertas y colgadas de las patas parecían seguir muriendo interminablemente o estar fijadas en una muerte intemporal...; lo alumbraban una lámpara a queroseno suspendida del techo y un candelabro de tres velas colocado sobre un trípode de hierro. En ese comedor, cuatro personas: el dueño de casa -don Marcial Lopes, su esposa -doña Leonor, uno de los hijos de aquel matrimonio y un visitante que se llamaba Pedro Arzábal. Estas cuatro personas habían terminado de cenar y seguían sentadas a la mesa.

Don Marcial y el visitante se demoraban en una conversación a la que no le faltaban cigarrillos de tabaco habano y una botella de coñac francés. El hijo de los Lopes -mocetón llamado igual que su padre y su difunto abuelo y apodado *Marcial chico*- no fumaba ni bebía y pronunciaba alguna grase de cuando en cuando. Doña Leonor -ojos quietos, tirante pelo negro con hebras blancas, manos con demasiados anillos- se mantenía silenciosa; tal vez juzgaba impropio o impropio de mujer, intervenir en una conversación cuyo tema era la reproducción del ganado bovino y en la que su esposo decía, por ejemplo: «Entre en potreros grandes, nomás; el toro más macho y que más busca es el que le va a empreñar más vacas, y ése es el mejor toro, el mejor padre». Pedro Arzábal (que administraba desde no muchos meses una estancia vecina y *hacía noche* por primera vez en lo de los Lopes) escuchaba con interés las palabras de un hombre casi viejo y con larga experiencia de criador de vacunos como lo era su anfitrión. El reloj iba como

desovillando con parsimonia un tiempo que era a la vez tiempo de sobremesa y tiempo de estancia.

Afuera de aquel comedor (del que la puerta que daba a la galería había quedado abierta de par en par) crecía y maduraba una noche de primavera y de luna llena, de plenilunio de octubre. Era ella , aunque límpida, una noche como socavada en rachas por la insidia de un viento norte, un viento con bocanadas casi calientes, oloroso por momentos a los sudores nocturnos de la carqueja y de los tréboles, tormentoso o presagiador de tormentas. La luna, al comienzo enorme y con tonalidades del rojo-sangre, se había levantado lo mismo que un ser vivo de las cuchillas brasileras o fronterizas, y ahora su círculo sin ella , más pequeño y restituido a su color de plata albina, alcanzaba la altura de las agudas puntas triangulares de la reja que separaba el patio del guardapatio. Y su luz caía con minucia que se diría deliberada sobre los naranjos, la fronda del jazmín

paraguayo, el quieto tumulto de las achiras, el brocal del aljibe, las dos palmeras enanas, las lanceoladas, rígidas, brillantes hojas de la magnolia a punto de florecer...

Todos los que viven o han vivido en el campo saben que en noches como aquella las luces de los hombres atraen gran cantidad de insectos voladores. La de mi cuento no fue una excepción: rondando la llama del queroseno y haciendo temblar las de las velas, golpeando contra tubo y pantalla de la lámpara y posándose en su barroca fábrica de arabescos metálicos, cayendo a veces con las alas chamuscadas y aleteando otras veces a ras del mantel, chocando contra vasos y copas, jarra, salero, botellón de vino... hubo ejemplares que fueron algo así como vivas y molestas ilustraciones de un manual de entomología. («La luna llena y el viento norte han puesto cargoso al bicherío», comentó en cierto momento don Marcial -que pronunciaba *bicherío*-, y doña Leonor murmuró sin dirigirse a nadie: «deberíamos haber cerrado la puerta».) Se vieron allí, además de las infaltables mos-

cas domésticas y los puntuales *cascaruditos*, diferentes variedades de mariposas, varias *langostas bobas*, algunos isópteros ventrudos y zumbadores, numerosos *caballitos del diablo*, una media docena de aguaciles de largos abdómenes y alas como de mica, dos o tres de las bonitas *vaquitas de San Antón*... Y pudo verse también, apareciendo parada como en el pedestal sobre la naranja que culminaba una frutera de mimbres y desapareciendo sin que nadie la viera irse, una elegante, espigada, bellísima mantis religiosa, el conocido mamboretá, voraz carnicero, cazador de hábitos diurnos pero que suele no desaprovechar una noche muy clara, insecto de más que tigresca ferocidad que es llamado comúnmente, a causa de su actitud de acecho que parece la de un orante piadoso, *Tata-Dios o El Profeta*, y cuya hembra («pese a su apostura llena de misticismo», dice con deliciosa bobería un entomólogo, el mismo que no ahorra dos líneas después «insecto de trágicas nupcias») casi siempre asesina y devora al macho en seguida de la cópula.

Pedro Arzábal ha observado a doña Leonor en el cuidado de servir un plato que podríamos llamar supernumerario de cada una de las cuatro fuentes traídas al comedor por una mulata de motas más blancas que grises. Aquellos platos con comida sin duda ya demasiado fría esperaban, cubiertos por una servilleta endurecida de almidón, hacia la cabecera desocupada de la mesa, y Arzábal se preguntaba quién sería el comensal en retraso y a la vez adivinaba la respuesta. Sabía, porque esas cosas siempre se saben en un pago, que el matrimonio Lopes tenía tres hijos: el joven de perfil achatado y grueso bigote renegrido que estaba sentado a su derecha, otro varón que vivía en otra estancia y una mujer, la primogénita -del mismo nombre que su madre y a la que le decían o le habían dicho *la niña Leonor*-. Esta era casi con seguridad, pensaba el visitante, la destinataria de aquella comida.

De *la niña Leonor* contaba el vecindario que había sido enviada en su pubertad a Montevideo, a un colegio de monjas, y que

había regresado, o la habían hecho regresar, dos o tres años después a la estancia de sus padres, en circunstancias nunca aclaradas. Muchos -las mujeres sobre todo- aseguraban que había vuelto embarazada y que estaba criando un niño secreto; otros decían que había contraído una enfermedad incurable, o que estaba *engualichada*, o que era simplemente *falta* o lunática; otros decididamente, opinaban que en la ciudad demasiado grande y el demasiado *catolismo* tal vez un hombre -la privación de un hombre, discrepaban algunos- la habían empujado a la demencia o la semi-demencia. Los hechos eran que jamás salía de *las casas*; que ninguna carta a su nombre llegaba a la pulpería, que parecía evitar que los peones la vieran de cerca, que vestía de un modo extraño y alguna vez se la había visto pretender desnudarse a la lluvia en medio del patio, que nadie podía decir con verdad que hubiera hablado con ella en los últimos años... Eran sin lugar a dudas la mujer más controvertida del pago, pero había algo en lo que todos -aún los que sólo

la conocían *de mentas*- estaban de acuerdo: en aseverar su belleza, su «estampa de real hembra dibujada a pincelillo», según el dictamen oído por Arzábal de labios de un estanciero vizcaíno que era amigo de don Marcial.

Varias veces a lo largo de la tarde previa (cuando el trote de su alazán lo acercaba a las poblaciones de la «La Alborada» y sus ojos miraban los árboles y los techos de tejas marsellesas y, casi al lado del camino, el panteón de la familia, mientras recorría después en compañía de don Marcial y *Marcial chico* los piquetes de los toros en crianza, mientras mateaba al atardecer con padre e hijo, sentados los tres sobre fardos de alfalfa, en el galpón de los toros estabulados, más insistentemente luego de haber aceptado la invitación de don Marcial -»quedesé hasta mañana, Arzábal; no es bueno andar de noche sin necesidá»- a quedarse a cenar y a dormir) Pedro Arzábal había pensado en la primogénita del matrimonio Lopes y no había rechazado, por cierto, las voces ligeramente malsanas de

la curiosidad, los deseos abstractamente rijosos de verla. (Hombre de treinta y pocos años de edad, era -desde siempre, desde su adolescencia en un pueblo del sur donde las siestas de los patrones dejaban como caza libre a las sirvientitas, donde las chinitas entraban en celo lo mismo que las perras y las prostitutas vestían ceñidos vestidos de *fulgurante*- muy macho alertado, muy inquietado por la hembra.) Y ahora aquellos platos con comida puestos a la espera... «Bueno», contestó en determinado momento don Marcial, que le ofrecía otro poco de coñac, y en el mismo instante algo le hizo pensar de nuevo, muy vívidamente, en la mujer cuya idea -o imagen nunca vista, más bien- ya lo asediaba casi del mismo modo como los insectos asediaban la lámpara y las llamas de las velas.

Cuando tendía su copa para que don Marcial la sirviera, oyó abrirse la puerta que daba al pasillo lateral y vio entrar a quien no podía ser otra que ella. Era alta y vestía de negro y entró silenciosamente y se

detuvo. Ni don Marcial ni *Marcial chico* dieron muestras de haberla visto, y doña Leonor, sin mirarla, alargó el brazo y retiró la servilleta que cubría los platos con comida. Hubo un silencio, breve pero muy marcado, durante el cual Arzábal comprendió que también él tenía que hacer como que no había visto entrar a nadie. Don Marcial terminó de servir la copa de su huésped y dijo: «Es costumbre vieja echar los toros a los rodeos el primero de noviembre; pero como hay que vigilarlos mucho los primeros días y en mi establecimiento, por respeto a las ánimas, nunca se trabajó el dos, yo siempre los echo el tres... y no espero los primeros terneros antes del cinco de agosto». Esta frase, dicha como reiniciando la conversación por cualquier cabo suelto, sonó a a manera de sello o rúbrica mandona de la orden tácita de ignorar a la recién llegada. Arzábal cabeceó aprobatoriamente y dijo, con la intención de expresar su acatamiento, lo primero que se le ocurrió: «Lo malo es que no se sabe nunca si el tiempo va a venir bien para las pariciones».

Don Marcial sonrió apenas, complacido, y dijo: «Un poco se puede saber, mi amigo; hay que fijarse en el color de los macachines, en la rebrotada de la cardilla». «En el peleche de los potrillos de otoño», agregó *Marcial chico* con una sonrisa más abierta que la de su padre. «Es posible», dijo Arzábal, y recordó, en materia de previsiones, la frase oída a labradores canarios en un departamento del sur. «Año de pulgas, año de trigo».

La niña Leonor permanecía sin moverse, iluminada de la mitad del pecho para arriba más por las intranquilas, vivas velas que por la luz dormilona de la lámpara. Su tez era tal vez olivácea, su larga y revuelta cabellera era oscurísima. Tenía o adquiriría algo estatuario, acentuado por el gesto de su cara también como detenida y por la amplitud y sencillez de sus vestiduras muy singulares (eran éstas lo que podría creerse el resultado de la combinación de un poncho con el hábito de alguna orden religiosa). Sus ojos muy intensos pero asimismo un tanto *desnorteados* -o como un tanto

desentendidos o relevados de la función de mirar- parecían ir reconociendo de a poco y no sin trabajo todo lo que había en el comedor; la boca, una boca grande y sin duda húmeda, se mostraba ligeramente entreabierta. Había quedado justo debajo de uno de los cuadros en donde liebres y perdices colgadas de las patas seguían muriendo sin término. Una mariposa de las grandes revoloteaba alrededor de su cabeza... Arzábal bebió un sorbo de coñac y, por encima de la copa, la observó como quien espía; se dijo que en nada se equivocaban quienes, con diferentes fórmulas, insistían en lo que el estanciero vizcaíno llamara «estampa de réal hembra».

Don Marcial enumeraba problemas y tareas inherentes a la parición de las vacas, mientras doña Leonor, valiéndose de la misma servilleta que los había cubierto, ahuyentaba de los platos con comida algunas moscas y algún otro insecto. A propósito de una pregunta de Arzábal, *Marcial chico* comenzó a hablar de cruzamientos de razas bovinas. Arzábal bebió otro sorbo de

coñac y miró de nuevo a *la niña Leonor*, adivinó y hasta casi vio, debajo de los muchos pliegues de tela negra, las formas de un cuerpo rotundo y perfecto, y en los ojos intensos advirtió o intuyó -con leve fascinación, con no tan leve incomodidad- un no- mirar propio de la soledad sin puertas ni ventanas de los locos.

Marcial chico, súbitamente locuaz, continúa hablando de las ventajas y los inconvenientes de los animales mestizos, don Marcial fuma en silencio y bebe pequeñísimos sorbos de coñac, doña Leonor agita casi de continuo la servilleta, Arzábal formula otras preguntas y *la niña Leonor*, lentamente, se acerca a la larga mesa y se sienta a la cabecera desocupada, quedando enfrentada a su padre, a la derecha de su madre y a la izquierda del visitante. Se acercó con actitudes comparables a las de un animal cazador atraído por su presa, con vacilaciones semejantes a las del gato cimarrón que se aventura a la proximidad del carneadero; venía, era evidente, de otras coordenadas, de otros sistemas, y es muy

probable también que la presencia del hombre para ella desconocido tuviera mucho que ver con su cautela o recelo. Doña Leonor empujó un poco los cuatro platos hacia su hija y ésta emprendió a comer vorazmente, sin levantar los ojos. Ahora no podía mirarla Arzábal porque para hacerlo debía girar la cabeza de modo indisimulable. Pero de algún modo la sentía, la registraba, allí a su izquierda, a menos de tres pasos, comiendo con un hambre sana y urgente, con mucho de animal que devora otro animal, que devora ensimismado en su devorar.

Pocos minutos le bastaron a *la niña Leonor* para engullir en desorden su comida -vale decir, casi entreverando el arroz con gallina, el asado de oveja con fariña, los grandes bocados con que liquidó la tortilla y las rápidas cucharadas de crema de cacao con ciruelas borrachas-, y quedó quieta, muy seria, un poco floja la hermosa boca, las manos de largos dedos sucios de grasa y con uñas roídas descansando sobre el mantel, los ojos de íntimo brillo mirando

nada y como enfatizando a la vez el pequeño (y tal vez vastísimo) mundo incomunicable de su insanía. La mulata vieja apareció sin que nadie la llamara y se llevó, chancleteando, los platos vacíos. Doña Leonor suspiró hondamente, le deseó buenas noches a Arzábal y abandonó el comedor por la puerta que daba al pasillo. Don Marcial rectificó (erróneamente, pensó Arzábal) algunas de las apreciaciones de su hijo y sirvió coñac en la copa de su huésped y en la suya. Arzábal dijo que a él, allá en los campos del norte, cada vez le importaba menos la conformación de los animales y más su comportamiento o resistencia. Poco después *la niña Leonor* se puso de pie y, tan silenciosa como había entrado (calzaba, sin duda, alpargatas), salió del comedor por la puerta que daba a la galería. Pasó al salir a muy corta distancia de Arzábal, y éste, que no volvió la cabeza, sintió a su espalda el aire desplazado por el cuerpo de ella, por las amplias, flotantes vestiduras, y hasta creyó olfatear el olor confidencial y

solicitante, casi de reclamo, de la mujer que se iba.

La conversación de los tres hombres se dilató una hora más, de a poco languideciendo. Don Marcial la finalizó: «Bueno...se nos ha hecho tarde, es hora de irse a dormir». Y dijo enseguida a su hijo: «Acompaña al amigo al cuarto de huéspedes». «Hasta mañana», dijeron al mismo tiempo el viejo estanciero norteño y el hombre del sur. «Que duerma bien, vecino», dijo el viejo. «Igualmente», dijo Arzábal con un ligero cabeceo cortés. «Venga conmigo, Pedro», dijo *Marcial chico*, y salió, seguido por Arzábal, a la galería, al patio colmado por la luna, por aquella poderosa luna de octubre que ya estaba mucho más arriba de las puntas de lanza de la verja. «Por aquí; el cuarto de huéspedes queda del otro lado», dijo *Marcial chico*, y en ese momento Arzábal vio a la hija de los Lopes parada no lejos del tronco de la magnolia, fuera de la sombra de los naranjos, muy cerca del brocal del aljibe, inmóvil bajo la luz minuciosa que parecía, a la vez, empaparla como

una lluvia y reverberar delicadamente en su pelo y su cara. Y cuando, sin quererlo o a pesar suyo, se entreparaba para mirarla, ella emitió un mugido plañidero: una imitación ajustadadísima del mugido más triste y pedigüeño de una vaca. Arzábal hizo como que no había visto ni oído nada y siguió caminando un poco a la zaga de *Marcial chico*; ni media docena de pasos habría dado cuando oyó repetirse a sus espaldas el mugido alargándose. Ambos hombres pasaron el crujiente portón de hierro y salieron al guardapatio; la noche allí era más lunar; también era más audible la tarea del viento en las ramas altas de algunos árboles. Seguramente *Marcial chico* pensó que debía una explicación y dijo: «Está medio loquita, la pobre... Y ahora, fíjese usted... luna llena, viento norte...». Arzábal nada dijo y siguió caminando al lado del joven.

El cuarto de huéspedes estaba apartado del núcleo de *las casas*, a muchos metros del galpón de esquila y de las piezas

de los peones, muy cerca de un pozo de los peones, muy cerca de un pozo artesiano con su correspondiente molino. Lindaba haciendo ángulo con un galponcito cuadrado; tenía un breve alero de tejas sobre la puerta. *Marcial chico* abrió esa puerta y precedió a Arzábal; éste respiró olor a encierro y limpieza, y aquél encendió un fósforo y lo arrimó a la vela que había sobre la mesa de luz, en un candelero de bronce. Se trataba de un cuarto pequeño, de paredes de ladrillo encalado y piso de baldosas rojas; había en él, además de la cama y su mesa, dos sillas con altos y rectos respaldos de cuero y una cómoda de madera barnizada con un espejo oval y un mármol gris. El aire era un algo húmedo y más frío que el de fuera, con esa como ajenidad que suele tener en los cuartos poco y anónimamente habitados. *Marcial chico* abrió la ventana (que daba directamente al campo, al piquete de los caballos nocheros) y se volvió hacia la puerta; «Mañana lo despierto con el mate; que duerma bien», dijo al salir. Arzábal, inaugurando el bienestar de

estar solo, se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla. Después se quitó el cinto con revólver -con cinco balas en el tambor- y lo depositó sobre el mármol de la cómoda.

Al hacer esto último vio su cara y su pelo reflejados en el espejo (de posición graduable sobre dos pernos y un poco inclinado hacia adelante) y verlos no le desagradó. Se sentía bien, aunque un poco cansado, y estaba satisfecho de lo que había hecho y visto en la jornada. Enderezó el espejo para mirarse un instante (era hombre más bien alto) y luego salió al exterior y miró la noche, la perfecta luna. Estuvo escuchando el molino, al que las rachas del viento norte arrancaban quejumbres de alma en pena y, de cuando en cuando, chirridos ásperos, como dentados. Oyó también -hacia su izquierda, del lado del camino y el panteón- gritos y chistidos de lechuzas, y asimismo -sin rumbos- algún ladrido suelto o sin perro y el bramido como sonámbulo de algún toro. Pero al

mismo tiempo vio que la estancia entera dormía, más allá de ruidos y sonidos, en una suerte de eternidad en la que mucho colaboraba el dejo de irrealidad que añade siempre la luz lunar: una eternidad terrestre y conferida que él pudo sentir, o tal vez sintió remotamente, como una promesa cifrada de negación de toda muerte. Había bebido varias copas de coñac, y el alcohol le estaba, de más en más, encendiendo pequeñas, nómades llamas en la sangre. Caminó algunos pasos de cara a la luna, alejándose de *las casas*, y se detuvo al llegar a un alambrado de cuyos alambres apenas se veían algunos brillos opacos. Apoyado en uno de los postes, respiró con hondura voluntaria el aire que olía a tréboles y un poco a tormenta y más a distancias de campo libre. Seguía sintiéndose bien, muy bien, muy de acuerdo consigo mismo, con el chisporroteo y las travesuras del coñac, aun con su liviano cansancio. Alcanzó a ver, hacia el centro del piquete, sombras que eran animales grandes que pastaban y pensó que entre ellas debía

estar su alazán, y sintió por el caballo una vaga ternura, un golpe de cariño, unas ganas como inconcretas de palmearle suavemente el anca. Al cabo de algunos minutos caminó en sentido contrario y se detuvo en la esquina del galponcito y contra ella orinó largamente. Mientras lo hacía, pensó que en aquel galponcito se guardaban, sin duda, armas viejas, muebles en desuso, espuelas y rebenques de difuntos... Después miró las poblaciones *de adentro* de la antigua estancia. Quizá percibió que la gran casa en forma de U tenía el aspecto de cosa no hecha sino creada que presentan, en ciertos días grises y más en las noches lunares, las estancias solas como islas en los campos como mar. E inevitablemente imaginó, en algún lugar de tanta casa, a *la niña Leonor*, tal vez dormida, tal vez despierta, tal vez en el insomnio de la locura... tal vez despojándose en esos precisos momentos de sus vestiduras casi religiosas y desnudando su cuerpo admirable, su cuerpo hecho para un hombre...seguramente en una habitación escondida y de techo

altísimo, de paredes tal vez húmedas, de muebles sin espejos... quizá hasta con ratas asomando hocios por los agujeros del piso, quizá donde las manchas de humedad de las paredes y el cielorraso remedaban monstruos o, más probablemente, dibujos lúbricos..., desnudando su cuerpo perfecto para acostarlo... mujer sin macho, hembra malgastándose... en una cama estrecha, desolada, callada, tal vez de sábanas sucias... una cama para el mal descanso, para el delirio, la pesadilla, la más amargosa masturbación... Movié enérgicamente la cabeza, como queriendo desalojar así estas imaginaciones, y volvió sobre sus pasos, hacia la puerta del cuarto en donde debía dormir. Pero no entró en él y siguió caminando hasta el ángulo final o izquierdo de la pared. Desde allí miró -por mirar, nomás- el campo secretamente vivo en la noche y luego el bulto negro que era el panteón de los Lopes. Hombre del sur, donde la gente entierra a sus muertos en grandes cementerios para todos, aún no se había habituado a ver con naturalidad los

panteones para clanes tan abundantes en el norte, y permaneció más de la cuenta, quieto y oyendo más que antes a las lechuzas, mirando sin saber por qué aquel bulto oscuro donde muchos Lopes por sangre y por matrimonio -desde el fundador de la estirpe a este lado de la frontera- estaban yendo de la carroña a la osamenta y de la osamenta al polvo en el centro mismo de sus posesiones de este mundo: las varias suertes de campo mal habidas (o por lo menos habidas no se sabe cómo) por un joven lugarteniente del Barón de la Laguna. Finalmente regresó a la pequeña habitación de paredes encaladas, cerró la puerta y corrió el pasador, cerró también la ventana, se desvistió, se acostó, sopló la vela. No tardó en dormirse, y no dudemos de que sus últimos pensamientos, ya borroneados y como deshilachados, ya un mucho libres y como en desbandada, giraron alrededor de la mujer tal vez incurablemente loca que había podido ver aquella noche.

Mientras Arzábal duerme y sueña sueños que no sabemos (pero que bien podemos suponer referentes o alusivos a la hija de los Lopes), el viento norte sigue arrancando alargadas quejas y ruidos metálicos al molino, y gritan descomedidas lechuzas, y muge como en sueños algún toro, y aúlla algún perro, y aves de vuelo silencioso sobrevuelan lo mismo que brujas los árboles de *las casas*, y casales de zorros en celo persiguen a los corderos tardíos en las cerrilladas, y una vaca que acaba de parir lame su ternero y sobre pedazos de su placenta...y la luna sube y sube en el cielo para ella sola. Y estaba muy alta, muy arriba, muy solitaria y dueña, cuando golpes en la puerta del cuarto despertaron al hombre que por primera vez pernoctaba en aquella estancia. Encendió la vela, intrigado, y oyó repetirse los golpes, quizá más perentorios. Se vistió someramente, mientras nuevos golpes, siempre un poco asordina- dos, se impacientaban. Llevando la vela en la mano, fue hacia la puerta. Una corazonada le dijo que quien llamaba era *la*

niña Leonor. Abrió la puerta y la encontró: quieta y serísima, audiblemente jadeante. No vestía las negras ropas talares de horas antes sino un poncho claro y liviano que apenas le llegaba a las rodillas. Hizo ademán de entrar y Arzábal le dio paso y ella entró; estaba descalza. Entró con los ojos bajos y dejó escapar un gruñido sordo, casi agresivo, también ansioso. Luego, sin levantar los ojos, elevó y bajó desordenadamente los brazos, varias veces, en una especie de aleteo breve y torpe, de mala parodia de un intento de vuelo. Arzábal vio que debajo del poncho estaba desnuda y cerró la puerta. Ella lo miró como si fuera a atacarlo y él dejó el candelero sobre el mármol de la cómoda y la tomó de los antebrazos.

No era virgen, y supo disponer su cuerpo bajo el cuerpo del hombre; supo -borracosa y muda- imponer ritmos y adecuarse a los ritmos del macho; supo obtener -en un comercio exclusivo consigo misma- dos profundos, casi desconsolados orgasmos, que Arzábal le siguió paso a paso en la

respiración, en el forcejeo y los naufragios graduales del aire en la garganta. (Varias veces intentó él besarla pero ella le rehuyó la boca.) Simultáneamente con la segunda quiebra o el segundo desmayo de un estertor hacia adentro, Arzábal cesó de contenerse.

Todos hemos sentido que después de una cópula *pareja* sobreviene como una ola en reflujo que parece arrastrar por un momento a los dos cuerpos hacia una paz sometida y compartida, de sangres hermanadas; nada semejante sucedió, porque *la niña Leonor* se escurrió del abrazo de Arzábal y saltó de la cama. Y, rápidamente, recogió del suelo el poncho (del que Arzábal la despojara de dos manotazos) y se cubrió con él y fue en seguida a enfrentarse al espejo. La vela la iluminaba desde abajo y le superponía en la cara sombras que le mentían una máscara. Arzábal, sentado en la cama y todavía ganoso, la miraba de espaldas y, en el espejo, le veía aquel rostro más extraño que nunca y el canal de los senos naciendo en la boca del poncho. Vio

que ella comenzaba a hacer visajes, como si buscara quién sabe qué cosas en sus rasgos deformados por las sombras, y después francas morisquetas, como si se burlara de sí misma. Abandonó la cama y fue asirla de nuevo, pero ella quizá lo alcanzó a ver por el espejo y, sin volver la cabeza, abrió la puerta y huyó sobre el silencio de sus pies descalzos. Arzábal quedó en el hueco de la puerta, vacilando, enfrentado a todo el tamaño de la noche, que esta vez no miró. Después, mecánicamente, cerró la puerta, tomó el candelero, se acostó, sopló la vela. La cama olía a mujer. No le fue fácil dormirse.

Mientras Arzábal duerme y sueña sueños que no sabemos ni sabremos, la luna cae y cae en el cielo que envejece, que va luego como vidriándose, y finalmente el alba comienza a levantar sus párpados sobre las cuchillas húmedas de rocío. Y ya había mucha luz naciente y dos chimeneas echando humo en la estancia «La Alborada» cuando nuevos golpes en la puerta desper-

taron nuevamente al hombre que dormía. No encendió la vela porque vio en los postigos mal cerrados de la ventana que había amanecido o estaba amaneciendo. Se levantó y abrió del todo los postigos; suficiente luz grisácea entró a través de los vidrios, al tiempo en que los golpes se repetían. Pensó que quien llamaba era *Marcial chico* y gritó «Ya voy» y comenzó a vestirse. Recordó la visita de *la niña Leonory* se sonrió, tal vez con orgullo masculino. Velozmente memorizó, revivió casi, detalles de esa visita, y se dijo que no podía ni debía contar a nadie, jamás, aquello un mucho increíble que le había acontecido. Otra vez golpes, muy enérgicos ahora. Todavía vistiéndose, abrió la puerta.

Quien estaba de pie ante ella no era *Marcial chico* sino su hermana. No vestía el poncho claro con que había llegado a eso de la medianoche sino el casi-hábito religioso de la hora de la cena. Tenía asimismo, aunque menos extraviados o libres, los duros ojos con que había entrado al comedor y permanecido largos minutos sin acer-

carse a la mesa. Si bien nada podía hacer pensar en una sonrisa, la boca entreabierta y húmeda mostraba ahora, apenas, blancura de dientes.

Hombre y mujer se miraron un instante y luego ella avanzó. El se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella entró hasta casi enfren-
tar la ventana y giró sobre sí misma. Arzábal vio entonces en la mano de la mujer el brillo de un revólver que era su propio revólver, el que él dejara -cargado con cinco balas- sobre el mármol de la cómoda, y de cuya sustracción no se había dado cuenta. Intentó un manotazo para quitárselo, pero ella saltó a un lado y, rápidamente, hizo fuego.

Los dos primeros y casi simultáneos balazos abatieron herido de muerte a Pedro Arzábal; los otros tres, más espaciados, fueron un ensañamiento o por lo menos un exceso -así como también fueron ensañamiento o exceso, sin duda alguna, las inexplicables mordeduras que el médico forense encontró en el cuello y el pecho del cadáver.



LOS OJOS DE LA HIGUERA

A Sergio Faraco

La noche fue tensa y como sobrecargada de sí misma y el combate comenzó al amanecer. Una de las divisas tenía más hombres que la otra, y más y mejores armas largas, un cañón liviano, caballadas más descansadas; en coraje y ganas de matar ambos bandos deben considerarse parejos. El campo de batalla fue un amplio valle sin árboles y con dos cerrilladas laterales, a tres leguas escasas de la margen izquierda del río Negro.

Hubo centenares de balas silbando en el aire matinal y varias cargas a lanza de unos y otros. Hubo borbotones de sangre y gritos e imprecaciones, hubo clarines que se encabritaban, órdenes que se cumplieron y otras que nadie acató, boleadoras más ágiles y ávidas que cualquier ser vivo,

hombres que morían con caras de asombro, hombres que caían de bruces y agonizaban mordiendo el pasto y arañando la tierra, hombres que murieron sin heridas bajo las patas de los caballos. Hubo, en un overo fuerte y de poca alzada, un jorobado de brazos larguísimos que enlazó el cañón y lo tumbó; hubo un comandante ya viejo que entraba en pelea con solamente un pesado arreador *cabo 'e plata* y un cuchillo más bien chico.

Antes de promediar el día -un día límpido, de principios de marzo- fue haciéndose evidente que los menos numerosos iban a ser vencidos. Todavía intentaron -bajo el duro sol vertical, bajo un cielo a la vez ajeno y testigo- una carga última: una carga desesperada que más que una consabida acción de guerra fue un apresto del alma para el trance de la derrota. El enemigo, en su contra-ataque, quedó dueño del terreno, y se produjo entonces la desbandada. En la cerrillada de la derecha los clarines tocaron a degüello.

Entre los incontables jinetes en fuga hay diez o doce que huyen como por su cuenta en apretado grupo. Se han reunido en parte por azar pero ahora van muy juntos, a todo galope. Encabeza el pelotón, en un rosillo cabos negros, un hombre de cara impávida que parece haber asumido el papel de jefe. El rumbo, es, naturalmente, el de los intrincados montes del río que parte por la mitad nuestro territorio. El resonar de los cascos no les deja oír las estridencias cada vez más lejanas de los sanguinarios clarines.

Otros jinetes, en mayor número, emprenden la persecución de esos diez o doce. Los manda un joven de cara de toro arisco y pecho hundido; unos ríen y otros giran y algunos levantan sus lanzas y son varios los que van echando mano a las boleadoras. Pero no se apresuran demasiado: piensan, y no se equivocan, que sus caballos tienen más *resto* que los que montan los que huyen.

Estos (los que huyen) galopan con las lanzas inclinadas hacia abajo y hacia atrás,

en la esperanza de detener con ellas los tiros de bolas que inevitablemente los buscarán si las distancias se acortan. Galopan sin decir palabra, como impedidos de hablar al no poder hacerlo sino a gritos. Llevan tres carabinas, tres pistolones y un revólver. De cuando en cuando, el poseedor del revólver gira un poco el torso y hace un disparo que nunca alcanza a dar en ningún blanco.

El hombre del revólver ha vaciado y recargado por dos veces el tambor de su arma, una yegua parida ha bailoteado de miedo en torno a su potrillito dormido entre los pastos con profundísimo sueño de potrillo, un tropel de vacas asustadas se ha dividido en dos remolinos de guampas y colas, más de una legua de campo sin obstáculos ha quedado a las espaldas... Los caballos resuellan y el campo sigue llano, y los perseguidores se van abriendo en abanico, como principiando a tenderse en la medialuna tan usual en las guerras ecuestres.

Siempre es más de la cuenta lo que los gauchos esperan de un caballo, pero nadie como ellos para registrar los primeros, secretos indicios de fatiga del animal que los lleva; varios de los perseguidos se dijeron que serían alcanzados y rodeados antes de llegar a los grandes montes. El hombre del rosillo, que de alguna manera advirtió lo que pasaba, dio en pararse en los estribos y buscar, con ojos de cabalgar de noche, un lugar en donde resistir unas horas. Ese lugar apareció de golpe cuando coronaron una cuchilla baja: una pequeña isleta de árboles, un estricto manchón solitario de higueras silvestres de gruesos troncos y abundante follaje. «¡A los árboles», gritó el que hacía las veces de jefe.

La vida quiere seguir siendo vida y la carne teme el deguello más que cualquier otra muerte; todos los hombres obedecieron sin vacilaciones. Precipitadamente desmontaron bajo el sombreado verdor de las higueras y, en pocos minutos, dispusieron el atrincheramiento. Contraviniendo a conciencia uno de los preceptos o consejos más

clásicos de nuestra campaña («Nunca te quedés de a pie, m'hijo»), dejaron en libertad los caballos. El jefe, con recién inaugurada voz de jefe, daba indicaciones breves, precisas. «Arrimen ese tronco y esas ramas secas», mandó entre otras cosas. «A repar tirse por igual las balas», ordenó a los hombres de las carabinas. «Carguen con mucha pólvora y apunten abajo», ordenó a los de los arcaicos pistolones. «Contá tus balas y no las gastés al ñudo», le dijo al hombre del revólver. «Usté se calla», le gruñó a un desarmado que reclamaba una carabina y argumentaba que él era un tirador que ponía la bala donde ponía *las vistas*. Es obvio que ninguno oía el sobresalto de los pájaros, que escandalizaban al unísono en las reconditeces de las ramas y las hojas.

Los perseguidores completaron el planteo de un círculo alrededor de la isleta de árboles y desmontaron y manearon los caballos. El joven que los mandaban (el único que no se había apeado) galopaba en la vuelta, regularizando en lo posible el

enfilamiento de aquellos infantes que vestían como troperos y poco sabían ser infantes. Después dio la orden y los hombres avanzaron; caminaron con progresiva cautela, semiagachados, cerrándose inexorablemente. Casi todos llevaban máuseres o carabinas; todos, por supuesto, el sempiterno cuchillo en la cintura; los que no tenían armas de fuego conservaban las lanzas. El joven de la cara arisca trotaba detrás, de un lado a otro, impartiendo instrucciones casi siempre innecesarias. Lo sobrevolaban unos cuantos teru-teros.

Como es natural, las primeras balas partieron de los perseguidos: simultáneamente detonaron las tres carabinas, y en seguida, uno tras otro, los estruendosos pistolones. Aunque estas balas no encontraron destino *respectivo*, hicieron detener a los que convergían hacia la isleta. Varios de ellos echaron rodilla a tierra y contestaron el fuego, otros se dejaron caer entre las matas de espartillo. Muchos, luego de hesitar unos instantes, continuaron avanzando; pero nuevas detonaciones de las cara-

binas y la seguidilla de estampidos de revólver otra vez los detuvieron. Y así comenzó lo que cabe llamar el sitio de las higueras.

Los sitios de algunas ciudades duraron años; este minúsculo sitio de diez o doce hombres refugiados en el cobijo de unos pocos árboles duró horas, hasta un rato antes del anochecer. Los sitiadores fueron estrechando el círculo con mucha lentitud, sin economizar balas, sin saber a ciencia cierta si hacían blanco o no, dejando atrás un muerto y cierto número de heridos, aprovechando o tratando de aprovechar las insuficientes anfractuosidades del suelo. Los sitiados respondían con disparos más espaciados pero siempre en oportunidades propicias y con una puntería muy de temer. «¡Salgan, cobardes!», gritaron y repitieron a todo pulmón los asaltantes; «Vengan a buscarnos, hijos de puta», fue, con variantes, la estentórea réplica.

Cuando se acentuaba la declinación de la tarde y el círculo de sitiadores, muy estrecho, estaba prácticamente estaciona-

rio, los sitiados guardaron un silencio que se fue haciendo extraño por demasiado largo. El joven de la cara arisca se preguntaba qué pasaba y se sentía, de más en más, vacilante o dubitativo. Se encontraba de pie porque le habían baleado el caballo mucho antes de la mediatarde; apenas le quedaba voz y estaba muy cansado. Sabía que sus hombres deseaban con impaciencia la rueda del fogón, el ritual del mate, la espera y las primicias de la carne recién carneada dorándose en asadores y parriñas... Finalmente se encaminó sin prisa hacia un indio corpulento que fumaba sentado detrás de unos cardos, con las piernas cruzadas y el mauser sobre las rodillas; «Gritá que ordeno carga», le dijo.

La carga final fue una atropellada tumultuosa que sólo encontró en el ámbito de las higueras el frescor de la sombra, el olor y el relente de la sangre, el tufo de la pólvora y cuerpos caídos en diferentes posiciones. «Los que quieran pueden volverse al campamento», pronunció el ronco hilo de voz del que mandaba.

Hay charcos de sangre ya bebidos en parte por la tierra, hay sangre casi negra y en todos los matices sombríos del rojo... El largo día estival ha sido absolutamente sin viento, pero ahora esa brisa boba frecuente al anochecer comienza a inquietar, suavísima, algunas hojas. Vuelan, por millares, moscas grandes y chicas. En lo íntimo del bosque los benteveos desentonan las letanías con que despiden las tardes.

No todos los caídos están muertos: dos moribundos todavía respiran y mueven las bocas, todavía miran o quieren mirar. El joven que manda hace una seña y dos degolladores, rápidamente, los despenan. «En el otro mundo los van a convidar con mazamorra y arroz con leche», ríe uno de ellos. «Y galleta remojada en meada e'vieja», agrega el otro.

El hombre del revólver yace en postura casi fetal al pie de un árbol, con la cabeza volteada contra el tronco y un balazo en la sien derecha; a su lado, más extendido, con el revólver vacío en las puntas de los dedos y asimismo con un balazo de suicida, yace

el que encabezara la huida en un rosillo de negras patas. El que manda los observa con la acritud del defraudado y, sin doblar las rodillas, se inclina y les abre las gargantas de cuatro cuchilladas desprolijas. Seguidamente, y como desentendiéndose, limpia y envaina el cuchillo y, con un gesto, delega o regala a quienes han permanecido con él la tarea de seguir degollando *finados*.

Debajo de la higuera situada más al oeste -tal vez la de más grueso tronco, sin duda la de más verde y tupido follaje- queda el último cadáver sin degollar. Está boca arriba y muy ensangrentado, y, al igual que todos, parece pesar exageradamente sobre los palmos de suelo que lo sustentan. Los ojos -que nadie, obviamente, ha tenido el cuidado de cerrar- son como vidrio: dos pequeñitos, duros vidrios un poco empañados, sí, pero que reflejan (o han hecho tuyas, se diría) pálidas vislumbres del manso brillo verde de las hojas... Un hombre ni joven ni viejo, de cara inexpresiva y pasos tranquilos, se le aproxima y lo con-

templa sin curiosidad. Se arrodilla a su lado, le espanta con el sombrero las moscas que se le pasean por la cara, desenvaina el cuchillo, empieza a cortar. Casi en seguida detiene la mano y agita de nuevo el sombrero y se enjuga el sudor que le empapa la frente. Se dispone a continuar cortando pero oye sobre su cabeza el chasquido de una rama seca y detiene otra vez la mano y levanta los ojos. Ve una bota inmóvil que pisa sobre una rama horizontal, ve la pierna o parte de la pierna, ve o adivina el torso, muy oculto entre las grandes hojas. Más arriba, menos tapada (hay un antebrazo apartando una rama flexible), percibe una cara inclinada hacia abajo y con dos ojos que lo miran. Abre entonces la boca como si fuera a gritar pero la cierra, apretándola, y sigue mirando fijamente. Sacude con rabia el sombrero para ahuyentar, ahora de él, las infinitas moscas.

Dos ojos en lo alto de la higuera, dos ojos al pie de ella: dos pares de ojos que se miran en un tiempo que, para el hombre de abajo, se convierte en una morosa sucesión

de gotas de tiempo. Caen o ruedan las lentas gotas y él se dice que no conoce aquella cara que está como enfrentada al sol en descenso y como al mismo nivel, y que se muestra vivísima y mágica (o no del todo de este mundo) en la luz filtrada pero intensa. Vagamente alcanza a pensar que nunca la ha visto en su vida de despierto pero que bien puede haberla visto o entrevisto en algún sueño. Este pensamiento, aunque muy confuso, amenaza hacerle perder pie en un ligero principio de vértigo. Quisiera no estar allí, quisiera hombres a la altura de los hombres y sólo pájaros en los árboles.

Los ojos del escondido son muy de animal humano pero también parecen ser, en cierta medida, de la higuera y su secreta savia lechosa, del caer de la tarde, del campo que ahora se extiende con la pereza de un gato, de las tontas travesuras de la brisa, incluso del zumbido de las moscas sobre el aquietamiento ya terrestre de los cuerpos caídos... Y miran. Intensamente miran. Miran como con luz propia, como si

ardieran en una combustión íntima que se sumara sin confundirse a la luz que enfrentan. No expresan miedo, no piden piedad. Tampoco hacen preguntas. Parecen, más bien, prometer respuestas en claves mudas a algunas de las eternas preguntas con que los hombres han interrogado las sombras que enmarcan su condición.

El arrodillado no aparta su mirada de los ojos que verticalmente lo miran. Está, si no como hipnotizado, por lo menos como enredado con ellos en una adivinación común o cómplice, en una suerte de teurgia compartida. Sigue sintiendo el tiempo como gotas comparables a las gotas de sudor que nacen en su cara y su cuello y descienden por la piel de su pecho. Oscuramente sabe que la situación le es corrosiva y que muy pronto se le hará intolerable: quiere terminarla, quiere evadirse hacia otra hora cualquiera de su futuro. Abre de nuevo la boca como si fuera a gritar pero vuelve a cerrarla, ahora de un modo como definitivo, como sellado. Se siente excedido, demasiado dueño de una vida y una muerte. Es un

pequeño dios pero no quiere serlo, o no se estima investido para serlo... Hace un esfuerzo muy grande y baja los ojos. Mira con atención al muerto que tiene a su lado. Mira el cuchillo, espanta las moscas. Se demora, vanamente. «Vamos», lo llama uno de los otros hombres, que se disponen a abandonar la isleta de árboles. «Ya voy», contesta. Continúa y finaliza, con demasiada parsimonia, la degollación de su muerto. Se incorpora, se aleja con pasos tranquilos.



ABEJAS

Mi padre y mi madre están muertos, todos mis tíos y mis tías (que eran muchos) están muertos. Y asimismo está muerto el único hermano que tuve, y una hermana (también la única) que murió muy chica y de la que no guardo ningún recuerdo, y el menor de mis hijos, cuyo recuerdo me duele diariamente en el fondo del pecho. Y los cuatro primos que fueron mis asociados más inmediatos en la aventura de mi infancia, y un pequeño grupo de otros primos y primas un poco menos ligados a mi pasado. Y dos queridos amigos de mi adolescencia y otro de mi primer juventud, y varios de los grandes amigos de los años intensos (entre ellos Líber Falco), y una docena de amigos del azar de otros años, y el buen viejo que empezó siendo mi suegro y terminó siendo un amigo, y (casi con total seguridad) la

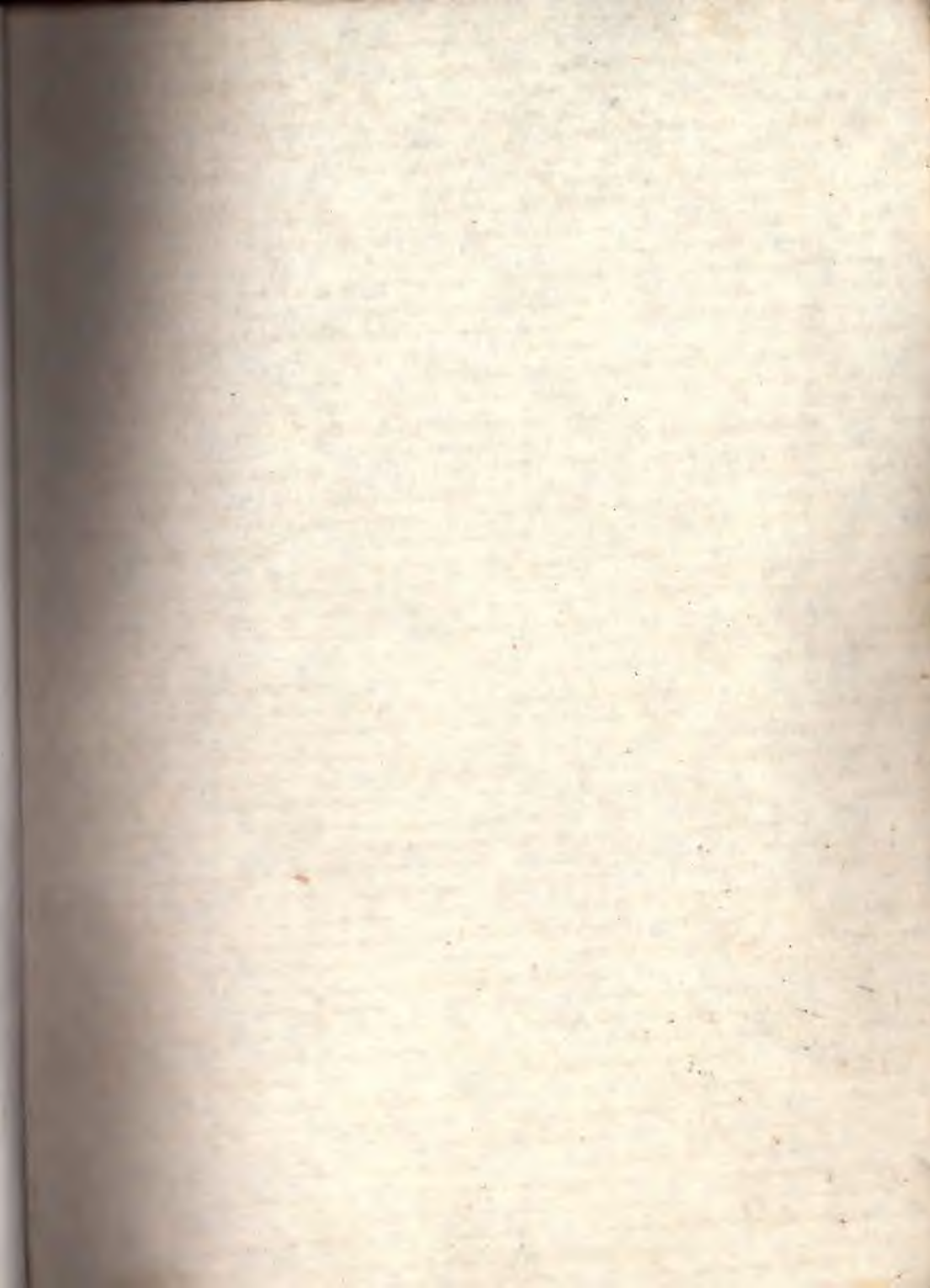
primera mujer que vio desnuda el muchachito asustado que fui, y dos mujeres que... Están muertos Hemingway, Gironde, Neruda, Amorín, Sartre, Paco Espínola, Eluard, Chaplin, Che Guevara, el recientemente inhumado Luis Buñuel... La muerte husmea a mi alrededor y en mis constelaciones, eligiendo, y la tribu ya demasiado numerosa de los que puedo llamar mis muertos se va pareciendo a una multitud.

Algunos griegos decían oír (o no oír pero de algún modo saber) que los muertos emitían un zumbido como de abejas; tal vez fueran pitagóricos, de los mismos que aseveraban escuchar o adivinar las sigilosas músicas de los astros. ¿Se equivocaban? ¿Mentían? Creo que no: yo no oigo a los muertos pero me inclino a aceptar que efectivamente zumban.

En estas noches muy frías que al parecer nos esperaban con alevosía en la entraña del invierno del 83, me quedo largamente, con libros y periódicos, en un sillón enfrentado a la estufa. Estoy solo sin estar-

lo: mi mujer, a dos metros de mí, es un bulto alargado bajo las mantas de la cama y yo sé que vive y la quiero y cuido no perturbar su sueño. La leña no es buena y no levanta las llamas que serían de desear. Hacia la madrugada comienzan a dolerme los ojos, y poco después los siento como invadidos por una arenilla impalpable. Dejo el libro, reacomodo el fuego, bebo un vaso de vino. El vino es de un hermoso color rosado (dorado, más bien) y de un gusto suave y noble, sí que un poquito *cabezón*. Retomo el libro y leo otro rato, y los ojos me lloran y debo abandonar la lectura. Enciendo, en una brasa que me chamusca los dedos, un cigarrillo (tengo prohibido el tabaco pero...). Fumo con aplicada lentitud. No oigo pasar ningún auto por mi calle ni roncar ninguno en las otras calles del pueblo, no oigo los perros ni los gallos de siempre: el silencio es a la vez, en esta noche glacial, de una cualidad subterránea y de una dura pureza de lago helado. Arrojo a las llamas el cigarrillo y escucho -¿qué?-.

Pienso que debería oír un zumbido de gran colmena. Bebo otro vaso de vino. Casi-oigo a mis muertos, como si ellos hubieran aumentado en mi honor, sus decibeles. Echo una nueva astilla al fuego y enciendo (con la mala conciencia del caso) un nuevó cigarrillo. Fumo con la misma lentitud, y lo mucho de muerto que hay en un hombre de mi edad agradece fraternalmente la cortesía de las abejas.



ESTE LIBRO SE PRESTA HASTA
LA ULTIMA FECHA INDICADA

D	28-5-10	13-6-10	D
D	14-1-11	29-1-11	
GN	31/1/11	15/2/11	GGR
SM	16/2/11	3/3/11	GGR
AE	6-5-11	29-5-11	GGR
SN	4/2/13	29/2/13	
14/10/13	29/10/13	SM	
OF	24/4/14	10/5/14	D
GGR	30.9.15	15.10.15	GGR
GGR	20.11.18	05.12.18	

impresos BELEN

Los libros con letras grandes

Esta Colección está especialmente destinada a aquellas personas que tienen dificultad para leer los cuerpos más pequeños con que habitualmente se imprimen los libros.

Compuesta en Cuerpo 16, facilita y aumenta el placer de la lectura.

